



Universidad del Azuay

Departamento de Posgrados

**El Texto Paralelo Narrativo como Herramienta de Mediación
Pedagógica en la Educación Universitaria**

Master en Docencia Universitaria

Autor: Ángel Oswaldo Ortiz

Directora de Tesis: Verónica Cóndor Bermeo

Cuenca, Ecuador, 2025

Dedicatoria

A mi padre, por ser mi guía, mi apoyo y mi mayor motivación. Por enseñarme el valor del esfuerzo y la importancia de la educación. Cada página de este trabajo lleva su aliento, cada idea su confianza en mí. Sin él, este camino habría sido más difícil, pero con su presencia, cada desafío se convirtió en una oportunidad para crecer.

A mis gatos, Venus y Nini, por su compañía inquebrantable. Durante noches de estudio, madrugadas de escritura y clases interminables, siempre estuvieron ahí, recordándome con su presencia que el cariño y la tranquilidad también forman parte del aprendizaje. Su compañía silenciosa, sus ronroneos oportunos y su indiferencia a mis desvelos hicieron de este proceso algo mucho más llevadero.

A mi tutora, Verito, por su paciencia infinita y por enseñarme que las ideas fuera del molde también tienen valor. Su confianza en mi capacidad de explorar nuevas formas de aprendizaje me dio la libertad de experimentar y crear. Su enseñanza quedará conmigo, no solo en lo académico, sino en la forma en que me aproximo al conocimiento y a la enseñanza.

Y, finalmente, me dedico este trabajo a mí mismo y a mi futuro. Porque cada esfuerzo, cada desvelo y cada duda fueron parte de un proceso que me llevó a ser quien soy hoy. Porque este no es el final, sino un paso más en un camino de constante aprendizaje y crecimiento. Que este logro sea un recordatorio de que todo lo que soñamos y trabajamos con pasión, eventualmente se hace realidad.

Agradecimientos

A mi padre, quien ha sido mi mayor pilar en este camino. Su apoyo incondicional, sus palabras de aliento y su confianza en mí han sido la fuerza que me ha impulsado a seguir adelante. En cada obstáculo y cada logro, siempre estuvo ahí, recordándome que el esfuerzo vale la pena y que el conocimiento es una herramienta poderosa para cambiar el mundo. Gracias por ser mi ejemplo de perseverancia y amor inquebrantable.

A mi tutora, Verito, cuya paciencia y afecto han sido un faro en este proceso. Su comprensión hacia mi olvidadiza memoria y mis ideas alocadas con los textos paralelos me permitieron explorar más allá del molde tradicional, confiando en mi capacidad de construir algo nuevo. Su guía no solo me ayudó a organizar el pensamiento, sino que también me enseñó que la enseñanza va más allá de la academia: es acompañar, inspirar y creer en el otro.

A todos mis compañeros que, de una forma u otra, me han brindado su apoyo. Cada conversación, cada consejo y cada debate enriquecieron este camino, permitiéndome ampliar mi visión y comprender que la educación es un acto colectivo, donde todos aprendemos de todos. Este proceso no habría sido el mismo sin esas interacciones que moldearon mi crecimiento como estudiante y como persona.

Finalmente, agradezco a la escritura, que ha sido mi refugio y mi herramienta de expresión. A través de ella, pude dar forma a mis pensamientos, explorar nuevas ideas y encontrar una voz propia en el mundo académico. Este trabajo es una manifestación de ese viaje, de la constante búsqueda de conocimiento y del amor por compartirlo.

Resumen

Este trabajo explora la mediación pedagógica y el aprendizaje en la universidad a través de dos textos paralelos protagonizados por Hugo. En el primer texto, su viaje simboliza la enseñanza, mostrando los retos de la formación académica. En el segundo, la autonomía cobra protagonismo, reflejando el aprendizaje activo. Ambas historias se relacionan con la experiencia universitaria, destacando la investigación y la construcción del conocimiento. La educación es presentada como un proceso dinámico donde el docente guía y el estudiante transforma.

Palabras Clave: *Mediación Pedagógica, Aprendizaje, Enseñanza, Investigación, Textos Paralelos.*

Abstract

This work explores pedagogical mediation and university learning through two parallel texts starring Hugo. In the first text, his journey symbolizes teaching, highlighting academic challenges. In the second, autonomy takes center stage, reflecting active learning. Both stories connect with the university experience, emphasizing research and knowledge construction. Education is presented as a dynamic process where the teacher guides and the student transforms.

Keywords: *Pedagogical Mediation, Learning, Teaching, Research, Parallel Texts.*

Índice

Dedicatoria	ii
Agradecimientos	iii
Resumen	iv
Abstract	v
7. Introducción	vii
8. Marco Teórico	xi
9. Metodología	xiii
10. Contenido	10
Primera Parte	10
La Enseñanza en la Universidad	10
Reflexión Texto Paralelo Uno: Hugo y la Rosa Cartesiana	103
Segunda Parte	104
El Aprendizaje en la Universidad	104
Tercera Parte	173
La Investigación en la Universidad	173
Conclusiones y Recomendaciones	176
Bibliografía	181
Anexo	182

7. Introducción

Los textos paralelos han sido una herramienta clave en la construcción de nuevas perspectivas sobre la mediación pedagógica y el aprendizaje universitario. A través de estas narraciones, se han explorado las complejidades de la enseñanza y el aprendizaje, enmarcando estos procesos en historias ficticias que reflejan la realidad de los estudiantes y docentes. Hugo, el personaje principal de ambos relatos, es una representación metafórica del estudiante universitario que enfrenta desafíos académicos y personales en su búsqueda del conocimiento. Su recorrido es un reflejo del trayecto que cada estudiante atraviesa en el ámbito universitario, desde el desconcierto inicial hasta el desarrollo de una autonomía intelectual y crítica.

El primer texto paralelo nos introduce a un Hugo que se encuentra en una etapa de descubrimiento y adaptación. Enfrenta el reto de comprender los fundamentos del conocimiento y de la enseñanza, encontrándose con barreras que le dificultan avanzar. A lo largo de su historia, el lector observa cómo la mediación pedagógica juega un papel fundamental en la construcción de su aprendizaje. Al igual que los estudiantes en la universidad, Hugo se enfrenta a obstáculos que requieren la guía de un tutor o mentor que lo ayude a interpretar la información y a construir su propia perspectiva crítica.

En este primer relato, la enseñanza universitaria se muestra como un proceso que no solo implica la transmisión de conocimientos, sino también la formación de habilidades que permitan a los estudiantes enfrentarse a la incertidumbre del aprendizaje. La mediación pedagógica aquí cobra relevancia al ser el puente entre la información y la comprensión. Se destaca la importancia del tutor como figura central en la orientación del estudiante, asegurando que este no solo reciba información, sino que también sea capaz de integrarla y aplicarla de manera significativa en su desarrollo académico y profesional.

El segundo texto paralelo presenta un Hugo más maduro, que ha adquirido ciertas habilidades y estrategias de aprendizaje, pero que aún debe enfrentarse a desafíos mayores. En esta historia, la autonomía del estudiante se convierte en un tema central, reflejando la transición que se espera en los estudiantes universitarios a medida que avanzan en su formación. Hugo debe tomar decisiones por sí mismo, evaluar críticamente la información que recibe y generar nuevo conocimiento a partir de su experiencia y análisis.

Este segundo relato resalta la importancia de la autodisciplina y el pensamiento crítico en el aprendizaje universitario. Mientras que en el primer texto Hugo dependía en gran medida de la guía externa, aquí se encuentra en una posición en la que debe confiar en sus propias habilidades y en su capacidad de resolver problemas. La historia refuerza la idea de que la educación no debe ser solo un proceso de recepción pasiva de información, sino una experiencia activa en la que el estudiante se involucre y participe activamente en la construcción de su conocimiento.

El paralelismo entre la historia de Hugo y la experiencia universitaria permite comprender de manera más tangible los desafíos del aprendizaje en este nivel educativo. La universidad no solo es un espacio para la adquisición de conocimientos, sino también un entorno en el que los estudiantes deben desarrollar competencias clave como el análisis, la resolución de problemas, la creatividad y la autonomía intelectual. Los textos paralelos ofrecen una representación simbólica de este proceso, permitiendo que los lectores identifiquen sus propias experiencias y aprendizajes en la historia de Hugo.

Además, estos relatos ilustran cómo la mediación pedagógica puede facilitar el tránsito de un estudiante dependiente a un aprendiz autónomo. La presencia del tutor en el primer relato y su relativa ausencia en el segundo marcan la evolución del proceso educativo. De manera similar, en la universidad, los primeros años suelen caracterizarse por una mayor necesidad de guía y acompañamiento, mientras que en los últimos años se espera que los estudiantes sean capaces de tomar las riendas de su propia formación.

A lo largo de estos relatos, se observa cómo la enseñanza y el aprendizaje no son procesos lineales ni homogéneos. Cada estudiante enfrenta dificultades particulares y avanza a ritmos diferentes, dependiendo de su contexto, motivaciones y habilidades previas. Hugo representa esta diversidad de experiencias, mostrando que el aprendizaje es un camino lleno de desafíos, pero también de oportunidades de crecimiento y transformación personal.

Otro aspecto clave que se destaca en estos textos es el papel de la investigación en la educación universitaria. En ambos relatos, Hugo se ve obligado a cuestionar, explorar y construir sus propias respuestas ante las interrogantes que se le presentan. Este enfoque resalta la importancia de la investigación como herramienta fundamental para el aprendizaje significativo y el desarrollo del pensamiento crítico en el ámbito universitario.

En este sentido, la investigación no solo es vista como una actividad académica, sino como una actitud ante el conocimiento. Los textos paralelos nos muestran que investigar no es solo buscar respuestas en libros o artículos, sino también cuestionar, analizar y construir nuevas interpretaciones. La experiencia universitaria debe fomentar esta actitud investigativa, preparando a los estudiantes para enfrentarse a un mundo en constante cambio y evolución.

El uso de los textos paralelos como herramienta didáctica también abre nuevas posibilidades para la enseñanza universitaria. Al utilizar narrativas como las de Hugo, se logra una conexión más profunda con los estudiantes, permitiéndoles ver el aprendizaje como un proceso dinámico y aplicable a sus propias vidas. Este enfoque contribuye a la humanización de la educación, alejándola de un modelo meramente mecanicista y acercándola a una visión más integral y significativa.

Por otro lado, estos textos nos invitan a reflexionar sobre la importancia de la motivación en el aprendizaje. A lo largo de las historias, se observa cómo la actitud de Hugo influye en su capacidad para enfrentar los desafíos académicos. De manera similar, en la educación universitaria, la motivación juega un papel clave en el éxito académico. La enseñanza debe buscar no solo transmitir conocimientos, sino también despertar el interés y la curiosidad en los estudiantes, fomentando una participación activa en su proceso de aprendizaje.

En conclusión, los textos paralelos presentan una visión compleja y enriquecedora de la educación universitaria, destacando la importancia de la mediación pedagógica, la investigación y la autonomía en el aprendizaje. A través de la historia de Hugo, se evidencia la evolución de un estudiante que pasa de depender de la guía externa a convertirse en un aprendiz autónomo, reflejando los desafíos y oportunidades que caracterizan la experiencia universitaria. Estos relatos no solo sirven como una herramienta didáctica innovadora, sino que también invitan a una reflexión profunda sobre el papel de docentes y estudiantes en la construcción del conocimiento.

En el contexto educativo actual, la enseñanza ha evolucionado para afrontar los desafíos de un mundo en constante cambio. La educación ya no puede concebirse únicamente como la transmisión de conocimientos, sino como un proceso dinámico en el que se construye activamente el aprendizaje. En este sentido, la mediación educativa se perfila como un enfoque clave para transformar la enseñanza y fortalecer el desarrollo de habilidades significativas entre los estudiantes. A lo largo del máster se han abordado diversas estrategias para promover un aprendizaje más participativo, donde se redefine el papel del docente como el de guía y facilitador.

Esta transformación implica no sólo un cambio metodológico, sino también una reflexión profunda sobre el impacto de la enseñanza en el desarrollo de individuos críticos y autónomos. Por ello, es fundamental analizar cómo la mediación educativa contribuye a mejorar los procesos de enseñanza y aprendizaje, promoviendo espacios educativos más inclusivos y reflexivos.

En este sentido, el objetivo de esta investigación es proporcionar un análisis global de la mediación pedagógica y su impacto en la enseñanza y el aprendizaje. A partir de trabajos previos desarrollados en la maestría, se abordará la importancia de este enfoque en la transformación de los procesos educativos, resaltando sus ventajas y desafíos. El estudio se estructura a partir de un marco teórico que permitirá comprender los fundamentos de la mediación educativa, seguido de un análisis de experiencias previas que demuestran su aplicabilidad. En definitiva, se presentan las conclusiones que permiten reflexionar sobre el impacto y las estrategias necesarias para reforzar nuestro trabajo en la práctica pedagógica.

8. Marco Teórico

El presente estudio se basa en una metodología cualitativa con un enfoque centrado en la mediación pedagógica, entendida como el proceso de intervención que favorece el aprendizaje significativo. A lo largo de la maestría, se realizaron diversas prácticas de aprendizaje que involucraron la investigación educativa, el análisis de textos académicos y la observación de situaciones didácticas en distintos contextos. Estas experiencias permitieron desarrollar un marco de referencia para comprender la mediación pedagógica no solo desde la teoría, sino también desde su aplicación en escenarios reales. Se incluyeron entrevistas con docentes y estudiantes, estudios de casos sobre la implementación de estrategias de mediación y búsquedas en el campo sobre instancias de aprendizaje que permitieron evaluar los efectos de estas prácticas. A partir de estos elementos, la investigación busca analizar de qué manera la mediación pedagógica contribuye a la transformación de los procesos de enseñanza y aprendizaje, enfocándose en su impacto en la interacción entre docentes y estudiantes.

El método del texto paralelo constituye el eje central de esta propuesta, ya que ofrece una estructura que combina la reflexión crítica con la producción de conocimiento en relación con la mediación pedagógica. Según la sección “Gestión del texto paralelo” del libro de referencia fundamental, este método no solo actúa como un recurso de aprendizaje valioso, sino que también fomenta una caracterización profunda de los procesos educativos a través de la escritura y la interpretación de textos. A lo largo de la maestría, el uso del texto paralelo permitió a los estudiantes desarrollar un pensamiento analítico y una mayor capacidad de argumentación, al mismo tiempo que facilitó la construcción de una mirada crítica sobre la enseñanza. En esta investigación, se empleará el texto paralelo como una herramienta metodológica para examinar cómo los docentes y estudiantes perciben la mediación pedagógica y de qué manera esta influencia sus prácticas y comprensiones sobre el aprendizaje.

Para la recolección y análisis de datos, se utilizarán diversas técnicas cualitativas, incluyendo la observación participativa, entrevistas semiestructuradas y análisis documental. La observación permitirá registrar las interacciones en contextos educativos donde se aplican estrategias de mediación pedagógica, mientras que las entrevistas ayudarán a comprender las percepciones y experiencias tanto de los docentes como de los estudiantes en relación con estas estrategias. El análisis de documentos incluirá materiales utilizados en la maestría, registros de experiencias previas y referencias teóricas fundamentales sobre mediación pedagógica. Para

garantizar la validez de los hallazgos, se aplicará la triangulación de datos, contrastando la información obtenida a partir de estas distintas fuentes. A través de este enfoque metodológico, la investigación busca aportar nuevas perspectivas sobre la mediación pedagógica y su papel en la transformación de los procesos educativos, vinculando la teoría con la práctica y resaltando el valor del acompañamiento tutorial y del texto paralelo como herramientas fundamentales en el aprendizaje.

Los estudios sobre mediación pedagógica han demostrado su impacto positivo en la educación, destacando su capacidad para fomentar la motivación y la participación del alumnado en el aprendizaje. Las investigaciones han demostrado que los entornos mediados potencian la participación activa y el desarrollo del pensamiento crítico, a la vez que fortalecen habilidades como la comunicación y el trabajo colaborativo. La implementación de estrategias de mediación en la evaluación también ha arrojado resultados favorables, ya que permiten un aprendizaje más profundo y contextualizado. Sin embargo, para que la mediación educativa sea realmente eficaz, es necesario capacitar al profesorado en su aplicación, proporcionándoles herramientas y metodologías que les permitan transformar su práctica educativa. Solo así podremos lograr un modelo de enseñanza en el que el alumnado sea protagonista de su propio aprendizaje, construyendo el conocimiento de forma autónoma y significativa.

A pesar de sus ventajas, la mediación educativa se enfrenta a retos que deben abordarse para consolidarse en los sistemas educativos. Entre los principales obstáculos se encuentran la resistencia al cambio por parte del profesorado y del alumnado, la falta de recursos y la sobrecarga administrativa, que dificultan la implementación de metodologías innovadoras. Además, en algunos casos, el uso de la tecnología como herramienta de mediación no ha ido acompañado de un rediseño de las estrategias pedagógicas, conduciendo a una simple digitalización de los métodos tradicionales sin ningún cambio real en la dinámica de aprendizaje.

9. Metodología

Esta investigación utilizará un enfoque cualitativo, ya que permite un análisis profundo de la mediación educativa y su impacto en los procesos de enseñanza y aprendizaje. Este enfoque permite comprender las dinámicas generadas en el aula por la implementación de estrategias de mediación, analizando no solo los resultados obtenidos, sino también las percepciones y experiencias de docentes y estudiantes. A lo largo del Máster, trabajos previos han identificado la importancia de abordar la educación desde una perspectiva holística, lo que justifica el uso de metodologías cualitativas basadas en la observación, el análisis documental y la reflexión crítica. Con estas herramientas, buscamos obtener información detallada sobre la aplicación de la mediación educativa y los factores que influyen en su eficacia. De esta manera, la investigación se centrará no solo en la teoría, sino también en la realidad concreta de la práctica educativa.

Se utilizarán técnicas de recopilación de datos como la observación participante, las entrevistas semiestructuradas y el análisis documental relacionadas con la implementación de la mediación educativa. La observación participante nos permitirá registrar directamente las interacciones generadas en el aula cuando se aplican estrategias de mediación, proporcionando así una visión detallada de su impacto en el aprendizaje. Las entrevistas con docentes y estudiantes proporcionarán información sobre sus percepciones, dificultades y beneficios percibidos de la mediación pedagógica. Además, el análisis documental nos permitirá revisar los materiales utilizados en experimentos previos, así como estudios previos que ofrecen un marco comparativo. Estas técnicas nos permitirán obtener una visión holística del fenómeno en estudio, garantizando un enfoque que considera tanto la teoría como la experiencia en el aula.

El análisis de datos se realizará mediante un enfoque interpretativo, considerando las categorías que surgen de la información recopilada. El análisis de contenido se utilizará como técnica principal, con el objetivo de identificar patrones, tendencias y elementos clave que permitan comprender cómo la mediación pedagógica transforma los procesos de enseñanza y aprendizaje. Se prestará especial atención a los factores que facilitan o dificultan su implementación, para desarrollar propuestas que contribuyan a fortalecer su aplicación en diferentes contextos educativos. También buscaremos establecer relaciones entre los resultados obtenidos en esta investigación y trabajos previos desarrollados en el Máster, lo que nos permitirá contextualizar los hallazgos dentro de un marco analítico más amplio. A partir de esta

metodología, esperamos obtener información que contribuya a una comprensión profunda y profunda de la mediación educativa y su impacto educativo.

Finalmente, para garantizar la validez y fiabilidad de los resultados, se utilizará la triangulación de datos, combinando la información obtenida mediante las diferentes técnicas de recolección de datos. Esta triangulación permitirá contrastar los resultados, asegurando una interpretación más precisa y objetiva de los fenómenos observados. Además, se realizará una revisión constante de los datos para identificar posibles sesgos y reforzar el rigor del estudio. Como parte del proceso de análisis, se fomentará la reflexión crítica sobre los resultados, evitando interpretaciones reduccionistas o parciales. En este sentido, esta investigación busca no solo describir la mediación pedagógica, sino también generar contribuciones significativas para su implementación efectiva en el ámbito educativo. A través de este enfoque metodológico, esperamos contribuir al debate sobre la transformación de la enseñanza y la necesidad de repensar las prácticas pedagógicas basadas en un aprendizaje más significativo y participativ

10. Contenido

Primera Parte La Enseñanza en la Universidad

El primer texto paralelo nos introduce a Hugo, un personaje cuya travesía está marcada por la exploración del conocimiento y el enfrentamiento con los límites de su propio aprendizaje. A lo largo de la narrativa, Hugo se enfrenta a obstáculos que simbolizan las dificultades inherentes a la enseñanza universitaria, desde la comprensión de conceptos abstractos hasta la necesidad de adaptarse a nuevas metodologías. Su evolución refleja el proceso de enseñanza en la universidad, en el que los docentes, a través de la mediación pedagógica, buscan orientar a los estudiantes en la construcción de un aprendizaje significativo. En este sentido, la figura del maestro no solo transmite conocimientos, sino que actúa como un guía que facilita el desarrollo de habilidades críticas y reflexivas. La historia de Hugo ilustra cómo el proceso de enseñanza no es un camino lineal, sino una serie de avances y retrocesos que requieren esfuerzo, paciencia y un entorno de apoyo para poder superarse.

Capítulo Uno Gatos y Huracanes

Ser docente es una vocación que trasciende la mera transmisión de conocimientos. Es un viaje en el que el educador se convierte en un faro en la niebla, guiando a sus estudiantes a través de un mar de incertidumbres. Cada lección es una oportunidad para cultivar la curiosidad y el asombro, sembrando semillas en el jardín del conocimiento. Un buen docente no solo imparte datos, sino que invita a sus alumnos a cuestionar, a explorar y a aventurarse más allá de lo conocido. Cada pregunta que surge en el aula se convierte en una puerta abierta hacia nuevas posibilidades, y cada respuesta, en una luz que ilumina el camino hacia un futuro incierto pero lleno de promesas.

La docencia universitaria, en particular, exige una profunda conexión entre el docente y el estudiante, donde la confianza y el respeto mutuo permiten la creación de un ambiente propicio para el aprendizaje. En este contexto, los educadores no son solo transmisores de conocimientos, sino

mentores y guías, dispuestos a desafiar el pensamiento de sus alumnos y a fomentar un espíritu crítico. Cada interacción se convierte en una oportunidad para inspirar, para motivar a los estudiantes a no conformarse con lo que se les presenta, sino a buscar el significado más profundo detrás de las teorías y conceptos. Así, el acto de enseñar se convierte en una danza entre el conocimiento y la pasión, donde ambos se entrelazan para dar vida a un proceso educativo transformador.

Dicho esto, una casa había desaparecido la noche anterior abrazada por las llamas. Sus cenizas adornaron aquel hermoso jardín del que se rodeaba. Únicamente se podían distinguir algunos cacharos y objetos al azar que sobrevivieron al ardor, entre ellos un niño, el cual ese día se había quedado huérfano a la corta edad de ocho años y quien tenía por nombre Hugo.

Habiendo pasado poco más de doce horas desde aquella tragedia, Hugo fue llevado a casa del hermano de su padre, quien también era su padrino y había acepto a cuidar de él desde entonces.

Hugo, más allá de estar nervioso, se sentía vacío, carente de emoción alguna, nadie podría culparlo, había perdido todo de la noche a la mañana. La mujer policía encargada de llevarla a casa de su tío lo entendía bien y trataba de respetar su duelo, aunque eso no la extenuaba de hacerle preguntas hilarantes como:

—¿Te emociona vivir con tu tío?, aunque no es como tu casa, al menos está más cerca de la ciudad y no en medio del bosque.

—Eso creo... —respondió Hugo con la cabeza cabizbaja, abrazando fuertemente el libro que llevaba consigo.

Lo que había mencionado la policía, aunque fuera de lugar, era cierto, puesto que los padres de Hugo eran una especie de ermitaños que adoraban estar alejados de la sociedad, por lo que construyeron su casa en medio del bosque cercano.

Aquello había condenado a Hugo a tener como única interacción social la que tenía en la escuela de arquitectos a la que debía ir todos los días cruzando un largo y extenuante camino si quería asistir. Debido a esto su personalidad era algo reservada, algo que compaginaría con sus

padres, pues ellos tampoco eran muy sociables. Lo cual llevó a que prefirieran incluso limitar sus interacciones con su familia cercana.

La casa de su tío, a diferencia de la suya, era mucho más pequeña, casi tres veces menos de lo que era la suya. Lo que no tenía de ancho le sobraba de alto, contando con cinco plantas de unos sesenta metros cuadrados cada una. Debido a esto, los dormitorios y la sala de estar, que era donde pasaba la familia la mayoría de tiempo, se encontraban en las plantas altas, limitando el sonido que hacían las personas cuando tocaban a su puerta.

—¿Hay alguien en casa? —preguntó por quinta vez la policía, esta vez llevando sus manos a los laterales de su rostro para amplificar el volumen de su voz—. Se supone que debería ser aquí... —susurró mientras sacaba su libreta de apuntes para revisar la información de la dirección que había recibido.

Apenas dijo eso, se escuchó el rechinar que ocasionaban las escaleras de madera cuando bajaba alguien de prisa. Gracias al sonido, Hugo sabía de quién se trataba, él reconocía el ruido de esos zapatos de rubí, los cuales él solía decir que eran los de la bruja del sur del cuento de Oz.

Cuando el sonido de las escaleras culminó, se abrió la puerta y de ella se apreció a quien Hugo ya había predicho, su tía Glenda, una hermosa mujer que pasaba los cuarenta con rostro de una veinteañera, nadie sabía cómo lo hacía, pero Hugo siempre tuvo la sospecha de que en secreto era una bruja que le robaba la juventud a otros.

Tras hablar con la policía brevemente, Glenda aceptó a Hugo, excusando a su esposo por no poder ir a recibirlo personalmente. Cuando esta se fue, la sonrisa de aquel rostro tan fulminante desapareció para convertirse en una silueta triste y enajenada.

Glenda se agachó a la altura de Hugo y sin decirle una sola palabra, lo abrazó y lloró hasta que el deseo de hacerlo cesó. Una vez que lo hizo, esta se limpió las lágrimas y volvió a sonreírle a Hugo para luego decirle:

—Ya estás en casa, Gugo, ven, vamos para enseñarte la habitación que preparé para ti —. Hugo no entendía cómo es que pudo pasar de una sonrisa a un llanto en cuestión de segundos, para él era algo inexplicable.

Subieron las escaleras de madera hasta el cuarto piso donde obligatoriamente tuvieron que pasar por la sala de estar, donde se encontraron con el resto de la familia que vivía en esa casa. La que más resaltaba, y no solo por su vasto cuerpo, era la mamá Glenda, una anciana que pasaba los ochenta y que sufría de «*espantapájaros*», una enfermedad que le hacía tener pequeños espasmos memoriales donde sus recuerdos se mezclaban con ilusiones o, incluso, pesadillas. Afortunadamente esto había dejado de suceder desde que fue medicada y tratada a tiempo.

Allí también se encontraban sus primos Doroty y Donte, quienes no solo eran un poco mayores a él, sino que también gozaban de un carisma absurdamente alto, tanto como para que sea imposible que no te caigan bien después de la primera conversación con ellos. Ellos dos se encontraban hilando un muñeco de lana y leyendo un cómic de superhéroes, respectivamente.

Por último, en un rincón, junto a la madre de Glenda, estaba Toto, un perrito *cairn terrier* vestido con un suéter rosa que le había tejido Doroty, un color que Hugo pensaba que no le quedaba, pues, para él, el verde era más Toto que el rosa.

—¡Gugo! —exclamó Doroty, quien fue la primera en verlo subir las escaleras—, ¿has venido a visitarnos?, hace tiempo que no nos veíamos.

La nula expresión en el rostro de Hugo le dijo todo lo que necesitaba saber, aún así, Glenda procedió a explicárselos sin tapujo alguno, cuando terminó, la abuela exclamó:

—Oh, qué desdicha, tan jóvenes, con tanto por vivir y un niño por ver crecer, yo, de verdad... —atenuó sin recordar el final de la oración que estaba diciendo.

—Eso quiere decir que el tío y la tía... —expresa su primo Toto dejando el cómic de lado—. Gugo...

—Será mejor que lo dejemos descansar, —interrumpe Glenda— nada de esto es sencillo, pero será mejor que duermas.

Glenda era prudente, sabía que lo que más necesitaba su sobrino en esos momentos era estar a solas. A veces el no hablar es una forma de comunicación, basta el ver y sentir para aprender.

Aunque en la sala se encontraba la mayoría de la familia, había dos miembros que se encontraban fuera, estos eran su tío y la hermana de su tía, quienes se encontraban trabajando fuera y no regresarían hasta la noche, una razón más por la que Hugo debía descansar antes de encontrárselos y recibir otra carga de lamentaciones y menos sobre sus hombros.

Su tía lo llevó hasta el quinto piso, donde compartían habitación Dorothy y Toto en una especie de ático cómodamente estructurado. Ahora tendrían que compartir habitación los tres juntos puesto que la casa, dado el reducido espacio que disponía, apenas gozaba de las divisiones básicas de una casa gracias a la estrechez de sus pasillos.

—Esta será tu habitación, espero no te moleste compartir cuarto con Toto y Dorothy. Por ahora he podido armarte una cama y una mesa de noche, te prometo que al cabo de unos días te conseguiré un armario para tu ropa... —Al decir esto, Glenda comprende que se había dejado llevar por las promesas, ya que no podía costearse dicho enser que le estaba prometiendo.

Además, un armario era lo último que Hugo necesitaría en esos momentos, puesto que no tenía ropa alguna más allá de la que traía puesta, todo lo demás había sido consumida por el fuego.

Entendiendo que metió la pata, Glenda le desea que descanse y que bajara cuando se sintiera mejor. Quería dejarlo solo, puesto que sabía que nada de lo que dijera o hiciera lo haría sentir mejor. Perder a tus padres de forma tan trágica de un momento a otro no podía ser aliviado al cabo de unas cuantas palabras o muestras tristeza compartida.

Cuando estuvo solo, Hugo se sentó al borde de su cama y abriendo el libro que traía consigo sacó una carta que su padre le había dado la noche anterior, pocas horas antes de que el incendio comenzara. De alguna forma aquello le confortaba, era como si esas fueran las últimas palabras tendría de su padre antes de su muerte.

Aunque realmente no sabía qué decía, pues no había querido abrir la carta, ni siquiera ahora quería hacerlo, puesto que le bastaba con leer lo que ponía al reverso del sobre sellado, lo cual era: «La Rosa Cartesiana existe y espera por ti, este es un mapa para encontrarla». Sabía que

aquello era imposible, quizá se trataba de una metáfora, pero no tenía la cabeza para pensar ahora.

La Rosa Cartesiana era una historia que su padre le contaba todas las noches, sin excepción alguna. Aunque este no era un cuento para dormir precisamente, ya que el cuento habla de una rosa que existe en el horizonte y es capaz de crear materia de la nada, incluso vida. Era una fábula que hablaba sobre un rey que quería encontrar esa rosa para que pudiese crearle una corona más grande la que tenía para ser más rico y poderoso, sin embargo, con los años que pasó buscando la rosa, este envejeció y toda la riqueza y poder que pudiera obtener con su deseo le serían en vano dado al poco tiempo que le quedaba de vida. Por ello, cuando por fin la encontró, este le pidió que lo volviera más joven, justo como cuando él era feliz. Entonces desapareció.

La fábula termina así, con un final abrupto, sin dar explicaciones sobre lo que le pasó al rey o por qué, eso era algo que Hugo jamás terminó de comprender. Pero entenderlo era lo último que quería hacer, ya que le bastaba con recordar que esa historia era la que le contaba su padre todas las noches.

Esa historia era el recuerdo de su padre al que nunca más volvería a ver. Por ello, recordando la historia, abrazó la carta y se durmió en cuestión de segundos, acurrucado por las letras en su memoria.

Sorprendentemente no hubo lágrimas, ni siquiera cuando vio morir a sus padres y cómo la casa donde había crecido. Ni siquiera las hubo cuando Glenda lo abrazó con júbilo y lloró en su hombro, pareciera que ella estaba más conmovida por la pérdida de sus cuñados. Hugo no pudo hacerlo, su reacción fue más como la de sus primos Dorothy y Toto, de sorpresa y silencio, y estaba seguro que la de su tío sería exactamente igual, pues es algo que parecía caracterizarlos.

Sin quererlo, Hugo se quedó profundamente dormido, a tal punto que sentía una paz tremenda, una que solo se siente después de haber sufrido un ataque de estrés tremendo. Sin duda, no era fácil para él asimilar todos los cambios que estaba teniendo su vida de un momento a otro.

Permaneció dormido por ocho largas horas. Para cuando despertó, la noche había caído y la luna se visualizaba desde la pequeña ventana

redonda a sus pies. Notó que sus primos estaban dormidos en sus camas, podía oír los ronquidos nasales de Dorothy desde donde estaba.

Se quedó recostado en su cama mirando el techo, observando la nada abrazando su carta, después de todo no tenía muchas opciones para tomar y lo único que podía hacer era esperar a quedarse dormido otra vez.

Sin embargo, la noche le tenía preparada una sorpresa que nunca antes había tenido. Esa noche sería el comienzo de una serie de extraños sucesos. Empezando por sentir a sus pies unas pequeñas pisadas a la vez que sentía que alguien lo observaba.

Armándose de valor, Hugo decide mirar qué era lo que estaba provocándole ese peso y esa sensación extraña para encontrarse con un gato atigrado de color olivo a punto de morder la carta de su padre. Tenía unos grandes ojos color celeste, aunque más que celestes, eran casi blancos.

Cuando el gato se dio cuenta de que Hugo lo estaba viendo, este detiene su accionar un instante, viéndolo fijamente a los ojos sin saber cómo actuar. En un acto rápido y precipitado, el gato se apresura y toma entre sus dientes la carta del padre de Hugo y se da a la fuga saltando de la cama.

Este termina cruzando la puerta que se encontraba abierta, misma que se cierra cuando cruza el gato, como si estuviera evitando que Hugo lo siguiera. Sin embargo, lejos de quedarse quieto, Hugo reaccionó rápido y casi al instante en que el gato saltó de la cama, este también lo hizo dispuesto a perseguirle.

Por desgracia para él, cuando abrió la puerta no se encontró con las escaleras que lo llevarían hacia las plantas inferiores, en su lugar, un fuerte tornado apareció de la nada debajo suyo, era como si la puerta se hubiese transportado encima de este.

Hugo vio a lo lejos a ese gato, el cual estaba encima de un libro navegando entre los remolinos del tornado como si fuese lo más común del mundo. Todavía tenía la carta en su boca, por lo que, sin siquiera pensarlo y lleno de impulsividad, Hugo se lanza hacia un tronco que giraba en el interior del tornado, llegando a caer en él por pura suerte.

Gracias a eso, Hugo navegó al igual que el gato, pero este notó que Hugo no se daría por vencido, así que como si fuese algún tipo de mago, abrió una puerta que apareció delante de él y giraba junto consigo.

Dispuesto a cruzarla y no dejar escapar al gato, Hugo saltó desde donde estaba hacia la puerta que el gato acababa de cruzar, llegando a atraparlo justo cuando el gato erizó su piel del susto al verlo hacer tal locura, pues no pensaba que sería capaz de hacerlo.

—Te tengo —exclamó Hugo cuando sintió que estaba por atrapar al gato.

Pero como si todo fuese producto de su imaginación, este no terminó por abrazar nada, solo logrando atrapar la carta que el gato intentó robarle. Aquello no le pareció extraño, lo que sí, fue que después de que creyó que aparecería en otro lugar extraño como el del tornado, solamente terminó chocando con el mueble de la sala, en el cual se encontraba la abuela de Glenda, dormida con la televisión encendida.

El choque de su cabeza fue tal que provocó un sonido que, la abuela por su edad no notó, pero que alertó a su tío quien se encontraba en su estudio en la planta superior.

—¿Qué fue lo que pasó?, ¿dónde se metió ese gato? —se cuestionó Hugo mientras acariciaba el chichón en su cabeza que el golpe le provocó.

En eso llega su tío bajando las escaleras a toda prisa lleno de preocupación. Cuando ve a su sobrino sentado en el suelo con un chichón en la frente, este exclama.

—Oh, eres tú, Hugo...

—Tío... —atenúa Hugo sin saber cómo reaccionar.

El tornado, aunque irreal, era algo que podía afrontar sin problemas, sin embargo, si algo no podía —y sobre todo no quería— era encontrarse con su tío, el símbolo de su padre y de la verdad detrás del incendio de la noche anterior, claro que, esto último, Hugo pronto lo descubriría.

Al descubrir un pequeño rasguño en la mejilla derecha de Hugo, su tío lo llevó consigo a su despacho, donde luego de limpiar la herida le colocó una pequeña gasa que lo acompañaría hasta que sanara por completo.

Hasta ese entonces, toda su interacción se había basado en un silencio medianamente incómodo o en una pequeña charla sobre lo sucedido en el incendio. A pesar de que Oscar, su tío, fuese el único hermano de su padre, parecía estar muy poco afectado.

Claro que esto era algo que no era verdad, estaba tan afectado como un huerto de maíz después de una fuerte tormenta, el caso era que, Oscar, al igual que el maizal, no podían expresar su dolor, algo que habría heredado Hugo.

—Y... ¿qué tal la escuela de arquitectura? —preguntó Oscar reclinándose en su silla sin saber qué otra cosa preguntarle.

—Bien, eso creo... algo monótona —responde Hugo.

—¿Monótona?, ¿por qué sería así? —cuestiona mientras se incorpora sobre la mesa dispuesto a tener la charla a la vez que revisara los planos estructurales de las propuestas del edificio que tenía que presentar en el estudio en el que trabajaba.

—Yo... pienso que la forma de enseñar es algo aburrida, no llego a aprender nada de lo que dicen magistralmente, solo lo hago cuando lo practicamos, y no soy el único en la clase que piensa eso.

—Si están de acuerdo en que la clase es deficiente, ¿por qué no reclamarlo?

—A ellos no les importan cómo nos sentimos nosotros... eso parece...

—Muy mal, para que una clase sea didáctica no solo se debe tomar en cuenta los intereses de enseñanza del docente, se debe tener muy presente cuáles son las necesidades de aprendizaje del estudiante, es como una relación simbiótica.

—Sabes mucho, ¿por qué no eres tú nuestro profesor?

Oscar sonríe levemente por la pregunta de Hugo y le contesta:

—Es curioso que lo menciones, de hecho ese siempre fue mi sueño —atenúa para finalizar con un suspiro—: sin embargo, no me alcanzaría esta vida ni otra para lograrlo. Solo podría hacerlo un milagro.

—Entonces, ¿por qué no se lo pides a la Rosa Cartesiana?

—Suponiendo que existiera realmente, nadie sabe dónde está.

—Papá sí —pronunció por fin Hugo en un impulso, haciendo que Oscar soltara el lápiz de la impresión.

Hugo sacó la carta que había estado guardando, era algo que hubiese querido conservar para sí solo, pero pensó que quizá lo mejor era mostrársela teniendo en cuenta lo que había pasado poco antes con el gato.

—Esto es... —atenuó Oscar mientras sostenía la hoja que yacía en el interior de la carta que había dejado su hermano, leyendo atentamente lo que decía en letras amarillas:

“Querido Hugo, si tengo que decirte esto por medio de una carta y no personalmente, quiere decir que el tiempo no me dejó hacerlo. He decidido heredarte el resultado de años de investigación que hemos realizado tu madre y yo junto con tu tío. Los tres buscábamos un tesoro que se creía ficticio, soñábamos con encontrarlo, pero no esperábamos que fuese más allá que un simple pasatiempo, no obstante, cuando entendimos que era un objeto real, Oscar se había alejado de mí, no pudo sentir la dicha de tener la dicha de sentir la rosa en sus manos, algo que de cierta forma le envidio, puesto que así no se hubiese expuesto como lo hicimos nosotros.

El salirse del proyecto estuvo bien, gracias a eso pudo tener una vida tranquila con su familia, nosotros hubiéramos dado todo por conectar emocionalmente contigo, Hugo. Al final, solo logramos ponerte en peligro, y con decirte todo esto, lo estoy haciendo aún más.

En las siguientes páginas encontrarás el mapa textual de dónde se encuentra la rosa cartesiana, para poder entenderlo tendrás que pedirle ayuda a Oscar, no puedo pensar en nadie mejor para que pueda encontrar la rosa, además que él te dirá lo que necesitas saber para poder tocarla.”

Oscar estaba perplejo, lo último que pensó durante todo el día, toda la semana y el resto de años en que él y su hermano perdieron contacto fue sobre buscar la rosa cartesiana. ¿Qué es lo que haría ahora que tenía la oportunidad de encontrar la rosa?

La verdadera esencia de la docencia radica en la capacidad de inspirar, en la habilidad de tocar vidas de maneras que a menudo son

invisibles. No se trata solo de impartir conocimientos o de evaluar el rendimiento académico; es un compromiso emocional que se refleja en cada interacción en el aula. Un docente que logra conectarse con sus estudiantes es capaz de encender una chispa en ellos, una chispa que puede llevar a la creación de nuevas ideas y a la innovación. Este tipo de conexión va más allá de los libros y las aulas; se convierte en un legado que se perpetúa, ya que los estudiantes, a su vez, se convierten en los educadores de la próxima generación.

Cuando un docente logra inspirar a un estudiante, no solo está enseñando, sino que está sembrando un deseo ardiente de aprender, crecer y contribuir al mundo. Cada estudiante que se siente valorado y motivado por su educador se convierte en un faro de posibilidades, listo para iluminar el mundo con sus propias ideas y perspectivas. Así, la docencia no es solo un trabajo, sino un viaje significativo que transforma tanto al educador como al educando. Es un proceso continuo de aprendizaje mutuo, donde cada clase, cada discusión y cada experiencia compartida dejan una huella indeleble en el alma de los involucrados.

Capítulo Dos

El Verso del Apto

La figura del docente es un reflejo de numerosas virtudes que, aunque a menudo son invisibles a simple vista, juegan un papel crucial en la formación de las futuras generaciones. La paciencia, por ejemplo, se convierte en un pilar fundamental en el proceso educativo; un docente debe ser capaz de guiar a sus estudiantes a través de un paisaje lleno de desafíos y dificultades, entendiendo que cada individuo tiene su propio ritmo de aprendizaje. La empatía, otro componente esencial, permite al educador conectarse con las experiencias y emociones de sus alumnos, creando un espacio seguro donde se sientan valorados y escuchados. Esta conexión emocional es vital, pues fomenta un ambiente de confianza que es propicio para el aprendizaje y la exploración."

Además, la resiliencia es una virtud indispensable en la vida de un docente. La docencia no es un camino sencillo; está lleno de altibajos, de momentos de incertidumbre y frustración. Un buen educador debe tener la capacidad de adaptarse a diferentes situaciones y aprender de los

fracasos, transformándolos en oportunidades de crecimiento. La pasión por la enseñanza, por último, actúa como el combustible que impulsa a los docentes a seguir adelante, incluso cuando las circunstancias son difíciles. Esta mezcla de virtudes no solo enriquece al educador, sino que también deja una huella profunda en los estudiantes, quienes, al absorber estas cualidades, están mejor preparados para enfrentar sus propios desafíos en la vida.

Estaba angustiado, lo único que hacía era caminar de lado a lado por toda la habitación sin decir una sola palabra. De vez en cuando apretaba su frente con su pulgar e índice, Hugo pensaba que quizá era un truco para que las ideas fluyeran de mejor manera.

—Entonces... ¿iremos por la rosa? —preguntó Hugo al fin, atreviéndose a romper la angustia de su tío.

—¿Qué?, por supuesto que no —sentenció su tío al fin—. Encontrar la rosa ha sido una leyenda hasta ahora, pero aún si mi hermano tiene razón y existe, es imposible ponerle un solo dedo encima.

Al ver la cara de confusión de su sobrino, Oscar le explica la razón por la que no podía ser tocada la rosa. Según la leyenda, la misma contiene un gran poder que solo podrá ser tocada por una persona que recolecte ciertas características que, para mejor entendimiento, se realizó un verso en su horno:

“La rosa cartesiana forma por diez pétalos sostiene una virtud en cada uno de estos: el primero empatiza con colores, el segundo comparte su arte, el tercero ordena lo menester, el cuarto se compara con sus iguales, el quinto se une a su entorno, el sexto inspira a sus oyentes, el séptimo enfrenta sus miedos, el octavo comprende las diferencias, el noveno sufre su error, el décimo evalúa justamente, el undécimo corrige al inocente...”

—Tu padre, tu madre y yo obtuvimos esta información a través de un objeto que encontramos en unas ruinas en el bosque —explica Oscar mientras rebusca entre sus libros uno que estaba desgastado por el uso y empolvado por el olvido—. Lo conservé todo este tiempo, no porque pensara que lo iba a usar, sino porque...

Oscar atenuó sin terminar la frase, algún pensamiento debió cruzarle por la cabeza mientras abría el viejo libro. Sacudiéndose la cabeza, sacó de entre sus hojas un pergamino de papiro cuidadosamente doblado dentro de este.

—Mi padre me hablaba de ese verso todas las noches, siempre terminaba igual, en el número once —atenuó Hugo.

—Él y yo estábamos determinados a encontrar la rosa cartesiana, no había nada que pudiese interponerse en nuestro camino.

—Entonces, ¿por qué dejaron de hacerlo juntos? —cuestionó inocentemente el niño.

—Éramos jóvenes e ingenuos, no comprendíamos de lo grande que es el mundo e ignorábamos los peligros de este. Cuando habíamos avanzado con nuestra investigación, un grupo nos lo arrebató todo, que, aunque eran resultados a medias, era un gran avance para encontrar la rosa. Lo único que pudimos aguardar, es este pergamino que contiene el verso del apto.

El silencio se adueñó de la habitación, solo pudiéndose oír el respirar y suspirar de Oscar, quien denotaba lo afligido que estaba al hablar de ello.

—Nos hicieron daño, Hugo, demasiado. No pude soportar la idea de que algo así le sucediera a Glenda, así que me fui. Pensé que llevándome el pergamino conmigo, tus padres abandonarían toda esperanza por continuar con la investigación, sin embargo, parece que lejos de hacerlo, te metieron en todo esto.

—Pero, tío, ahora con el mapa de mi papá y el verso del apto tenemos todo lo necesario para encontrar la rosa. Podemos...

—No, Hugo, es demasiado peligroso, no iremos.

—Pero, ¿por qué?

—¿En verdad crees que el incendio en tu hogar es casualidad? Teniendo en cuenta que mi hermano continuó con la investigación, solo puedo pensar en una cosa: que es obra del mismo bastardo de que nos quitó nuestros avances en nuestra juventud, el Sombrero Loco.

—Eso significa que debemos encontrar la rosa nosotros primero, si ese tipo es tan peligroso como dices, dudo que esté buscando la rosa para algo bueno. Debemos hacerlo, tío, o todo lo que mis padres y tú investigaron será en vano.

Oscar medita sobre ello un rato, comprendiendo que las palabras de su sobrino tenían una carga de verdad más alta de lo que quisiera aceptar. Sin embargo, no podía saber si la insistencia por encontrar la rosa era por honor a la justicia o por un deseo que Hugo tuviese y quisiese cumplir. Era muy posible que en el fondo solo quisiera revivir a sus padres.

—Está bien —sentenció por fin Oscar—, pero lo haré yo solo. —Estiró la mano y le pidió a Hugo—: Dame el mapa.

Hugo, en un rápido movimiento, escondió el mapa en su espalda para alejarlo de su tío.

—No, no te lo daré. Quiero encontrarla yo también, mi papá me la dejó a mí.

—Hugo, no comprendes lo peligroso que será esto, no está hecho para un niño.

—Pero quiero hacerlo, es lo único que me queda de mis padres y...

—¿Y qué, Hugo? ¿Piensas que podemos revivirlos si se lo pides a la rosa? No es posible, Hugo. Si hacemos esto es para alejarla de gente malvada como el Sombrerero.

—Yo... yo, no había pensado en eso...

—Dame el mapa, Hugo, qué clase de persona sería si dejo que un niño se involucre en esto.

—No... —atenúa Hugo sin estar seguro de qué más decir, pero, agarrando valor dentro de lo más profundo de sí, recordó lo que había pasado con ese gato poco antes de encontrarse con su tío, él sabía que eso no fue un sueño, que fue real y que, si pudo correr por encima de un tornado, podría hacer cualquier cosa—. No te lo daré, si quieres el mapa, yo iré contigo.

Oscar suspira con cierto aire de enfado consigo, puesto que sabía que la respuesta que estaba a punto de dar era una que no aceptaría ni

con todos los argumentos del mundo en su contra, pero sabía que esto no era una cuestión de lógica y que dijera lo que dijera, no podría cambiar la determinación que veía en Hugo.

—Bien, iremos juntos, pero será a mi modo y partiremos en la mañana, ahora vete a dormir.

Con la copa llena del dulce néctar de la victoria a su favor, Hugo corrió hacia la puerta de su tío y subió escaleras arriba. Acción que no duró mucho cuando a medio camino recordó algo que no le había preguntado a su tío y que lo llevaba en la cabeza desde que le mostró aquel papiro.

—Tío, ¿qué significa el verso del apto? —Esta pregunta formó una sonrisa crédula en el rostro de Oscar, porque Hugo estaba insistiendo en acompañarlo sin comprender el requisito vital para poder tomar la rosa.

—Bueno... es más complejo de explicar de lo que parece, mañana te lo explico, hoy confórmate con saber que ese verso describe las cualidades de quienes pueden tomarla y pedir el deseo.

Sabiendo esto, Hugo retomó su rumbo y subió las escaleras con tal velocidad que muy seguramente había superado el récord del tiempo más corto en subir las escaleras de cuatro pisos.

Echando un vistazo rápido, sus primos seguían en sus camas, abrigados con las cobijas y babeando la almohada que abrazaban. Era sorprendente la simetría que tenían sus posturas.

Sin darle mayor atención, se recostó en su cama espalda a ellos y se durmió abrazando fuertemente la carta de su padre para que esta vez nadie se la quitara. El sueño llegó al instante, casi tan rápido como el tiempo en que Doroty tardó en asomar la cabeza y ver si Hugo ya estaba en la cama. Tal parece que Oscar y su sobrino no fueron los únicos despiertos esa noche.

Por su parte, Oscar sabía que era cuestión de tiempo para que el peligro lo siguiera hasta su hogar. Debía empacar todo, suspender su trabajo en el estudio de arquitectura del Gad de su ciudad y alistar todo lo que pudieran necesitar en una mochila de expedición, la cual llevaba años guardada debido a que era la que usaba con su hermano en aquellos tiempos en que daban con el paradero de la rosa juntos.

Sostuvo la mochila consigo y la abrazó, disculpándose y culpando a su hermano por involucrar a Hugo en esto. Incluso en esos momentos dudaba sobre si estaba bien llevarlo consigo, pero sabía que de poco serviría negarle el permiso, ya que vio en sus ojos la misma determinación terca que veía en su hermano cuando eran jóvenes, nunca nadie podía decirle qué hacer, era algo que lo caracterizaba.

Habiéndose disculpado, continuó con las preparaciones pertinentes para la aventura. No podía olvidar nada, tenía que ser cuidadoso con saber qué podría necesitar, ya que no podían volver a casa hasta encontrar la rosa. Oscar sabía que dicha aventura les podría llevar días, semanas o, si todo salía mal, hasta meses.

A la mañana siguiente, tras una evasión de explicaciones a Glenda sobre a dónde iban con esas mochilas tan grandes sobre sus espaldas, los dos se encontraban frente al Bosque Blanco, ya que el mapa del padre de Hugo empezaba desde allí y se dividía en once puntos diferentes a los que llamaban “prácticas”, lo más seguro era, que tal como el verso del apto anunciaba, la rosa se dividía en once pétalos y tendrían que encontrarlos uno por uno.

Procurando no equivocarse con la dirección del mapa, tomaron el camino de la derecha en búsqueda de su primer pétalo. Era importante que estuvieran seguros, debido a que era fácil perderse en ese bosque y en especial entre los seis caminos en los que se dividía el comienzo.

El Bosque Blanco era llamado así, irónicamente, por lo oscuro y macabro que podía llegar a ser el estar ahí. Comenzó a popularizarse el nombre desde que se decía que solo con poner un pie ahí, lo último que se vería es un *destello blanco* antes de dormir para siempre.

—¿Ahora me lo explicarás? —preguntó Hugo intentando romper el silencio del caminar de ambos.

—¿Qué cosa, Hugo? —preguntó de vuelta Oscar al volver en sí después de quedarse absorto tras treinta minutos de haber caminado por ese sendero.

—Lo que significa el verso del apto que me indicaste y que papá siempre repetía para dormirme.

—Oh, bueno... —Oscar se planteaba la mejor forma de explicárselo más allá de la sosa explicación que le había dado anoche—. Como te dije, describe las cualidades que debe tener una persona para poder tocar la rosa cartesiana. Para resumir, debe ser empático, generoso, ordenado, símil, comunitario, inspirador, valiente, reflexivo, resiliente, justo y crítico.

—Guao... ¿quién podría tener todas esas cualidades? —se cuestiona Hugo asombrado.

—Bueno, en los años en que estuve alejado de tu padre, no es que no pensara en ello. El verso del apto fue algo que permaneció en mi memoria durante mucho tiempo, por lo que intenté descifrar a quién podría reclutar todas esas cualidades. —Hugo prestaba mucha atención a lo que decía su tío—. Llegué a la conclusión de que el único que podía tocar la rosa era un catedrático. Lo cual es una locura, prácticamente están extintos, y quienes dicen serlo, no cumplen ni con dos de las once cualidades.

—Tío... ¿qué es un catedrático?

—Bueno, un catedrático es como un profesor, solo que este se especializa en enseñar a las personas sobre una profesión. Hace siglos, Hugo, existía algo llamado universidad, un lugar donde abundaban este tipo de profesores, allí podías estudiar con el fin de profesionalizarte en un campo específico, pero solo lo hacías luego de seguir dos ramas de estudio básicas: la escuela y el colegio.

—Pero las escuelas y los colegios aún siguen existiendo, tío.

—Sí, eso es verdad, pero en el año 1777 se creó la Constitución del Arte Siete —O CAS—, que dictaminaba que era necesario que las profesiones se empezaran a dar desde las escuelas y que estas solo lo harían en siete ramas del arte básicas. El colegio, por su parte, sería la etapa final de estudio, donde cada rama podía dividirse a diferentes áreas de sí misma, pero nunca mezclar las artes, eso está prohibido. Entonces, así es como lo hemos llevado los últimos siglos, por lo que como verás, las universidades, y por ende los catedráticos, ya no existen. Después del colegio ya no hay nada, más que trabajar.

—¿Es por eso que mi escuela se llama “Escuela de Arquitectos”?

—Hugo empezaba a comprender cosas que nunca nadie le había explicado, pero que sorprendentemente ahora le resultaban muy obvias.

—Sí, Hugo, es justamente por eso. La arquitectura está constituida como un arte de prestigio junto con la escultura, es la razón por la que mi padre nos hizo estudiar eso a mi hermano y a mí.

—Entiendo, tío, pero sigo sin entender cómo un catedrático es descrito con algo como que empatiza con los colores.

—Eso es porque es una metáfora, Hugo, los colores son tantos como estudiantes hay en una clase, y cada color puede tener diferentes tonos como estudiante aptitudes y falencias. La empatía de un catedrático se da cuando comprende estas diferencias nacidas de la mezcla de varias ramas e intereses de estos y las usa como fortaleza para enfocarse en la rama que escogió. Sería como explicarle al hijo de un pintor que la escultura no está muy lejos de lo que conoce, algo que, como dije, está prohibido.

Quizá Oscar debió por empezar explicándole a Hugo lo que era la empatía, pues en sí es una emoción complicada de comprender y mucho más para un niño como él, sin embargo, disimulaba muy bien su ignorancia.

—Y las demás cualidades, ¿qué metáforas usan? —El interés de Hugo era gigantesco, quería saber todo lo que su tío había comprendido sobre el verso del apto, pero aquello tenía que esperar, sin que se dieran cuenta, habían recorrido todo el sendero inicial que dictaminaba en el mapa, por lo que se encontraban frente a su destino:

El Templo de Alicia, un lugar un tanto olvidado por los habitantes del pueblo; allí era donde se llevaban a cabo la selección de aptitudes y necesidades de estudio a los niños próximos a entrar a la escuela. Los padres las usaban para definir a qué arte someterían a sus hijos con el fin de que sobresalieran en estas.

La estructura del edificio se notaba algo desgastada y mal cuidada. Por mera intuición se podría deducir que no había nadie que decidiera habitar en tal sitio, pero si algo era seguro, era que el mapa les decía que allí se encontraba el primer pétalo de la rosa cartesiana.

El camino para convertirse en docente es uno lleno de dedicación, esfuerzo y sacrificio. No se trata solo de obtener un título; implica un compromiso profundo con el aprendizaje continuo y el desarrollo personal. Desde los primeros pasos en la formación académica hasta la experiencia práctica en el aula, cada etapa del proceso es una oportunidad para cultivar las virtudes que definen a un buen educador. La formación docente no solo se basa en adquirir conocimientos sobre el contenido que se enseña, sino que también requiere un entendimiento profundo sobre la naturaleza humana, la psicología del aprendizaje y las dinámicas del aula.

Este viaje formativo está plagado de experiencias que moldean la identidad del educador. A través de la observación y la práctica, los futuros docentes aprenden a construir puentes entre el conocimiento y la curiosidad de sus estudiantes. Desarrollan habilidades críticas como la comunicación efectiva, el pensamiento crítico y la resolución de conflictos, que son esenciales para el éxito en el aula. Pero quizás lo más importante es que, en este proceso, los educadores no solo se preparan para enseñar; también se preparan para aprender, adaptarse y evolucionar junto a sus estudiantes. De esta manera, la docencia se convierte en un viaje compartido, donde tanto educadores como alumnos se enriquecen mutuamente, creando un ciclo interminable de crecimiento y transformación.

Capítulo Tres

Conejos y Acertijos

Oscar y Hugo se detuvieron frente a las enormes puertas del Templo de Alicia, que parecía tan antiguo como el bosque mismo. Las piedras estaban cubiertas de musgo, y en el aire flotaba un extraño silencio, interrumpido solo por el susurro del viento entre los árboles.

—Aquí estamos —dijo Oscar, señalando las puertas—. Según el mapa, este es el lugar donde encontraremos el primer pétalo... o eso creo.

Hugo miraba el templo con una mezcla de asombro y temor. No era lo que había esperado. El edificio, aunque majestuoso, emanaba una

sensación inquietante, como si todo lo que fuese a encontrar dentro fuera a estar más allá de toda lógica que pudiese imaginar nunca.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Hugo, tratando de disimular su nerviosismo.

—El Templo de Alicia es... o era, un sitio donde los niños eran evaluados para determinar sus habilidades para entrar a una escuela de arte. Pero ahora está abandonado —respondió mientras empujaba las pesadas puertas de madera, que se abrieron con un crujido que resonó en el aire.

Dentro del templo, todo era oscuridad y silencio. Oscar sacó una linterna de su mochila y la encendió, iluminando un pasillo largo y estrecho con paredes llenas de inscripciones antiguas y pinturas en las paredes de cartas de póker jugando croquet.

—¿Crees que haya alguien aquí? —preguntó Hugo esperando una respuesta positiva de su tío.

—No lo creo, este lugar fue abandonado pocos años después de que tu padre y yo hiciéramos nuestras pruebas de aptitud aquí. —Oscar, más allá de atemorizado, parecía estar lleno de nostalgia. Ese lugar, aunque estuviera lleno de goteras y vegetación en cada una de las grutas, representaba para él el inicio de sus aventuras con su hermano.

—¿Ambos fueron elegidos para entrar a la escuela de arquitectos? —preguntó Hugo con curiosidad.

—No, definitivamente no había forma de que fuese así, sería una extraña suerte que nos pasara eso. Tú padre fue seleccionado apto para la escuela de escritura, yo, por otro lado, extrañamente quedé en la escuela de danza. ¿Puedes imaginártelo, yo en una escuela de danza?... hubiera sido extraño, pero encantador, debo admitir —argumentó Oscar a su explicación, para finalmente concluir—: Fue tu abuelo, mi padre, quien decidió que un escritor y un danzante no traerían suficiente estatus a la familia, así que decidió meternos a ambos a la escuela de arquitectura, justo como había hecho él en su infancia.

—Entonces la prueba que te decía las aptitudes para cada escuela estaba mal, porque tú amas la arquitectura, ¿o no, tío Oscar? —preguntó con inocencia Hugo.

—No sabría qué decirte, Hugo, siempre estudié arquitectura, así que no tengo con qué más compararla —respondió Oscar con una leve pena en sus ojos, los cuales volvieron a brillar cuando vieron el pedestal del conejo—. Oh, vaya... pero qué recuerdos, era aquí donde se inscribían los nombres de quienes querían definir a qué escuela asistir.

Oscar, recordando con cariño aquel día en que su padre lo trajo a él y a su hermano, se imaginó la figura del conejo hablándole y diciéndole que debía seguir su sueño; todo eso mientras acariciaba el pedestal con suavidad.

En eso, sin previo aviso, el pedestal se iluminó, emitiendo un ruido como si estuviera haciendo un esfuerzo por encenderse después de tantos años. Al breve tiempo de aquello, una figura salió danzante de una de las esquinas, esbozando:

—♪ *Hola, amiguito, sí, sí, ¡aquí estoy! Vine a ayudarte, yep, yep, ¡en tu cuestión! Pronto empiezas la escuela, ¡qué honor! ¿Cuál será tú mejor opción? ¡Para estoy yo!* ♪ —Aquello era una canción que rosaba extraño y lo penoso, supongo que en otras circunstancias y con menos años, Hugo lo hubiese disfrutado, pero en ese ambiente lúgubre y vacío, definitivamente no era algo agradable de oír—. Ahora, querido candidato, acércate, vamos a averiguar cuál es tu mejor opción para entrar a la escuela.

El conejo comenzó a pronunciar lo que estaba preestablecido en su código, pues era un robot con inteligencia artificial que estaba destinado a designar las mejores opciones para el estudiante que acudiera a él para elegir una escuela.

Lo extraño era lo que Hugo había notado desde que apareció el conejo, ya que detrás suyo, casi escondiéndose, una niña de cabello rubio como los pétalos del girasol, tan delgada que denotaba tener hambre, con ojeras como bolsas negras y ropa andrajosa y descuidada. Mientras el conejo terminaba su canción, esta se ubicó detrás de este y se sentó en cuclillas, abrazando sus rodillas. No dijo una palabra desde que apareció.

—Ahora bien, como cortesía por ser los visitantes número uno que vienen a consultar sus aptitudes después de treinta y nueve años de que nadie llegara, tengo un regalo especial para ustedes. —Metió sus manos en su barriga, como si tuviese algún compartimento que ocupara ese espacio, pero al ser tan blando y rechoncho era como si sus manos se hundieran en una suave almohada de felfa.

—Yo... no sé cómo se activó —mencionó su tío casi susurrando—. Quizá debamos ignorarlo e...

—No, no, no, —interrumpió el conejo—, nadie puede irse hasta que descubramos su arte innato —dijo a la vez que sacó sus manos de su vientre, sosteniendo un panecillo blanco en cada una—. Tomen... esto es para ustedes.

Oscar y Hugo estiraron las manos con inseguridad, no sabían si debían tomarlas, pero su cordialidad los obligaba a aceptarlas. Cuando los tuvieron consigo, notaron que en la cubierta ponía la palabra “cómeme” con chocolate, algo obvio ante un panecillo.

—No se preocupen por los años que han pasado, fui hecho para evitar la acumulación de bacterias, óxido y el polvo, así que son totalmente comestibles —explicó el conejo blanco—. Adelante, pruébenlos.

Oscar dudaba sobre si debía hacerlo, había muchas razones para ignorarlo e irse, pero la nostalgia lo tenían así de pie frente al conejo. Hugo imitaba su duda y no dio un mordisco al panecillo, y no planeaba hacerlo hasta que su tío lo hiciera.

Mientras observaba con detenimiento a su tío, quien analizaba cada centímetro del panecillo, vio de reojo a la niña rubia detrás del conejo, parecía admirada de tales delicias. La sospecha de que sus ojos se abrieran de par en par por el hambre que sentía se hicieron verdad cuando el estómago de la niña soltó un rugido de hambruna incontrolable.

Hugo notó el hambre de aquella niña, era algo que no podía ignorar, aunque le parecía curioso que no se atreviera a pedirle un panecillo directamente al conejo blanco o pedírsela a él.

—Ignoren a la niña, no les corresponde preocuparse por ella —dijo el conejo, sorprendiendo a Oscar y Hugo, quienes quedaron perplejos por ello—. Ahora, empecemos con las preguntas.

—Oh, no, no hace falta —interrumpió el conejo blanco—, ninguno está por ingresar a la escuela. No iremos en cuanto echemos un vistazo a este lugar.

—Eso es una verdadera lástima, pero estoy programado para no dejar ir a nadie que no conteste un mínimo de tres preguntas, sea cual sea el caso.

—Bueno, está bien, creo poder contestar unas cuantas preguntas sin ningún problema —dijo Oscar lleno de confianza.

—Oh, pero si tenemos un pequeño sabiondo con nosotros, ya que eres un adulto prepararé tres preguntas muy especiales para ti —exclamó el conejo e hinchó el pecho como si fuese a soplar y a soplar—. *♪Unas preguntas haré, sí, sí, tres preguntas haré, yep, yep. ¡Si no las contestan bien... nunca saldrán de aquí! ♪*

Eso último dejó perplejos a Oscar y Hugo, quienes se miraron las caras pensando en que estarían en problemas por si se equivocaban en una de las preguntas que el conejo les haría.

La preocupación de Hugo se vio interrumpida por el segundo rugido de estómago de la niña detrás del conejo. Regresó a ver su panecillo, luego vio a la niña y repitió esto un par de veces hasta que entendió que quería darle de su panecillo.

—Primera pregunta —interrumpió el conejo, lo que detuvo a Hugo de ir a dejarle su panecillo a la niña—, ¿cuántos panecillos puedo comer con el estómago vacío? —Oscar lo pensó un poco, pero al cabo de unos segundos supo responder:

—Solo uno, porque luego de comer el primero, mi estómago ya no estaría vacío.

—¡¡¡Bien!!! —exclamó eufórico el conejo blanco—. *♪La primera pregunta fue contestada, una respuesta correcta fue dada. ¿La segunda será así de confiada?... ♪*

Aprovechando que el conejo estaba cantando y su tío se tapaba la cara de la vergüenza, Hugo aprovechó y se escabulló detrás del animal a por la niña. Cuando estuvo frente a ella, le estiró el panecillo, lo que le hizo que le brillaran los ojos encantada por el aroma y la apariencia del postre.

—Tómalo, tienes hambre, ¿verdad? —añadió Hugo para animar a la niña que aceptara su panecillo. Pero fueron interrumpidos antes de que el acto fuera concretado ya que el conejo se dio cuenta de que estaba intentado hacerlo.

—No tienes derecho a alimentar a esa niña, ella evadió mis preguntas y debe quedarse aquí —Hugo se aprisionó contra la pared porque el conejo se estiró tanto que casi podía sentir su suave pelaje—. Ya que tú has desafiado mis leyes, serás tú quien responda la segunda pregunta... —Estaba enojado, dada mucho miedo.

—¡No!, yo contestaré tus preguntas, déjalo en paz —suplicó Oscar detrás del pedestal—. Es solo un niño.

—Niño o no, pasó de mis advertencias, así que debe responder a mi pregunta. —Aunque fuese una IA, podía sentir el aliento cálido del conejo, el cual extrañamente tenía aroma a chocolate—. Segunda pregunta: ¿En qué se parece un cuervo y un escritorio?

Oscar pensó rápido, quizá si encontraba la respuesta podía darle una señal y así ayudarlo. Sin embargo, por más que lo pensara no podía entender a qué se refería, no tenían ninguna relación uno con el otro. ¿Qué era? El cantar de un cuervo, el papel de un escritorio... ¿qué?

—En... —pronunció Hugo dudando sobre la respuesta.

—¡No, Hugo!, no contestes, nada nos asegura qué pasara si contestas mal —interrumpió Oscar intentado saltarse el pedestal, pero siendo interrumpido por el conejo blanco, quien le lanzó un pastel de cumpleaños extraído de su vientre.

Debido a la fuerza del golpe del pastel, Oscar cayó al suelo, lo que lo retrasó unos segundos hasta volver a incorporarse, tiempo que Hugo aprovechó para dar su respuesta, confiando en que había encontrado la respuesta correcta a su acertijo.

—Que ambos tienen plumas y los dos las necesitan para volar — sentenció Hugo, logrando un silencio abrumador luego de su última palabra.

El conejo se quedó absorto y recobró su apariencia adorable, por unos segundos daba la impresión de que le daba una especie de falla en su código, pero al cabo de unos segundos supo decir:

—¡Es correcto! —Volviendo a meter la mano en su vientre, sacó un pañuelo que ofreció a Oscar para limpiar la crema del pastel de su cara—. *♪Una segunda respuesta correcta...♪*

El conejo volvía a cantar, tiempo en que Hugo quiso usar para darle su panecillo a la niña, pero miró a su tío y este negó con su cabeza. Entendió que su accionar había sido precipitado, así que esta vez escucharía a su tío.

—¡Bien!, tercera y última pregunta para que puedan recorrer el templo sin interrupciones —anunció el conejo al dejar de cantar—. Si una pluma y un ladrillo son lanzados al mismo tiempo desde lo alto de un edificio de 56 metros de altura y la gravedad es equivalente... —“Perfecto”, pensó Oscar mientras el conejo seguía agregando datos y cifras, para Oscar era un buen acertijo, ya que, como arquitecto, las matemáticas eran su fuerte— ... todo esto tomado en cuenta a que el libro en el suelo está abierto de par en par, ¿cuál de los dos termina la historia primero?

Nuevamente fue sorprendido, Oscar no se esperaba que el remate del acertijo sería tan absurdo como ese final. Todos los datos y los números que usó el conejo solo fueron distracciones que jugaron con su atención, no servían de nada.

En eso vio a Hugo, quien lo observaba a la distancia sonriente, como si la respuesta ya estuviera en su cabeza y fuese más fácil de lo que pensaba. Quizá era así, después de todo el acertijo del cuervo y el escritorio no guardaban lógica alguna, pero sí tenían una correlación extraña: las plumas, algo tan obvio que pasaba desapercibido.

Entonces, teniendo en cuenta ese tipo de respuesta, Oscar sabía qué es lo que esperaba el conejo como respuesta, era algo tan único y lógico como:

—La pluma, porque está acostumbrada a escribir finales. —El conejo lo miro con firmeza, esperando que dudara de su respuesta, pero al ver que estaba seguro gritó:

—¡¡¡Sí!!! ♪ Todas las preguntas fueron contestadas, viva, viva... ♪ — Mientras el conejo cantaba, Hugo regresó a ver a la niña, quien parecía resignada a no recibir el panecillo y saciar su hambre.

—Señor conejo —interrumpió Hugo, a lo que el conejo blanco miró con asombro y al callar su canción, preguntó:

—¿Qué sucede?

—Deseo contestar las preguntas por ella, para que pueda salir de aquí y compartirle de mi panecillo —exclamó valientemente Hugo, lo que sorprendió tanto a Oscar como al conejo y a la niña misma.

—Bien, si eso es lo que quieres... —enunció el conejo—, ella respondió dos preguntas, pero la tercera no pudo hacerlo. Teniendo en cuenta tu divertida y lógica respuesta a tu segunda pregunta, sospecho que esta no será de lo más complicada.

—Hugo, ¿estás seguro que... —atenuó Oscar, siendo interrumpido por el conejo, quien comenzó:

—Su pregunta es: ¿Qué tienen en común un huevo de gallina y un libro si ambos se hunden en el agua?

Esta vez la pregunta no parecía ser tan sencilla como esperaba, era un tanto diferente a las tres que les hicieron ellos. Oscar pensó en que todo estaba perdido ya que vio la cara de sorpresa de Hugo, pero aún con ese pensar, logró mirarlo fijamente a la distancia y esbozarle con los labios un: tú puedes.

Hugo, con total seguridad, recuperó la postura de confianza y contestó:

—Que ninguno debería estar en agua fría.

El conejo se admiró de la respuesta tan creativa del niño y le dijo alegremente:

—¡Respuesta correcta!, pueden llevarse a la niña consigo.

Al decir esto, el conejo dio unos saltos y giros mientras cantaba una canción de despedida y desapareció por donde llegó. Mientras aún se escuchaba su voz a lo lejos, Hugo no perdió más tiempo y le estiró el panecillo a la niña, quien lo tomó sin preguntárselo dos veces.

—¡Increíble, estas nubes cubiertas de fondant son realmente exquisitas, es como tener un país lleno de maravillas solamente en mi boca! —dijo la niña luego de comerse el pastel.

—Quizá debimos preguntarle a ese conejo si sabía algo de la rosa... —mencionó Oscar para sí mismo mientras se acercaba a donde estaban Hugo y la niña—, en fin. ¿Cómo estás, amiga?, ¿tus padres viven cerca de aquí?

—Yo no tengo padres —respondió la niña—. Yo vivo aquí.

—¿Has visto de casualidad el dibujo de una rosa parecida a esta? —preguntó Hugo mientras le mostraba el reverso de la carta de su padre, donde estaba el dibujado el símbolo de la rosa cartesiana.

—No he visto nada parecido por aquí —sentenció la niña.

Oscar y Hugo se vieron entre sí, entendiendo que tendrían que buscar por todos lados el pétalo que se encontraba escondido allí.

—Yo... —anunció la niña—, quiero darte esto, por tu amabilidad y empatía conmigo.

Rebuscó entre el bolsillo de su vestido un objeto que había tenido guardado desde hace mucho tiempo al parecer. Estaba agradecida con Oscar por su generosidad, así que quería recompensárselo de alguna manera.

Le estiró sobre la palma de sus manos un pétalo rosa que brillaba con total intensidad, emanando de sí mismo partículas que se perdían en el aire al instante. Era realmente hermosa.

—Eso es... —anunció Oscar.

—... el pétalo de la rosa —terminó Hugo.

Lo habían encontrado, ambos estaban tan felices por haber encontrado su primer pétalo que saltaron en círculos agarrados de la mano por la emoción.

—¿Estás segura de que quieres dármele? —preguntó Hugo y la niña asintió, lo que le permitió a Hugo tomarla consigo.

—Espera, Hugo, traje algo que podría servir... —dijo Oscar mientras buscaba en su mochila un frasco de vidrio de mermelada, lo suficientemente grande como para guardar una rosa entera en su interior.

Como era un solo pétalo, no ocupaba ni una décima parte del tamaño del frasco, pero serviría. Sorprendentemente el pétalo permaneció flotando en medio del frasco, algo realmente fascinante.

—Ven con nosotros —exclamó Hugo en una mezcla de euforia y alegría.

—No, este es mi hogar, no me iré de aquí —replicó la niña.

—¿Cuánto tiempo has estado aquí? —preguntó Oscar invasivamente, pero la niña se negó a responder, entendiendo esto, decidió cambiar de pregunta—: Está bien, no hace falta que me digas, pero podrías decirme ¿cómo encontraste el pétalo?

—Yo solo lo vi cuando un hombre vino a dejarlo, me pareció un objeto hermoso así que lo tomé cuando se fue... lo he tenido desde entonces.

—¿Cómo era ese hombre? —preguntó Oscar nuevamente. La niña lo pensó unos segundos mirándolo directamente y al fin dijo:

—Se parecía mucho a usted.

Con el pétalo en su poder y sabiendo que la niña no querría acompañarlos, Oscar y Hugo entendieron que era hora de irse. Fueron acompañados por ella hasta la entrada, donde muy tiernamente se despidió de los dos. Sin embargo, antes de cruzar por esa enorme puerta, Hugo entro en consciencia y se dio cuenta que nunca le preguntó su nombre.

—Espera... ¿cómo te llamas? —Extrañamente estaba nervioso de preguntarle aquello, la niña le sonrió y dijo:

—Me llamo Alicia, mucho gusto en conocerte, chico empático.

Diciendo esto, desapareció entre saltos y tarareos alegres, dejando una sonrisa en Hugo que lo acompañaría cada que la recuerde. Oscar, con dificultad, abrió la enorme puerta de madera y Hugo se apresuró a salir.

Estando afuera, una sorpresa les esperaba. Brillando como la madera a través del ocaso, una pequeña bola de pelos corrió hacia los pies de Oscar, quien acababa de cruzar la puerta. Esta criatura le lamió los zapatos llamando su atención, lo que logró cuando este lo tomó entre sus manos y se preguntó:

—¿Toto?

Capítulo Cuatro

Sapos y Charcos

No podía creerlo, el perro de su hija estaba junto con ellos, adentrados en el Bosque Blanco corriendo toda clase de peligros. Él sabía que no había forma de que hubiese venido solo, por lo que aún con Toto entre sus manos, lo bajó hasta su cintura y gritó al aire:

—¿Doroty? —Conocía a su familia y sabía que Toto no iba a ningún lugar donde su hija no fuera.

Entendiendo que no saldría de su escondite por su propia cuenta, decidió bajar a Toto lentamente y apenas lo puso en el suelo, este corrió ladrando y moviendo la cola hacia la parte trasera de un árbol donde dio saltos alegres animando a su ama para que saliera.

Entendiendo que había sido descubierta, Doroty se giró y salió de detrás del árbol y dijo apenada y con la cabeza agachada:

—Hola, papá.

Oscar solo pudo pensar en que su presencia representaba un riesgo constante. Su peor pesadilla se había hecho realidad y no había forma de fingir que no. Solo quedaba una opción: regañarla.

—Pero ¿en qué estabas pensando?, ¿por qué estás aquí? —Oscar estaba furioso, realmente molesto. Ya estaba arrepentido de haber traído consigo a su sobrino, y como si no fuese suficiente, ahora también estaba su hija aquí—. Este no es un lugar en el que tengas que estar.

—Yo... pensé que quizá podría ayudarte, papá —dijo nerviosamente Doroty aún con la cabeza baja.

—¿Y cómo pensaste que podías ayudarme?, ¿poniéndote en riesgo?
—comenzó a interrogarle, pero Hugo, quien estaba escuchando, opinó:

—Igual como lo hice yo. —Oscar calló y regresó su atención hacia él—. Pensaste lo mismo de mí, tío. Pero ahí dentro trabajamos juntos y gracias a eso pudimos lograrlo.

—Eso fue un chiste comparado a lo que seguramente nos espera. — Tenso, masajea su entrecejo con sus dedos índice y pulgar para poder relajarse—. Aún así, ya estás aquí y mandarte de regreso sería más peligroso que permitir que te quedes, al menos así puedo cuidarte teniéndote a mi lado.

Una sonrisa de victoria se forma lentamente en el rostro de Doroty, acción que sería detenida por Oscar quien firmemente advierte:

—Pero necesito que prometas que me obedecerás en todo lo que te pida. Si te digo que corras, lo harás, si te pido que nades, no objetarás. ¿entiendes? —Mientras esperaba la respuesta de su hija, sacó el mapa y ojeó cuál sería el camino a seguir.

—Sí... —responde Doroty con algo de duda, pues no quería tener que obedecer esas órdenes, pero de ser necesario hacerlo para mantenerse dentro de la aventura, así sería.

—Ahora... —dice Oscar mientras apunta la dirección del camino que tendrían que tomar para ir en busca del segundo pétalo—, ¿quién más sabe que has venido aquí?, ¿se lo has dicho a tu madre o a tu hermano?

—Bueno... a ellos no, pero sí que me despedí de la abuela —confiesa Doroty algo apenada—, aunque dudo que me haya escuchado.

Entendiendo la explicación de su hija, Oscar apuntó el camino que debían seguir. Este era similar al anterior, tan verdoso y vislumbrante que parecía sacado de un cuento de hadas. Las mariposas revoloteaban alrededor de las mejillas de los Hugo, Doroty y, por supuesto de la nariz de Toto, quien aprovechaba para perseguirlas hasta que estas agarraban más altura.

—Papá —interrumpió Doroty, rompiendo el silencio que se había estado llevando hasta ese momento. Oscar regresó la vista hacia ella, al

igual que lo hizo Hugo por curiosidad—, ¿no deberías seguir hablando sobre el significado del verso del apto? Te quedaste en el segundo pétalo.

Su padre entiende que ella sabía de eso porque les había estado siguiendo de cerca todo este tiempo. Le sorprendía y a la vez le asustaba que no se haya percatado de su presencia. ¿Alguien más podría estarles siguiendo y él no lo notaría?

—Sí, tienes razón, Doroty —dice Oscar mientras se sacude la cabeza cualquier preocupación que tuviese—. El segundo pétalo es otra característica de un catedrático, pues “compartir el arte”, hace referencia al conocimiento.

—El arte siempre ha sido conocimiento —aporta Hugo, asintiendo Doroty y dándole la razón.

—Hubo un tiempo en que no, era más una expresión individual, el conocimiento en ese entonces, y ahora, si me permites decirlo, era la virtud de lo que teníamos aquí más allá de la escuela o la casa —Apunta su frente, haciendo referencia a la mente—. Un catedrático es capaz de compartir su arte, porque es un modo de expresión único para cada persona, algo que, por defecto, debería ser difícil de entender para cada uno por sí solos.

Hugo y Doroty lo miran con asombro, puesto que no son capaces de entender a lo que se refería, algo que a Oscar le quedaba claro con solo verlos. Sabiendo esto, debía buscar otra forma de compartirles su forma de ver el verso.

Buscando a su alrededor, encuentra una pequeña rama que podría serle de ayuda. Se agacha poniéndose de cuclillas y permaneciendo en esa postura, continúa:

—Ustedes dos representan dos ramas del arte en concreto, Hugo la arquitectura y Doroty la música. ¿Ustedes entienden lo que enseña la escuela del otro?

—¡Claro que no! —responde Doroty de inmediato—, está prohibido compartir las artes entre escuelas. Además, no hay forma de que hacer música sea lo mismo que crear edificaciones.

—Sí, eso es cierto. Pero, ¿y si les dijera que hay concepciones en común que ayudan a entender el arte del otro? —Oscar comienza a trazar un rectángulo perfectamente recto y al lado dos líneas paralelas—. Este rectángulo representa un edificio, mientras que estas dos líneas son las ondas en una escala de sonido única.

Hugo y Doroty parecían incluso más confundidos que antes, no entendían lo que quería demostrar. Sin embargo, había algo que llamaba su atención a querer entender lo que estaba explicando; a eso se le podría llamar: intuición, ya que sabían que, finalizada la explicación, lo entenderían.

Oscar entonces curva las líneas del rectángulo y las de las ondas.

—Existe un término que ambos conocen y comparten: el ritmo. Este, en arquitectura es la repetición de un motivo a intervalos regulares o irregulares, ¿te suena familiar, Doroty? —Ella calla, pues ritmo significaba exactamente lo mismo en la música.

Entendiendo su respuesta, Oscar traza más cuadrados y rectángulos de diferentes tamaños alado del primero hasta que se ve como una pequeña ciudad. Hace lo mismo con las ondas de sonido, donde crea más líneas, algunas con separaciones más pronunciadas que otras y en cada línea coloca partituras, creando pentagramas musicales.

—El ritmo da armonía, una ciudad, compuesta por diferentes arquitectos y con diferentes técnicas crear una armonía en común, porque siguen un ritmo específico, dictaminado por el tipo de suelo y el ambiente. Por otra parte, en la música, pueden tocar varios instrumentos a la vez, pero para que haya una armonía, deben seguir un ritmo en común, dictaminado por la sinfonía y los tempos. —Oscar se pone de pie y los mira con el pecho inflado de orgullo por su explicación—. Ahora, ¿siguen pensando que es imposible compartir los conocimientos de una rama a la otra?

—Pero, eso está prohibido, papá, si... —atenúa Doroty, quien evidentemente acababa de tener una ruptura de sus esquemas adoctrinados por el CAS.

—Entiendo que es difícil de digerir, pero es posible. Lo es más para un catedrático, imagínense haber tenido la habilidad para compaginar

cientos y cientos de mentes de estudiantes que pensaban diferente cada uno del otro. Todas esas diferencias usadas como ejemplos para aprender algo en común.

—Entonces ¿el segundo pétalo es algo así como la igualdad entre la diferencia? —pregunta Hugo intentando entender todo.

—Sí, justamente, el algo que sobrepasa nuestros conceptos actualeeeeees... —dijo atenuantemente mientras se escuchaba su voz perderse en el viento. Cuando Hugo y Doroty se dieron cuenta, Oscar había desaparecido de su vista en un segundo.

Toto se había adelantado unos cuantos pasos y comenzó a ladrar incesantemente a un montón de arbustos que se extendían gran parte del camino. Cuando se acercaron, notaron que no eran arbustos lo que se extendía adelante, sino un montón de lianas que seguramente colgaban de sogas que conectaban dos riscos.

Ni siquiera Oscar pudo notar esto, la vegetación en ese peñasco era demasiado frondosa que parecía realmente ser parte del camino. Debido a esto, cayó sin darse cuenta, lo que Hugo y Doroty fue como una punzada al pecho, al menos hasta que volvieron a escuchar su voz:

—Hey... ¿chicos? —¡Era Oscar!, su caída no fue su final, había podido sostenerse de unas lianas gruesas que estaban colgando de una de las sogas que pertenecían a un viejo puente—, ¿me escuchan?

—Sí, tío, te escuchamos —respondió Hugo lanzándole una sonrisa de alegría a Doroty, quien le lanzó otra de regreso.

—Necesito que aten esto a un árbol, esta liana no aguantará mucho... —Con mucho esfuerzo, Oscar rebusco en la mochila en su espalda una sogas de senderismo que había guardado para ocasiones como esta. Una vez la tuvo en sus manos, se la lanzó a Hugo y a Doroty.

—¡La tenemos! —dijeron ambos mientras jalaban la sogas a un árbol que estaba a un lado del camino, era algo delgado pero lo suficientemente resistente para cargar a Oscar.

Amarraron la sogas con un nudo que Hugo había aprendido en la escuela, Oscar jaló la sogas desde su extremo para asegurarse que no se desataría y al comprobar que no, se sujetó de ella con todas sus fuerzas

y escaló hasta llegar al peñasco, donde su sobrino e hija le ayudaron a sostenerse.

Agotado, se tiró al suelo agradeciendo estar en tierra firme otra vez. Se acostó bocarriba y respiró profundo para tranquilizarse.

—Gracias, hijos... —dijo Oscar entre suspiros—, de no haber sido por ustedes... yo no estaría aquí.

—Papá, prométeme que tendrás más cuidado —sollozó su hija abrazándole el pecho.

—Lo prometo, hija... lo prometo —exclamó Oscar acariciando el pelo de su hija.

El susto había sido grande, pero afortunadamente todo estaba bien, así que debían apresurarse antes de que la noche les cayera encima, algo que, sin duda alguna, haría que el bosque sea tres veces más peligroso que de costumbre.

Poniéndose todos de pie, Oscar visualizó el mapa en busca de un camino alternativo, al no encontrar ninguno que no les hiciera escalar el peñasco hasta abajo, entendió que bajo las lianas y helechos a su delante, tenía que haber un puente.

Y así era, podando un poco las plantas, pudo vislumbrar las tablas de un viejo puente, el cual tenían que cruzar si querían seguir. Oscar dio algunos pisotones para comprobar que tan resistente era, pero bastó con uno para comprender que no aguantaría ni siquiera el peso de los niños.

—Tenemos que cruzar de alguna forma, el puente no aguantará, ¿qué podemos hacer? —se preguntó Oscar para sí mismo.

—Podríamos usar la cuerda que atamos en el árbol... —dijo Hugo al ver a Toto.

—Es una buena idea —dijo Oscar con un pulgar en su entrecejo y con la mirada perdida—, pero para hacerlo debemos llevar la punta no atada al otro extremo, ¿quién podría hacerlo?

—Toto tiene la cuerda —exclamó Doroty.

—Sí, pero es un perro no entenderá... —explicaba Oscar hasta que fue interrumpido por su hija.

—No, papá, Toto ha cruzado y llevó el extremo de la cuerda consigo —exclamó Doroty.

Sin que nadie lo notara, Toto había estado jugando con el extremo libre de la cuerda; cuando Oscar pisoteó las primeras tablas, este entendió que querían cruzar, así que cruzó con la cuerda en su hocico. Al ser tan pequeño su peso no fue un problema para el desgastado y mohoso puente.

—¡Buen chico! —dijo Oscar y apresuró a enviar a explicarles lo que harían—: Van a cruzar en el siguiente orden, primero Doroty, después tú Hugo, yo cruzaré al final, soy el más pesado de los tres.

El plan era usar una sogá enganchada al árbol. Mientras caminaban de espaldas, la mitad del peso lo soportaría el árbol y la otra mitad el viejo puente. Si el puente llegaba a desmoronarse, seguirían sujetos a la sogá y Oscar podría levantarlos desde el extremo inicial.

Afortunadamente, Hugo y Doroty pudieron cruzar sin problemas, su peso, sumado a la ayuda de la sogá, no representó mayor riesgo para el desgastado puente. Sin embargo, el problema llegó cuando Oscar intentó cruzar, pues el puente daba claros indicios de no poder soportar su peso. Se tabaleaba más de lo normal, y las tablas emitían un crujido que anunciaban estar próximas a romperse con cada pisada.

En eso, Toto comenzó a ladrar desenfrenadamente, como si hubiera visto algo que no le agradara. Hugo y Doroty estaban muy ocupados viendo a Oscar que no se habían percatado que de en el extremo inicial apareció un gato negro que pareció sonreírles malvadamente.

Hugo sabía quién era, así que gritó:

—¡Tío, ten cuidado! —En cuanto dijo esto, el gato saltó encima de la sogá que estaba temblada por el peso de Oscar.

Como si fuera un experto en caminar sobre la cuerda floja hacia donde estaba Oscar, el gato presumió no caerse y estar más confiado con cada paso que daba.

Oscar lo observó dudando de qué intentaría hacer, algo que descubrió cuando el gato se detuvo a mitad de la sogá y, sonriéndole aún más, sacó una garra afilada de su pata y comenzó a rasgar la cuerda. Su intención era hacerlo caer.

—¡No! —gritó nuevamente Hugo.

Comprendiendo que el gato iba en serio, Oscar se apresuró a desatar el nudo que había hecho en su cintura como método de seguridad. Los nervios incrementaron al ver que ese vil felino aceleraba el ritmo de desgarrar con cada segundo que pasaba.

Afortunadamente, logró desatarse un segundo antes que la cuerda fuera arrancada y de que el gato desapareciera en medio del aire, como si de humo se tratara. Oscar, sabiendo que el puente colapsaría con su peso, corrió lo más rápido que pudo hacia donde estaba Hugo y Doroty.

Al haber estado en medio del puente, la distancia era menor, pero aún le quedaban algunos metros por recorrer, los cuales, con cada paso, iría rompiendo las tablas debajo de sus pies. No pudiendo parar, Hugo continuó acelerando su paso hasta que estuvo lo bastante cerca como para saltar.

El salto no fue lo suficiente para alcanzar tierra firme, pero sí para lograr agarrarse de la orilla antes de que el puente colapsara por completo. De no haberlo hecho, habría caído sin duda alguna.

Hugo y Doroty lo tomaron cada uno desde las muñecas y jalaron con todas sus fuerzas para hacerlo subir lo suficiente como para que Oscar pudiera impulsarse por sí solo.

Agotados y aliviados, cayeron rendidos en el suelo una vez más. Al cabo de unos segundos de aquello, a Oscar se le escapó una leve risa de felicidad que fue aumentando a la par que era seguido por las risitas de Doroty y Hugo, los tres estaban felices de estar sanos y a salvo. Incluso Toto, quien se acercó con la cola tambaleante a lamerle la cara a todos.

Al ponerse todos de pie, se sonrieron y se apresuraron a continuar con su camino, todo derecho. La noche estaba a pocas horas de ese momento, además, aún no lo sabían, pero Oscar sabía que tendrían hambre dentro de poco.

El mapa los terminó llevando a un claro del bosque donde el aire parecía más húmedo, casi sofocante. El suelo se volvía fangoso bajo sus zapatos, y el suave grillar de los saltamontes que anunciaba el atardecer rompía el silencio a medida que se acercaban a un pequeño estanque

oculto entre los árboles. Las hojas caídas flotaban en la superficie del agua, apenas visible bajo el manto de vegetación que la cubría, mientras grandes lirios y juncos asomaban entre las rocas.

—¿Es aquí? —preguntó Hugo, observando las oscuras aguas. Un par de sapos verdes descansaban sobre una roca, era extraño, pues a medida pasaban, parecía que estos animales los observaran más allá del interés animal.

—Eso parece —respondió Oscar, mirando el mapa con detenimiento—. Según esto, estamos justo donde debería estar el siguiente pétalo.

Doroty cargó en sus brazos a Toto y todos juntos se adentraron con cautela en la maleza, el croar de los sapos iban intensificándose a su alrededor. El sonido del agua chapoteando bajo sus pies se mezclaba con los ruidos del bosque. Parecía un lugar más vivo que cualquier otro que hubieran visitado nunca.

—Mira esto —dijo Hugo, apartando una gruesa enredadera. Detrás de la maraña de plantas que ocultaba las ruinas de lo que alguna vez debió ser una estructura imponente, se alzaban restos de un edificio cubierto por el musgo y el tiempo.

Oscar y Doroty se acercaron con lentitud. Lo que parecía una simple cueva o una vieja construcción medio derrumbada resultó ser una puerta de piedra tallada, escondida bajo siglos de crecimiento vegetal. A través de la abertura, apenas visible entre las sombras, se asomaban estantes. Eran estantes llenos de libros, algunos cubiertos de moho y otros hasta con flores saliendo de estos. Era un escenario hermoso, aunque algo penoso.

A pesar del tiempo que había pasado, la biblioteca aún guardaba un aire de grandeza, con estantes de madera carcomidos por el tiempo, pero llenos de antiguos volúmenes que parecían contener secretos olvidados por el mundo.

—Es una biblioteca —dijo Doroty en voz baja, como si el descubrimiento mereciera un respeto solemne—. Y ha estado aquí muchísimos años.

Los tres se miraron sorprendidos. Era difícil imaginar cómo una biblioteca podía sobrevivir en un lugar tan recóndito, oculta en medio del bosque, junto a un estanque habitado por sapos que croaban incesantes.

El atardecer pronto se convirtió en noche, algo que los tres notaron cuando las luciérnagas comenzaron a iluminar su camino y el interior de la húmeda biblioteca. Al cruzar la entrada, el olor a humedad y a pergamino viejo los envolvió, y el silencio del lugar era casi ensordecedor comparado con el bullicio del exterior, aunque aquello duró poco.

Más pronto que tarde, el silencio magistral fue convirtiéndose de a poco en un montón de voces que hablaban y se interrumpían entre sí constantemente. Primero fueron ecos a lo lejos, pero al cabo de algunos pasos, la discusión se escuchaba cada vez más cerca.

Recorriendo hacia el centro con el agua hasta sus tobillos, fueron a parar a un balcón que daba vista a lo que alguna vez fue la parte inferior de la biblioteca. Allí abundaban las luciérnagas, adornando bellamente las paredes y los libros de los estantes, así como revoloteando libres por ahí. El agua en los pies de los aventureros caía a través de las rendijas de los barandales hacia abajo, como si de un centenar de pequeñas cascadas se trataran, mismas que formaban un hermoso estanque cristalino, muy diferente a la verdosa agua de afuera.

Sin embargo, aquello no fue lo más sorprendente, lo que en verdad dejó boquiabiertos a los tres, fue el hecho de que allí abajo, subidos en un montón de nenúfares que parecían estar siendo usadas como mesas, había decenas de sapos discutiendo algo que era inentendible debido a la multitud de voces.

¿Cómo era posible que pudieran hablar? Era fascinante, algo imposible, pero allí estaban, hablando y discutiendo por un tema que parecía de suma importancia para cada uno de esos sapos allí abajo.

—Papá, ¿los sapos hablan? —preguntó Doroty sorprendida.

—No que yo sepa... —respondió Oscar.

—¿Creen que nos hayan visto? —preguntó Hugo asombrado—. Deberíamos buscar el pétalo sin que nos vean.

—¿Dónde lo encontraremos en medio de tantos estantes? —recrimina Doroty mientras sostiene a Toto, quien estaba ansioso porque lo bajara—. Este lugar es gigantesco.

Sin más, Toto logró zafarse de los brazos de Doroty, y sin esperar a que esta lo recogiera de vuelta, huyó dando chapotazos hacia las escaleras que daban al piso inferior.

—No, no, no, ¡Toto, ven aquí! —suplicó Oscar, mientras iba siguiéndolo detrás al igual que Doroty y Hugo.

Toto, pensando que estaban en una especie de juego, esquivó cada uno de los intentos por atraparlo. Continuó así hasta que, en las escaleras, que por defecto del agua corriendo no eran del todo visibles, resbaló y entorpeció su huida, momento que Hugo aprovechó para atraparlo y agarrarlo entre sus brazos.

Sin embargo, lejos de tranquilizarlo del todo, eso solo logró que Toto lanzara un ladrido que rebotó en las paredes del lugar. Posterior a ello el silencio reinó, lo que significaba que los sapos que habían estado discutiendo hasta ese momento, habían cesado.

Instintivamente, Hugo se agachó para usar las barandillas para ocultare, acto que imitaron Doroty y Oscar, permaneciendo ellos también en silencio, incluido Toto, a quien le tenían presionado el hocico para que no volviese a delatarlos con su ladrido.

—¿Creen que nos descubrieron? —preguntó Hugo lleno de misticismo.

—Sí, los descubrimos, ¡ribbit! —dijo una voz arriba de su cabeza. Cuando Hugo levantó la mirada, notó a una rana parada en dos patas en el barandal, con una mano en la espalda y otra en el pecho. Llevaba una especie de corbata amarilla con un cuello de camisa debajo de esta—. Y si no les parece, ribbit, es descortés interrumpir la asamblea de otras personas.

—Yo... lo siento, no queríamos... —atenúo Hugo, sorprendido de tener a una rana parlante delante suyo.

—Por supuesto que debes disculparte, ribbit. Ahora bien, ¿quiénes son ustedes? —cuestiona el sapo bien postrado.

—¡Toad! —anunció una voz desde el estanque en el centro del piso inferior—, haz que vengan aquí. Estoy seguro de que todos queremos croac-nocer a nuestros misteriosos invitados.

El sapo encima de Hugo, quien aparentemente se llamaba Toad, regresó la mirada hacia Doroty y Oscar. Al cabo de unos segundos de haberlos analizado, emitió:

—Por favor, sean tan amables de bajar al Estanque del Rey, ribbit. Sigán las escaleras.

—Nosotros no deseamos interrumpir su asamblea más de lo que ya lo hemos hecho —dijo Oscar.

—Insisto —acotó Toad con un tono firme, como si estuviera advirtiéndole que era mejor que aceptaran su invitación al estanque.

Sin más opciones, los tres bajaron hasta donde habían visto a la multitud de sapos discutir. Al acercarse, notaron que, en efecto, los nenúfares flotando en el agua hacían como una especie de mesa, plantado estratégicamente para que formen un círculo casi perfecto, de no ser por algunos que se desviaban unos cuantos centímetros.

—Oh, pero si son dos jóvenes humanos, a-croac-ompañados por su padre —dijo el sapo al que pertenecía la voz que habló antes con Toad, para que luego Toto ladrara y el viejo anfibio acotara—: Y un animalejo de cuatro patas.

—No deseamos molestarlos, señor. Solo estamos de paso, nos iremos en cuanto podamos encontrar lo que estamos buscando —explicó Oscar.

—¿Y qué es lo que están buscando? —preguntó el viejo sapo.

—Es un objeto pequeño, un pétalo en realidad —Oscar no estaba seguro si debía mencionar que pertenecía a la rosa cartesiana.

—Bueno, como verán, por aquí hay muchos —mencionó el sapo apuntando a las flores de los nenúfares—, tomen los que quieran, pero no se irán de aquí si lo hacen. Les comento que los sapos somos muy cuidadosos con nuestras cosas, croac.

—No, no es un pétalo cualquiera... —Oscar dudaba, pues notaba la hostilidad en las palabras del sapo.

—Es uno como este —dijo Hugo sacando el frasco con el primer pétalo que recolectaron, el cual flotaba brillantemente.

Todos los sapos lanzaron un gemido de sorpresa. No tanto por el hecho de que nunca hubiesen visto uno igual, sino por el hecho de que Hugo lo mostró sin tapujo alguno.

—¡Hugo, no! —le recriminó su tío susurrándole, haciendo que guarde el frasco nuevamente.

—Es magnífico, sin duda alguna, croac —mencionó el viejo sapo—, pero aunque sí lo hemos visto, nunca pudimos tocarlo, por lo que perdió nuestro interés con el tiempo y, por ende, su croac-ubicación. Ninguno de nosotros sabe...

—Yo sé dónde está —interrumpió Toad sutilmente—, ribbit —agregó.

—Toad... —repitió el viejo sapo.

Parecía molesto, no tanto por el hecho de que pudiera mostrarles dónde estaba el pétalo, sino porque lo interrumpió. Sin embargo, sin poder importarle menos aquel asunto, Doroty le pidió:

—Por favor, muéstranos dónde está.

—Nos iremos de aquí apenas lo tengamos —aseguró Hugo.

—Sí, será un placer ayudar con su parti... —croó Toad, pero fue interrumpido por el sapo viejo, quien dijo:

—Sí, claro, suponiendo que puedan tomarlo. —No parecía estar contento con la idea, aunque tampoco parecía estar enojado—. Pero, me temo, Toad, que tu presencia es un imperativo en esta asamblea. Así que no podrás ayudarlos.

—Pero... —estuvo a punto de suplicar Hugo, siendo detenido por el viejo sapo quien agregó:

—Como les dije, los sapos somos muy cuidadosos con nuestras cosas.

—El pétalo no les pertenece —exclamó Doroty.

—No hablo del pétalo, sino de la asamblea —explicó el anciano.

¿Podían esperar a que terminaran la asamblea?, ¿o acaso sería una mejor idea que empezaran a buscar el pétalo por su cuenta. Aunque teniendo en cuenta lo enorme que era ese lugar, primero se perderían durante días antes que la encontraran.

—¿Y cuánto suelen tardar? —preguntó Oscar sensatamente.

—Bueno, tomando en cuenta que esta la séptima asamblea, que lleva cuarenta días y que no llevamos ni una quinta parte del tema de discusión para poder ponernos de acuerdo, usted me dirá, parece alguien listo con las matemáticas, croac —explicó el viejo sapo, con un tono un poco sarcástico seguido de una risa de burla que posteriormente imitarían los demás.

Hugo lo pensó un poco, lo suficiente como para entender que era su única opción, pero no lo necesario para comprender que quizá se metería en un problema mayor, así que le dijo al viejo.

—Si nosotros los ayudamos a ponerse de acuerdo, ¿dejará que esa rana llamada Toad nos enseñe dónde está el pétalo?

—Sapo —corrigió Toad, algo que Hugo y el anciano omitieron.

—¿Y cómo lo harías, joven humano? Si se puede saber... —El sapo viejo parecía convencido de que no lo lograría, algo que tenía su lógica vista desde su perspectiva.

Hugo miró a su tío en señal de aprobación, dudando de si había hecho lo correcto al actuar tan deliberadamente. Oscar le dirigió una mirada sensata y llena de confianza, lo que le dio valor para seguir.

—Incluyannos, ¿cuál es el tema que estaban discutiendo?

—Eh, bueno, cró... —habló un sapo de la izquierda con un sombrero de copa, omitiendo por completo la aprobación del viejo sapo—. Estábamos decidiendo cuál de las siete artes es mejor que otra. Yo y dos de mis crómpañeros decimos que sin duda alguna es la literatura, pero los demás estultos acotan que son otras.

—Eso no es cierto, crof, la literatura no es la cúspide del arte, lo es la escultura —emitió un sapo ubicado frente a este, el cual tenía los ojos más

saltones de todos—. De no ser por la escultura, artes como la arquitectura y la literatura no hubiesen existido.

—La arquitectura no tiene nada que deberle a la escultura, brekeké, si tan solo tuvieses cabeza para leer sus textos, entenderías que el arte de edificar es superior en todos los aspectos, brekeké —defendió un sapo con lentes.

—¿Para qué leer si basta con escuchar, guak? La música es el mejor arte, no necesita elaboraciones tan complicadas como el idioma, el sonido es universal.

—¿Quién comprende los significados de la música? No es como el teatro que transmite al espectador su propio sentir, lo inmenso en el drama del momento —acotó el último hasta que todos comenzaron a hablar por su cuenta y volver a la ruidosa bulliciosa que escucharon al entrar.

El ruido inundó el lugar, esta vez con más fuerza, pues al estar tan cerca del centro del ruido, era inundados por decenas de voces hablando una cosa diferente cada uno, mismas voces que se convertían en cientos al volverse eco.

¿En verdad eso era a lo que llamaban asamblea? No tenía nada de correlación con una charla pacífica, se parecía más a una discusión al azar que pueden darse en la calle en cualquier momento.

De cualquier modo, Hugo se había comprometido a ayudarlos, pero no sabía cómo, dudaba de qué camino tomar para empezar. En eso, sintió la mano de su tío posarse sobre su hombro, tenía por completo su apoyo, algo que lo motivaba a pensar en una solución.

De alguna manera terminó recordando cuando su tío comparó el arte de Dory con la suya. Al principio ambos creían que ninguna tenía nada que ver con la otra, pero bastó una explicación de Oscar para entender que había dos cosas en común: el ritmo y la armonía, y si había dos, seguro habría muchas más.

—¡Basta! —cortó Hugo con un grito, logrando que su voz se levantara por encima de las de los sapos que no paraban de discutir—. No tienen por qué discutir qué arte es mejor que la otra, todas tienen algo en común.

—¿Ah, sí?, ¿en qué se parece la pintura a esa mediocridad del Teatro? —preguntó uno.

—Seguro tienen algo en común —acotó Oscar, entendiendo la dirección que quería tomar su sobrino—. Por ejemplo, ¿podrías decir algún concepto que creas importante a la hora de crear una pintura?

—Por supuesto, la luz y la sombra, es lo que da vida a una pintura —explicó el sapo.

—Ahora tú —apuntó Doroty al sapo que había estado defendiendo al teatro. Ella también había comprendido la dirección que estaba tomando Hugo—, ¿qué te recuerda del teatro el uso de la luz y la sombra?

—Pues que sin el buen uso de la luz y la sombra en el escenario no se podría dar el dramatismo necesario para transmitir las emociones —explicó el sapo apuntado.

—¿Ven? —preguntó Hugo a todos los sapos—, ¿no les pareció que ese concepto es igual para ambas artes?

Todos los sapos quedaron admirados, nunca lo habían visto de esa forma. Siempre habían estado peleando por saber qué arte dominaba sobre otra, sin encontrar una respuesta, pues veían solo sus diferencias y no sus semejanzas.

—¿Y qué tiene que ver la arquitectura con la escultura, el arte de los papanatas, brekeké? —salió una voy entre el silencio asombrado. Como era de esperarse, a muchos les costaría entender el mensaje.

—Creo va desde lo más, simple, los dos crean algo hermoso desde simples rocas —interviene Oscar.

—Créanle, mi papá es arquitecto... y muy bueno —aseguró Doroty—. En la música se podría comparar con la composición, ambos trabajamos con los sonidos y con la visualidad.

—Y con la literatura, cró —dijo una voz entre los sapos—, la composición es la cadencia de las palabras para crear una atmósfera y una buena narrativa.

—En la danza la narrativa es el movimiento corporal para contar una historia a través del movimiento, crof —agrega uno de los sapos.

—Y en el teatro también, la expresividad es importante en la escenografía —añade otro.

—Y la escenografía en la arquitectura es importante para crear ambientes funcionales y estéticos —explica Hugo sonriendo, pues él también estaba aprendiendo muchas cosas que antes ignoraba por completo.

Los sapos, esta vez de forma más ordenada, empezaron a compartir cada vez más cosas sobre sus artes. Cuando alguien mencionaba un concepto que creía solo existente en su rama, otro lo correlacionaba con la suya, y así otro y otro.

Hugo estaba contento y Oscar orgulloso de él. La asamblea por fin parecía una gracias a su intervención. De no ser por ellos, quizá hubiesen terminado discutiendo por otros cuarenta días.

—¿Ahora lo entienden? —pregunta Hugo, ganándose la atención de todos—, podemos explicar a otros lo que creemos que no a través de una pequeña similitud. Para aprender y enseñar algo que parece complicado, siempre es bueno comparar.

Doroty escuchó atenta a esto, pareciendo tener una revelación en ese instante, sin embargo, no lo interrumpiría para explicársela, ya habría tiempo para ello más adelante.

—¡JA!, muchacho, has conseguido que este montón de anfibios tercos puedan por fin tener una croac,versación —dijo el sapo viejo alegremente—. Toad, ve a enseñarles dónde está su pétalo.

—Será un placer, ribbit.

Diciendo esto, Toad saltó al agua nanando a gran velocidad que casi hizo que Hugo y los demás lo perdieran de vista. Al ver que no lo estaban siguiendo, se detuvo, sacó la cabeza a la superficie y dijo:

—¿Por qué no están siguiéndome?

—¡Oh, sí! —exclamaron Oscar, Hugo y Doroty y se encargaron de seguirlo por donde nadara.

Toad terminó llevándolos por un pasillo que daba a otra habitación del piso inferior. Allí no parecía estar el pétalo, solo más y más libros con vegetación en su cubierta.

En una de las esquinas, el agua parecía fluir por debajo de la pared, lo que era extraño, pero fue justamente a donde los terminó llevando Toad. Al estar allí, se puso de pie y dijo:

—Está detrás de estos libros que han llegado hasta aquí obstruyendo la entrada y ocultándola por completo, ribbit. La verdad es que hasta dudo que haya algún compañero además de mí que recuerde este lugar. — Aunque señaló dónde estaba, su tono de era como si fuera el de una desdicha por no poder conseguirlo—. Aunque yo puedo pasar entre los espacios existentes, no sé cómo ustedes podrían...

Mientras Toad había estado hablando, Hugo analizó los libros apilados y comenzó a buscar uno que rompiera el encaje sobre el que estuvieran sobrepuestos los demás. Era algo simple, incluso en las presas de los castores, basta con encontrar el tronco madre para que toda la estructura se viniera abajo.

Esto no era diferente, tenía que haber un libro central.

Hugo terminó encontrándolo e interrumpiendo la explicación de Toad, lanzó sus manos hacia el libro madre del que estaría seguro que debilitaría la pila. Sin necesidad de jalarlo con tanta fuerza, este terminó saliendo y, a causa de la presión del agua contenida detrás de ellos, se creó una fuerte ola que los empujó hacia la habitación a todos juntos.

—¿Acaso estás loco, ribbit? —preguntó Toad subiéndose a uno de los libros que estaban flotando por la corriente que poco a poco se iba tranquilizando—. Pudiste haberme matado.

—Perdón, no pensé que pasaría... —se disculpó Hugo, siendo interrumpido por el toque en su brazo de su prima, quien le señaló a una pila de libros gigantesca.

—Está ahí —dijo Hugo al ver que de la copa se emitía una leve luz amarilla como la del primer pétalo.

Sin pensarlo o discutirlo con los demás, Hugo comenzó a trepar la pila de libros hasta llegar a donde estuviera el pétalo. Los demás lo esperarían ahí abajo.

Oscar, quien estaba preocupado desde que el golpe de corriente los llevó ahí, había estado analizando la habitación. Entendiendo que estaba a una menor altura que la anterior, sabía que era extraño que el nivel del agua se mantuviera igual: por encima de los tobillos y poco más.

Sin embargo, al cabo de unos segundos y mientras Hugo trepaba, Oscar notó que el agua ya no estaba por sus tobillo, sino por sus rodillas y que poco a poco iba aumentando. Seguiría así hasta llenar por completo la habitación.

—Será mejor que te des prisa, Hugo, pronto estaremos sumergidos —advirtió Oscar abrazando a su hija para tranquilizarla.

Hugo asintió y comenzó a escalar más rápido. En pocos segundos había llegado a la cima, donde comenzó a quitar un libro a la vez, dándose cuenta de que la pila había sido más grande de lo que pensaba.

Al regresar a ver abajo, vio como el libro en el que flotaba Toad ya casi estaba a la altura de la cintura de su tío y por el cuello de Doroty. Esto estaba mal, debía encontrar el pétalo rápido antes de que fuera tarde.

Escarbando como si de un perro se tratase, Hugo logró hacer un agujero lo suficientemente grande como para ver al pétalo allí, flotando en medio de libros. Introdujo su mano y cuando tomó el pétalo e intentó sacarla, esta no salía.

El nivel del agua no tardaría en subir más. Oscar cargaba a Doroty en sus hombros para evitar que ella y Toto se cubran por completo. Hugo por su parte forcejeó su brazo y de un tirón logró sacarla victorioso, pero la fuerza que hizo le lanzó hacia atrás de un empujón.

De lo único bueno que podía significar que el agua a ese nivel, era que permitió que Hugo no se impactara contra el suelo. Algo que Oscar agradeció con todas sus fuerzas.

Hugo sacó su mano entre el agua, con el pétalo entre sus dedos en señal de victoria.

—¡Lo lograste! —dijo Oscar ayudando a Hugo a sobresalir del agua, la cual ya llegaba a la altura de su cuello y pronto superaría su altura—. Celebraremos después, ahora debemos irnos.

Entendiendo esto, Hugo nadó hacia donde estaba la salida, al igual que Oscar con Doroty sobre sus hombros. Sin embargo, cada vez el agua entraba con más fuerza, por lo que avanzar por donde entraron era imposible.

Luchando contracorriente lograron avanzar unos metros, pero el nivel de agua había aumentado tanto que cubría la entrada casi por completo. Debían sumergirse y nadar a oscuras. Hugo pensó en que podía usar el brillo del pétalo, pero la corriente era tan fuerte que no le permitía usar su brazo para nada más que nadar, así que su linterna improvisada se quedó en su bolsillo.

Todos, incluido Toto, nadaron hacia abajo, aún luchando contra la fuerza del agua. Nadar era fácil, pero ver era el verdadero reto en esos momentos. Toad, por su parte, permaneció flotando en la portada del libro, observando en el techo la luz de una pequeña luciérnaga que se había colado.

No se había quedado flotando allí porque sí, había dejado que el nivel del agua fuese suficiente para atraparla. Cuando se percató de que ya había pasado un minuto desde que sus amigos se sumergieron, dio un salto hacia el agua a la vez que estiraba su lengua, atrapando al bicho.

Hugo, Oscar y Doroty luchaban con desesperación contra la corriente, deseando estar dirigiéndose hacia la salida y no de vuelta a la inundada habitación. En eso, Toad, como todo un anfibio, nadó con tanta facilidad hasta colocarse en medio de todos y, cuando estuvo allí, infló su pecho con todo el aire que había guardado.

Sorprendentemente, su pecho inflado se iluminaba como si de una linterna se tratase. Al parecer no había digerido la luciérnaga con el fin de usarla para ayudar a Hugo y a los demás a ver bajo el agua.

Toad los guió a todos bajo el agua, logrando llegar hasta la habitación continua. El agua ya había llenado el lugar donde estaba, por lo que la corriente había cesado. Al menos podían estar tranquilos con eso.

Volviéndose a posar sobre uno de los libros que estaban flotando, Toad se puso de pie y, deshinchando su pecho lentamente, se notó cómo pasó por su garganta la luciérnaga que había atrapado.

—Y allí tienen, ribbit, el pétalo que buscaban —dijo mientras posaba tan rígidamente. Oscar, quien todavía estaba recuperando el aliento, dijo:

—Gracias, debo admitir que, sin ti... aún siguiéramos ahí abajo —confesó Oscar aún tratando de recuperar el aliento.

—No hay de qué, ribbit, ese niño nos hizo compartir el arte, es lo menos que podía hacer. —dijo Toad y Oscar regresó su vista a Hugo y preguntándole:

—¿Lo tienes contigo?

Hugo sacó de entre su bolsillo el pétalo que había guardado, intacto como si no hubiese sufrido de una ajetreada huida bajo el agua. Oscar le sonrió y lo abrazó lleno de orgullo. Luego hizo lo mismo con su hija y Toto, agradeciendo de que pudieran salir vivos de allí.

Luego de guardar el pétalo en el frasco, este se unió junto con el primero, encadenándose sobre este, dando la forma de una especie de corazón brillante, pero aún entre dejando ver los bordes de cada uno.

Toad los acompañó hasta la puerta de salida, compartiendo con ellos su sentir en la experiencia que habían dejado allí. Gracias a ellos la asamblea de la que formaba parte por fin podía tratar asuntos más importantes como la organización del estanque comunal.

—¿Ustedes son sapos mágicos o simplemente parlantes? —preguntó imprudentemente Doroty a Toad mientras se acercaban a la salida.

—Si no te importa, preferimos el término “sapos cognitivamente evolucionados”. —Parecía un poco molesto por la pregunta de Doroty—. Ha sido así desde que nací y varias lunas de generaciones atrás. Hablar no es extraño para nosotros. Aunque he de confesar que sí nos parece curioso que otras criaturas que vienen por casualidad no puedan hacerlo.

En eso Toto lanza un ladrido sabiendo que se refería a él, a lo que Doroty lo abraza y le dice:

—Ojalá tú también pudieras hablar.

Habiendo hablado todo lo que tenían que hablar, los cuatro se despidieron de Toad y salieron usando la grieta en la puerta por la que habían entrado antes. Victoriosos, pues tenían otro pétalo consigo, lo que evidentemente no pasaría desapercibido para el sombrereo, después de todo, esa tarde ya había mandado a su gato rizón.

Capítulo Cinco

Ratones y Calabazas

Tenían que pasar la noche. El bosque era demasiado peligroso como para avanzar, aún con un mapa. Por lo que, al salir de la biblioteca de sapos, buscaron un lugar no tan húmedo para alistar una tienda y encender una fogata para secar sus ropas. Al poco tiempo, debido al cansancio y por el simple hecho de ser niños, Hugo y Doroty se quedaron dormidos sin sentir hambre, sus cuerpo únicamente les pedía dormir.

Toto y Oscar admiraban el fuego mientras tanto. Atentos a cualquier ruido de la noche que estuviera más allá de lo normal en un bosque. Su ropa y su pelaje se habían secado por completo, ya no había frío, solo hambre y cansancio, pero esto último tuvo que esperar.

Mientras, Oscar sacó un poco de carne seca que había traído consigo y comió, compartiéndole un poco a Toto, quien lo recibió encantado. Sin embargo, a diferencia de un perro, él tenía preocupaciones más fuertes, como lo que comerían cuando falte el alimento.

Oscar había preparado su equipaje con la comida de dos personas para al menos dos semanas. Pero sabía que con dos bocas que alimentar, la misma cantidad no sería suficiente ni siquiera para una.

En ese instante, una pregunta interrumpió sus preocupaciones.

—¿No puedes dormir, tío? —Era Hugo, quien se había despertado y se paseaba alrededor de la fogata únicamente con sus calzoncillos—. Tienes una mirada triste.

—Oh... Hugo, eh... no, no te preocupes, no estoy triste. Ponte algo de ropa o la brisa de la noche te hará mal —advirtió Oscar mientras le estiraba su ropa ya secada y doblada—. Estoy haciendo guardia, alguien

debe cuidar de nosotros mientras dormimos... y para eso estamos Toto y yo.

—Entonces yo te acompañaré —dice Hugo tras colocarse la camisa.

—No, tú debes dormir o mañana no podremos avanzar —niega Oscar, pero es doblegado por la insistencia de Hugo, por lo que replica—: Está bien, pero solo unos minutos y volverás a dormir.

Aceptando el trato, Hugo terminó de vestirse y se sentó alado de su tío y de Toto, quien parecía más dormido que alerta. Sin embargo, era un hecho de que tenía su disposición en ayudar al grupo, lo había demostrado de alguna manera ese día en la biblioteca de los sapos.

—Quisiera preguntarte algo —comienza su tío, interviniendo en el afable silencio que habían creado. Y es que era así, tenía una pregunta que rondaba su cabeza desde la travesía en el puente—: Ese gato negro que cortó la soga en el puente, ¿tú ya lo conocías? Me dio la impresión de que fuese así, aunque espero equi...

—No te equivocas, tío, ya lo había visto una vez —cortó Hugo sin miedo a lo que pensara de él. Después de todo, no había hablado sobre el gato por varias razones—: Apareció la noche anterior, intentó tomar la carta de papá y yo lo seguí. No sé cómo pasó, pero en un segundo pasamos de estar frente a tu oficina y entonces abriste la puerta y me encontraste, eso es todo.

—Entiendo, Hugo —musitó Oscar, sabiendo que decía la verdad—. Prométeme que desde ahora me contarás cualquier cosa, por más pequeñas que sean. No quiero que corras peligro.

—Te lo prometo, tío. —Un abrazo por parte de ambos cerró esta conversación.

Siguieron admirando la fogata hasta que Oscar insistió en que Hugo volviera a dormir. Tardó un poco en convencerlo, pero terminó accediendo, dejándolo por fin solo con Toto una vez más.

Oscar estaba feliz de que todo haya salido bien hasta ahora. Tenían dos pétalos consigo y cada vez estaban más cerca de encontrar los demás. Sin embargo, lo que le contó Hugo no pudo evitar despertar cierta

preocupación; el hecho de que el gato haya entrado a la casa, significaba que sabía dónde vivían, era algo que sin duda no podría quitarse de la cabeza fácilmente.

Intentaba consolarse con la idea de que sin él y sin la carta de su hermano, no habría motivos para que ataquen a Glenda y a los que aún estaban en la casa. Esto era algo que incluso coincidía con el hecho de el gato en el puente. Sea cual sea el caso, debía avanzar, ya habría un momento para pensar en ello.

La noche pasó sin mayores obstáculos. Hugo y Doroty durmieron tranquilos y para cuando despertaron, Oscar les tenía listo un desayuno: pan con carne seca. Seguramente hubiesen preferido panqueques, pero sabiendo que en el bosque no había harina, comieron sin refutar.

Una vez tuvieron el estómago lleno, partieron en busca del tercer pétalo, el camino no parecía tan largo de donde estaban, a diferencia del primero con el segundo. Sabiendo esto, Oscar se apresuró a explicarles sobre la virtud del tercer pétalo:

—Considero que este es un poco más obvio que el anterior, no tiene metáforas ni nada por el estilo —inicia Oscar, levantando dudas entre Hugo y Doroty, para quienes sí sonaba a una metáfora el tercer verso—. Está bien, está bien, lo admito, es un poco complicado si no lo ven desde la perspectiva correcta.

—Tío... ¿qué es menester? —pregunta Hugo haciéndole entrar en razón sobre que ni siquiera sabían el significado de esa palabra.

—Oh, bueno... lo menester es lo indispensable en algo, un sinónimo podría ser... —explica Oscar mientras lo piensa más detenidamente presionando su pulgar en su entrecejo.

—¿Necesario? —cuestiona Doroty dubitativa.

—¡Sí!, gracias hija —Oscar parecía más distraído de lo normal esa mañana—. Entonces, decir que el tercer pétalo “ordena lo menester”, quiere decir que organiza las cosas que necesita en su momento.

—¿Cómo qué cosas? —pregunta Doroty, siendo una respuesta un poco ambigua para ella.

—Bueno, para hacer cualquier cosa siempre habrá prioridades antes de ello... un ejemplo sería lo que te dije ayer cuando despertaste —Oscar se dirige a Hugo y este intenta pensar a lo que se refería, cuando cree tener la respuesta dice:

—¿Que debía abrigarme o me resfriaré?

—¡No!... bueno sí, pero me refería a que debías dormir para recuperar energías y no tener problemas al caminar hoy —Oscar parecía no saber cómo explicar algo que para él es muy obvio—. Si íbamos a salir por el tercer pétalo, era menester que durmieras y recuperaras energías... y lo hiciste, pusiste en orden tus prioridades.

—Lo entiendo, pero... ¿qué tiene que ver eso con la característica de un catedrático? —cuestiona Hugo.

—Sí, papá, esto parece ser algo diferente —apoya Doroty.

Oscar les sonríe instintivamente, ya que de cierta forma le acababan de recordar cómo eran él y su hermano de jóvenes.

—Mucho... un catedrático tiene que poner en orden las clases que dará, para ello debe priorizar conceptos básicos y luego de que aprendan esos, seguir con los complicados. —menciona Oscar—. Eso es algo que incluso los profesores en su escuela hacen.

—¿Como enseñarnos a sumar y restar antes de enseñarnos a multiplicar y dividir? —pregunta Hugo.

—¿O como que primero debemos entender el tempo, antes de las notas musicales? —añade Doroty.

—¡Sí!, Hugo... y supongo, Doroty —Ahora estaban cada vez más cerca de entender el verso del tercer pétalo—. A este orden sobre qué enseñar primero y qué después, lo conocían en las universidades como curriculum. Era un plan de estudios a seguir para asegurar un mejor aprendizaje.

Hugo y Doroty hubiesen querido seguir la charla, pero sin darse cuenta habían llegado a una lúgubre entrada que parecía dar a un pasillo largo. Aunque el templo y la biblioteca estaban así de viejos, este lugar se caracterizaba por ser más tétrico, por alguna razón.

—¿Es aquí, tío? —pregunta Hugo.

—Es lo que dice el mapa— responde Oscar.

Sin tener otra opción, los tres, junto con Toto, se adentraron a ese pasillo, el cual tenía un único camino hacia la derecha, el cual siguieron solo para darse cuenta que terminaba en un único camino a la izquierda. Oscar entonces entendió qué era ese lugar.

—Debemos salir de este lugar, es un laberinto.

Todos recorrieron el mismo camino por el que habían venido, pero por alguna razón no aparecía la entrada que cruzaron. Siguieron recorriendo los pasillos que encontraban con la esperanza de que estuviera más adelante, pero no había nada.

Es como si la entrada hubiese desaparecido, no había forma de que fuese así. Oscar puso su pulgar en su entrecejo, intentando pensar en una solución, pero por más que lo intentaba, no se le ocurría nada.

—Esto no tiene sentido, no pudimos perdernos, solo seguimos dos caminos rectos, ninguno se dividía —exclamó Oscar frustrado, sin entender lo que había pasado.

Doroty en eso ve cómo Toto se acerca olfateando hacia la esquina de aquel pasillo, por lo que va corriendo a detenerlo, ya que si lo perdía de vista era posible que no lo volviera a encontrar.

Deteniéndolo justo a tiempo, vio como dos pequeñas calabazas con rostros tallados aparecieron rodando, a pocos pasos de ella se detuvieron, como si tuvieran voluntad propia.

Observó las calabazas con detenimiento y al cabo de unos segundos, estas volvieron a rodar hacia adelante, deteniéndose antes de chocar contra el muro. Las mismas permanecieron inmóviles el mismo tiempo que antes y pasados esos segundos, volvieron a girar hacia adelante, traspasando el muro como si no hubiese ninguno en su camino.

No entendía lo que acababa de pasar, pero sin duda, no era algo normal. Cómo es que pudieron atravesar la pared sin chocar contra esta. Algo sin duda no tenía sentido.

—¡Doroty! —exclamó su padre al percatarse que estaba demasiado alejada de ellos—. ¿En qué estás pensando?, debemos permanecer juntos o nos perderemos.

—Sí, lo siento, papá... —atenuó Doroty confundida por lo de antes, sin saber si debía decírselos o si había sido imaginación suya.

Los tres juntos volvieron a recorrer los pasillos, lamentándose no tener la sogá para usarla como guía. Doroty mantenía a Toto entre sus brazos para evitar que volviera a rondar solo.

Oscar llegó a considerar la idea de usar el panecillo que el conejo blanco le dio y esparcir sus migas para recordar el camino, sin embargo, era comida, así que la opción quedaba descartada por completo.

Era extraño, los pasillos no se dividían, era imposible que se perdieran, solo seguían una línea que curvaba de vez en cuando. No tenía sentido, mucho menos para la mente de arquitectos como Oscar y Hugo, quienes usaban la lógica estructural para guiarse. Sin embargo, era posible que fuera diferente para Doroty.

Toto, quien veía hacia atrás por encima del hombro de Doroty, echó un ladrillo al ver a tres calabazas, dos pequeñas como las de antes y una más grande, detenerse en la esquina.

Doroty, atenta por sus ladridos, observó hacia donde ladró y notó cómo las calabazas se detenían la misma cantidad de segundos antes de volver a girar. Cuando lo hicieron, traspasaron la pared justo como antes.

Llamada por esto, echó a correr hacia esa pared con todas sus fuerzas, alejándose de su padre y de Hugo, quienes le insistían que se detuviera. Ella los ignoró, tenía la certeza de haber resultado el misterio del lugar.

Segura de que iba a poder traspasar la pared al igual que esas calabazas, siguió corriendo hasta que chocó de lleno y cayó en sus anchas. ¿Qué había pasado?, no tenía sentido, ¿por qué no había podido cruzar?

—¡Doroty!, ¿estás bien?, ¿te hiciste daño? —preguntó Hugo preocupado.

—¿¡Por qué hiciste eso!? —preguntó exhaltado su padre—. Pudiste haberte hecho daño.

—Yo, eh... vi a tres calabazas con rostro que cruzaron la pared, pensé que sería un holograma y que podría hacer lo mismo —explicó Doroty.

—¿Calabazas con rostro? —preguntó Hugo sin poder creerle, él se imaginaba frutos con cara humana antes que la insignia de la noche de brujas.

—Pero ¿qué estás diciendo? —preguntó Oscar—, ven, levántate, debemos salir de aquí —dijo mientras le estiraba la mano para ponerse de pie. Cuando lo hizo, tuvo la oportunidad de demostrarles que estaba diciendo la verdad.

Detrás de su padre, una fila de calabazas de diferentes tamaños apareció a mitad del camino y frenaron en seco.

—¿Qué son esas cosas? —preguntó Hugo.

—Shi... —siseó Doroty, pidiéndole que guarde silencio, puesto que quería poner atención y averiguar en qué se había equivocado antes.

Tal como había pasado antes, las calabazas esperaron el tiempo necesario y tras ello, cruzaron la pared a su izquierda, desapareciendo de la mitad del pasillo.

Doroty ya lo entendía, pero antes de que pudiera compartirles aquello a su padre y primo, una bestia apareció por donde habían venido el grupo de calabazas.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó exaltado Hugo.

—No se muevan —advirtió Doroty, segura de su descubrimiento.

—¿Qué no nos movamos?, ¿estás bien, hija? —preguntó su padre con el mismo miedo que Hugo.

—Confíen en mí, él no puede vernos, ni oírnos —exclamó por último mientras la bestia se acercaba más y más.

Esa cosa, más allá de ser un ser vivo, parecía un ser inerte. Más específicamente, era un espantapájaros. Tenía un cuerpo que medía cinco metros, pero con las extremidades tan anchas como un palo de escoba. El heno resaltaba bajo su ropa y por cabeza llevaba una enorme calabaza encendida que iluminaba los orificios dibujados en ella.

Todos decidieron confiar en Doroty y no moverse, después de todo, habían visto las calabazas de las que hablo moverse y cruzar la pared tal y como ella intentó, ¿por qué mentiría ahora?

Aún si tenía razón, esa cosa daba miedo, y dio mucho más cuando solo se quedó a pocos centímetros de la cara de Hugo, buscando, como si en verdad no pudiese ver que tenía a alguien delante.

—No te mueves —advirtió Doroty. Era fácil decirlo, pero mantenerse en esa postura a base de fe era difícil, más aún cuando permaneció así por los mismos segundos que las pequeñas calabazas de antes.

Eran treinta y dos segundos exactos, ni uno más, ni uno menos. Pasado ese tiempo, todos vieron cómo la pared de antes desapareció, dándole paso al espantapájaros de cruzar, quien lo hizo lentamente.

Cuando estuvo detrás de la pared, Hugo movió accidentalmente su talón, puesto que era difícil mantener la postura, algo que, por alguna razón, llamó la atención del espantapájaros y regresó inmediatamente la mirada, como si lo hubiese visto. Para su suerte, la pared volvió a aparecer y lo bloqueó de su delante.

—Una fusa —dijo Doroty llamando la atención de Hugo y Oscar.

—¿Puedes decirnos qué pasó?, ¿cómo supiste que no nos atacaría? —interrogó Oscar al instante, algo que Doroty explicó al instante.

—Gracias a las calabazas de antes, pude entender que se movían en un intervalo de 32 segundos antes de dar otro paso, y para cruzar una puerta, deben esperar otros 32 segundos.

—¿Eso qué tiene que ver con el espantapájaros gigante? —cuestionó Hugo recuperando el aliento.

—Él solo refuerza esto, parece que sigue estas reglas porque el piso es algo así como una tecla de piano gigantesca —Estaba segura, había averiguado esto con tan solo tres movimientos, era algo que Hugo y Oscar nunca hubiesen podido entender.

—Eso no responde el cómo supiste que esa cosa no nos atacaría —insiste Oscar.

—Pues... iba siguiendo las calabazas andantes y estas se detuvieron aún cuando las estaban siguiendo, lo que me hizo pensar que quizá no se guía por la vista o el sonido... sino por la vibración del suelo. —Era sorprendente cómo había pensado en todo eso en tan poco—. Además, era obvio.

—¿Por qué era obvio? —preguntó Hugo, pues para él no había sido obvio.

—Pues, tenía una calabaza por cabeza... eso significa que no tiene cerebro —sentenció Doroty.

—Tu forma de pensar es correcta hasta el final, hija, las calabazas pequeñas se movían y pensaban sin necesidad de un cerebro —aconsejó su padre, orgulloso de la forma de pensar de su hija.

—Bueno, no estoy segura de esto, al menos no del todo, pero creo que no son solo calabazas, debe haber algo o alguien adentro —explicó Doroty.

—¿En qué te basas para creer aquello? —pregunta Oscar con curiosidad.

—Pues que a Toto le llamó la atención su olor, y si fueran solo calabazas las habría ignorado... porque Toto odia las calabazas.

Su análisis dejó sorprendido tanto a Hugo como a Oscar, sin ella, era probable que los dos permanecieran en el laberinto durante meses antes de descubrir aquello. Había sido una fortuna que haya decidido acompañarlos por su propia cuenta.

—Entonces, ¿crees que puedas encontrar la salida? —preguntó Hugo.

—Eso creo, regresemos por donde vinimos —dijo Doroty y encabezó la fila con la frente en alto, había llegado su momento de liderar.

Según ella explicó, todos debían caminar un paso a la vez, al mismo tiempo, siempre contando treinta y dos segundos y llegado ese punto, detenerse la misma cantidad de tiempo.

Algunos muros se abrieron mientras avanzaban, pero ella dijo, que según lo poco que habían avanzado del laberinto, la entrada debía estar cerca, por lo que debían ignorarlas y seguir hasta encontrar la correcta.

Siguiendo las instrucciones de Doroty, pasaron cerca de veinte minutos hasta que encontraron la salida. Donde Oscar y Hugo salieron saltando, felices de haberlo conseguido.

—Encontramos la salida —anunció Doroty, pero no lo hacía con un tono alegre.

—¡Sí!, ¿por qué no estás feliz por ello? —preguntó su padre.

—Porque encontramos la salida, pero no el pétalo —agregó Doroty—. Debemos regresar a buscarlo.

—No, claro que no —negó Oscar de inmediato—, buscaremos otra forma de encontrarlo, ese laberinto y esa cosa están ahí dentro. No los pondré en peligro.

—Yo puedo guiarlos, así como hice al encontrar la salida —argumenta Doroty.

—¿Cómo sabes que no fue suerte? —pregunta su padre.

—Porque yo creo en ella —responde Hugo al instante, poniéndose de lado de su prima—. Ella nos sacó de allí, puede encontrar el pétalo y volvernos a sacar.

Oscar no quería aceptarlo, porque el hecho de hacerlo significaba volver a poner a su familia en peligro. Sin embargo, no podía ignorar el hecho de que su hija había demostrado una gran inteligencia como estrategia ahí dentro. Regresó la vista a ella, quien le afirmó:

—Yo puedo hacerlo. —Era algo difícil de hacer, pero decidió ignorar a su mente que le dictaba que era una locura, pero confió en su hija con todo su corazón.

—Está bien, hija... yo también creo en ti.

Estando listos para volver a entrar, Hugo les detuvo diciendo:

—Tío, antes que nada, dame el panecillo, esparciremos migas por si acaso.

—¿Por si acaso? —pregunta Doroty confundida—. Dijiste que confiabas en mí, ¿temes que falle?

—Independiente de ello, no puedo dártelo, Hugo, es comida y ayudará a que estemos un día más con alimento —explicó su tío.

—No es que no confíe en ti, Doroty, pero tomar precauciones me parece una buena estrategia —explicó—. Y tío, tú lo dijiste, hay prioridades de las que debemos seguir un orden, yo creo que esta es una de ellas.

Oscar se quedó boquiabierto, su sobrino estaba madurando con gran velocidad. Él tenía razón y era justo lo que decía, siempre había que tener un segundo plan. Doroty por su parte se sentía ofendida, cuando quiso recriminarle a su primo, su padre le detuvo diciendo:

—Doroty, confiamos en ti para guiarnos, pero también debemos confiar en lo que dice, nada nos asegura que las cosas cambien estando allí adentro.

Entendiendo esto, Doroty se resignó y volvió a su puesto como cabecilla. Oscar por su parte le dio el panecillo a Hugo, quien se quedaría atrás repartiendo pequeñas migas que, en caso de perderse, seguirían.

Siguiendo las palabras de Doroty, las puertas se fueron abriendo de par en par hacia el centro mismo, por lo que era cuestión solo de seguir adelante. Algo sencillo pensaba ella, por lo que le pareció una tontería la idea de las migas.

Sin embargo, Hugo continuó esparciéndolas por donde iban. No importaba si vieran calabazas rodando o al temible espantapájaros cruzar justo al frente de ellos.

Gracias a las indicaciones de Doroty y con un poco de suerte, terminaron llegando hacia una parte despejada del laberinto, donde no había muros a metros de distancia, dejando solo a visibilidad un brillo peculiar al centro del mismo. Se acercaron con la misma lógica, pero, lejos de encontrar el pétalo, solo había un par de zapatillas de cristal.

Doroty, cautivada por la belleza de dicho calzado, no dudó en provárselas y decir:

—¿Qué tal me quedan?

—Creo que se te vería mejor en color rojo —dijo Hugo mientras observaba a lo lejos, cómo unas calabazas rodantes se detenían justo donde estaban las migas de pan, desobedeciendo la regla de los treinta y dos segundos.

Quizá Doroty tenía razón y eran animales dentro de calabazas que las usaban para esconderse del espantapájaros. Eso explicaría que se estaban comiendo las migas, lo cual era una mala noticia. Pero no tan mala como lo que estaba a punto de pasar.

Las zapatillas de cristal que se había puesto Doroty vibraban unos segundos más que si pisaran con zapatos normales. Esos segundos rompían la regla que ella misma descubrió, lo que eventualmente, sin importar cuán lejos estuviese, llamó la atención del espantapájaros gigante.

Al cabo de un minuto, este estuvo delante de ellos, y, tratando de aplicar lo mismo de antes, quisieron quedarse quietos, pero las zapatillas de Doroty la delataban, por lo que el espantapájaros quiso lanzar un manotazo a ella, algo que fue evitado gracias a Hugo, quien tomó un puñado de migas del panecillo y lo lanzó en los agujeros de su cabeza.

Una horda de pequeños ratoncitos salió de las pequeñas calabazas rodantes y se metieron por la ropa del espantapájaros hasta su cabeza en busca de las migas. Esto les dio una oportunidad a todos de huir.

—¡Doroty, quítate los zapatos! —dijo su padre tras entender la lógica de estos.

El aire estaba cargado de una energía extraña mientras el grupo se adentraba más en el bosque. Las ramas crujían bajo sus pies y el viento susurraba palabras que no podían comprender del todo. Hugo, Oscar y Doroty seguían el camino señalado por el mapa, sabiendo que el tercer pétalo de la Rosa Cartesiana estaba cerca, pero sin tener idea de lo que les esperaba.

—Este lugar es... diferente —murmuró Hugo mientras miraba a su alrededor. Las sombras se movían extrañamente, como si el bosque mismo estuviera vivo y jugando con sus sentidos.

—Sí, algo aquí no está bien —respondió Oscar, mirando el mapa con el ceño fruncido—. Según esto, deberíamos estar cerca del próximo punto, pero parece que el terreno sigue cambiando.

Finalmente, el grupo se detuvo frente a una antigua construcción, oculta en medio de la maleza. A simple vista, parecía un simple conjunto de piedras caídas, pero al acercarse, vieron que había algo más. Entre las ruinas, bloques de piedra flotaban en el aire, como si desafiaran las leyes de la gravedad. Se movían lentamente, a intervalos irregulares, creando una sensación de desorden caótico.

—¿Qué es esto? —preguntó Doroty, mirando los bloques con los ojos entrecerrados, tratando de entender cómo funcionaba ese lugar.

Oscar frunció el ceño, revisando el mapa de nuevo. Luego, como si algo en el fondo de su memoria se activara, comenzó a explicar:

—Esto debe ser el Laberinto de los Fragmentos. Mi hermano me habló de él una vez, aunque no pensé que realmente existiera. Es un lugar que responde al caos y al desorden... pero también a la disciplina y el orden.

Hugo dio un paso adelante, observando los bloques flotantes. Sentía que algo lo llamaba desde el centro del laberinto, una energía que no podía ignorar. Sabía que el tercer pétalo estaba en algún lugar allí dentro, esperándolos, pero también sentía que no sería fácil de obtener.

—Tenemos que poner esto en orden, ¿verdad? —preguntó Hugo, mirando a su tío.

Oscar asintió.

—Exactamente. El tercer pétalo está relacionado con el orden, con la capacidad de organizar el caos. Pero para obtenerlo, tendremos que trabajar juntos para organizar estos bloques y restaurar el equilibrio de este lugar.

Doroty se adelantó, observando los movimientos de los bloques.

—Creo que hay un ritmo en todo esto —dijo, moviendo la cabeza al compás de los bloques—. No es completamente caótico. Si seguimos el ritmo, podríamos descubrir cómo organizarlos.

Oscar la miró con curiosidad, viendo cómo su hija comenzaba a observar los bloques con más detenimiento. Sabía que la música había sido una pasión para ella, pero no esperaba que ese talento pudiera ser tan útil en un lugar como este.

—Tienes razón —dijo finalmente Oscar—. Si podemos entender el patrón, podremos mover los bloques al lugar correcto.

El grupo se acercó más al centro del laberinto, observando cómo los bloques flotantes se movían en diferentes direcciones. A veces, dos bloques chocaban entre sí, causando que todo el lugar temblara levemente. Hugo notó que los bloques parecían estar conectados de alguna manera, como si el movimiento de uno afectara a los demás.

—Es como un dominó —murmuró Hugo—. Si movemos uno en el momento incorrecto, podríamos desorganizar todo.

Oscar asintió.

—Exactamente. Necesitamos paciencia y precisión.

Doroty cerró los ojos por un momento, escuchando el suave sonido que los bloques hacían al moverse. Lentamente, comenzó a moverse al ritmo de los bloques, guiando a Hugo y Oscar para que hicieran lo mismo.

—Ahora —dijo ella, señalando un bloque específico.

Hugo y Oscar empujaron el bloque en la dirección que Doroty les indicó. Al hacerlo, el bloque se alineó perfectamente con otros dos, y un suave zumbido resonó en el aire. Habían dado el primer paso para restaurar el orden en el laberinto.

—Funcionó —murmuró Hugo, sonriendo.

El grupo continuó trabajando juntos, moviendo los bloques al ritmo que Doroty establecía. Poco a poco, el caos comenzó a desvanecerse, y el laberinto empezó a tomar forma. Los bloques se alineaban en filas perfectas, y el aire, que antes estaba cargado de desorden, comenzó a sentirse más ligero, más equilibrado.

Finalmente, después de lo que parecieron horas, el último bloque se movió a su lugar, y el laberinto quedó completamente organizado. Un

destello de luz surgió del centro del laberinto, revelando una pequeña plataforma en la que flotaba el tercer pétalo de la Rosa Cartesiana.

—Lo logramos —dijo Hugo, acercándose a la plataforma con cuidado.

El pétalo flotaba en el aire, brillando suavemente con una luz dorada. Hugo lo tomó con delicadeza, sintiendo la calidez de su energía recorrer su mano.

—El tercer pétalo —murmuró Hugo—. Orden y disciplina.

Oscar sonrió, aliviado de que hubieran superado el desafío. Sin embargo, también sabía que el camino por delante no sería más fácil. Cada pétalo representaba un nuevo desafío, y el siguiente sería aún más complicado.

—Vamos, debemos seguir —dijo Oscar, guardando el pétalo en su mochila.

El grupo, ahora más unido que nunca, salió del laberinto, listos para enfrentar lo que viniera a continuación.

Capítulo Seis

El Refugio Bajo la Superficie

El camino se hacía cada vez más estrecho y oscuro a medida que Hugo, Oscar y Doroty avanzaban hacia lo que parecía ser una entrada tallada en la roca. Estaban cerca del próximo punto en el mapa, pero la naturaleza del lugar les hacía sentir una creciente sensación de claustrofobia. A su alrededor, solo había piedra, pero la entrada al túnel que se abría ante ellos no era una simple cueva. Las paredes, talladas con patrones intrincados y figuras, les recordaban las grandes obras de escultores antiguos.

—Este lugar... no es una cueva cualquiera —dijo Oscar, pasándose la mano por la roca suavemente tallada—. Esto fue hecho por alguien.

—¿Una ciudad subterránea? —preguntó Hugo, mirando a su tío.

Oscar negó con la cabeza.

—No lo sé, pero mira los detalles. Estas esculturas... parecen demasiado precisas. Como si hubieran sido hechas por alguien que... — Oscar se detuvo, pensativo— ...alguien con una paciencia infinita.

Doroty, quien no había dicho mucho durante los últimos minutos, observó las paredes con la misma fascinación que los otros. Las figuras talladas eran elegantes y precisas, como si cada golpe hubiera sido cuidadosamente planeado, pero también había algo misterioso en ellas. Algunas figuras parecían incompletas, como si hubieran sido abandonadas a medio camino.

—¿Crees que encontraremos el siguiente pétalo aquí abajo? — preguntó Doroty, ajustando su agarre sobre Toto, que también parecía nervioso.

—Es posible —respondió Oscar—. El tercer pétalo estaba relacionado con el orden. Quizá este lugar tenga que ver con la disciplina... el control. Miren cómo todo parece tan... meticulosamente hecho.

Hugo asintió en silencio mientras continuaban adentrándose en el túnel. Las luces de sus linternas iluminaban solo una pequeña parte de las vastas galerías subterráneas. El eco de sus pasos resonaba en la piedra, haciéndoles sentir como si no estuvieran solos.

Finalmente, el túnel se abrió a una enorme cámara subterránea. El techo era tan alto que no podían verlo, y las paredes estaban cubiertas de esculturas, algunas de ellas colosales. Al otro lado de la cámara, se veía un trono vacío, hecho de la misma piedra que todo a su alrededor. Y delante del trono, una figura de piedra parecía observarlos.

—¿Eso es... alguien? —preguntó Hugo, señalando la figura.

—No lo sé —murmuró Oscar—, pero parece que está esperando algo.

Cautelosos, se acercaron a la figura. Era un hombre tallado en piedra, pero su apariencia era inquietante. Aunque inmóvil, daba la sensación de estar a punto de moverse en cualquier momento. A sus pies, descansaban herramientas de escultor: un martillo y un cincel, perfectamente dispuestos.

—Es un escultor —dijo Doroty en un susurro.

—O al menos lo era —corrigió Oscar, arrodillándose junto a las herramientas—. Estas parecen haber sido usadas recientemente.

De repente, la cámara se llenó de un sonido suave, como si alguien hubiera comenzado a golpear ligeramente una roca con el cincel. Pero no había nadie más allí. Oscar se levantó de golpe, y justo cuando iba a hablar, la figura de piedra frente a ellos giró la cabeza, lentamente.

—¡Está vivo! —exclamó Hugo, retrocediendo unos pasos, sujetando fuertemente el brazo de Doroty.

La figura, sin embargo, no se movió para atacarlos ni para huir. Simplemente los observó, como si estuviera evaluándolos. Lentamente, alzó una mano y señaló hacia una roca grande y sin forma que estaba en un rincón de la cámara.

—¿Qué... qué quiere? —murmuró Doroty, con la voz temblorosa.

Oscar lo comprendió antes que los demás. Observó la roca que la figura señalaba y luego miró las herramientas.

—Quiere que terminemos la escultura —dijo en voz baja—. Es una prueba.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hugo.

Oscar miró de nuevo al escultor de piedra.

—La disciplina... el control... estos son los temas del próximo pétalo, ¿recuerdas? Todo este lugar ha sido esculpido con una paciencia y precisión que solo alguien con una disciplina increíble podría tener. Creo que debemos demostrarle que podemos hacerlo.

Hugo y Doroty se miraron con incertidumbre. La idea de esculpir algo que pudiera cumplir con las expectativas de un ser que parecía dominar el arte del tallado era intimidante, pero no había otra opción.

—Bueno... ¿por dónde empezamos? —preguntó Hugo, recogiendo el martillo y el cincel con cierta vacilación.

Oscar se acercó a la roca y observó su superficie. Era lisa, como un lienzo en blanco, pero en su mente, podía ver las posibilidades.

—Con cuidado —dijo Oscar—. La clave aquí es no apresurarse. Cada golpe debe ser exacto.

El grupo trabajó en silencio durante lo que parecieron horas. Hugo dio los primeros golpes, imitando lo que había visto hacer a escultores en documentales. Poco a poco, pequeñas astillas de piedra comenzaron a caer, pero a medida que avanzaban, la figura de piedra seguía observándolos, sin moverse ni darles ninguna pista de si lo estaban haciendo bien o mal.

Doroty, que había estado observando con atención, finalmente tomó el cincel de las manos de Hugo.

—Déjame intentar algo —dijo, y comenzó a golpear la roca con un ritmo constante, casi musical.

Oscar, por su parte, observaba desde un lado, intentando visualizar la escultura en su totalidad. Sabía que no podían simplemente tallar cualquier cosa. Debían crear algo que reflejara el tema del pétalo: la disciplina.

—Piensa en lo que representa este lugar —dijo finalmente Oscar, mientras Doroty y Hugo lo miraban—. Debemos crear algo que simbolice la paciencia, la dedicación... y el control.

Los tres intercambiaron ideas en silencio mientras trabajaban juntos en la escultura. Era como si el propio ambiente de la cámara subterránea les exigiera mantenerse concentrados y precisos. A cada golpe, el ritmo de Doroty marcaba el tempo, y las manos de Hugo y Oscar daban forma a la roca, que poco a poco empezaba a mostrar la silueta de una figura humana, de pie, con las manos en posición de meditación.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la escultura estuvo completa. Hugo retrocedió, jadeando, mientras Doroty limpiaba el polvo de sus manos.

La figura de piedra que los había estado observando se levantó lentamente de su lugar, acercándose a la escultura que habían creado. Sus

ojos, vacíos pero llenos de una extraña comprensión, parecían evaluarla. Luego, giró la cabeza hacia ellos y asintió.

De repente, un destello de luz surgió de la base de la escultura. Allí, flotando sobre la piedra, estaba el cuarto pétalo de la Rosa Cartesiana, brillando con un tenue resplandor dorado.

—Lo conseguimos —susurró Hugo, mientras tomaba el pétalo con cuidado.

El escultor de piedra, satisfecho, volvió a su posición original, como si nada hubiera ocurrido. El grupo, exhausto pero aliviado, guardó el pétalo y comenzó a buscar la salida de la cámara.

—Hemos aprendido algo aquí —dijo Oscar en voz baja—. La paciencia y el control pueden ser nuestras mayores herramientas.

Doroty asintió, pensando en cómo su ritmo había sido la clave para mantenerlos en el camino correcto. Sabía que el próximo desafío sería aún más difícil, pero estaban más preparados que nunca.

Capítulo Siete

Los Ecos del Valor

El grupo dejó atrás la cámara subterránea, con el cuarto pétalo bien guardado en la mochila de Oscar. La salida fue menos accidentada de lo que esperaban, pero el peso de la tensión aún colgaba sobre ellos como una nube. Habían aprendido sobre la paciencia y el control, pero sabían que lo que venía podría ser aún más desafiante.

El aire en el exterior de la cueva era frío y húmedo, como si el bosque supiera que estaban cada vez más cerca de la Rosa Cartesiana. El sol ya estaba cayendo, y las sombras se alargaban entre los árboles, creando formas inquietantes que se retorcían bajo la luz menguante.

—Necesitamos encontrar un lugar para descansar —dijo Oscar, mirando alrededor con cautela—. No podemos continuar sin algo de sueño.

—¿Aquí? —preguntó Hugo, mirando las sombras que bailaban en el suelo. El bosque se había vuelto más espeso y oscuro, y el suelo estaba cubierto de ramas secas que crujían bajo sus pies como si estuvieran caminando sobre huesos.

—No me gusta, pero no tenemos otra opción —respondió Oscar, frotándose los ojos—. Si seguimos avanzando en la oscuridad, podríamos perdernos. Además, si el mapa es correcto, el siguiente punto está relativamente cerca.

Doroty asintió, aunque no parecía demasiado convencida. Encontraron un claro relativamente protegido entre los árboles y decidieron que ese sería su campamento por la noche. Oscar preparó una pequeña fogata mientras Doroty intentaba tranquilizar a Toto, que se movía inquieto, nervioso por el entorno. Hugo, mientras tanto, se sentó a cierta distancia, mirando el mapa con atención.

—Tío, ¿cuál es el siguiente pétalo? —preguntó Hugo después de unos minutos en silencio—. Hemos pasado por el orden y la paciencia, ¿qué toca ahora?

Oscar suspiró, mirando el cielo cubierto de estrellas que empezaban a brillar.

—El próximo es el pétalo del valor. Pero no es solo el valor físico... es más profundo que eso.

—¿Cómo qué? —preguntó Doroty, mirando a su padre con curiosidad.

—Es el valor de enfrentarte a ti mismo, a tus miedos más profundos. No es solo el coraje de luchar o defenderte... es el coraje de aceptar lo que más te asusta —explicó Oscar, con la voz más grave de lo normal—. El mapa no da muchos detalles, pero creo que en el próximo desafío, cada uno de nosotros tendrá que enfrentar algo que nos atormenta.

El silencio se instaló entre ellos nuevamente, solo interrumpido por el crujir del fuego. Ninguno dijo nada más, pero todos sabían que el día siguiente les pondría a prueba de una manera completamente diferente a lo que habían vivido hasta ahora. Finalmente, uno por uno, cayeron dormidos bajo el cielo estrellado.

Hugo se despertó bruscamente en mitad de la noche. Algo no estaba bien. El aire se sentía más pesado, y el silencio que los había rodeado antes ahora era un eco inquietante. Se incorporó lentamente,

parpadeando para acostumbrarse a la penumbra. Las brasas de la fogata todavía ardían débilmente, pero algo había cambiado.

—Tío... Doroty... —murmuró, mirando a su alrededor, pero no había rastro de su tío o su prima. Solo sombras.

El corazón de Hugo empezó a latir con fuerza en su pecho. ¿Dónde estaban? Se levantó rápidamente, mirando a su alrededor con más cuidado. Todo el claro estaba sumido en una niebla espesa que no había estado allí antes. Una sensación de pánico empezó a crecer en su interior.

—Tío, ¡Doroty! —gritó, pero su voz apenas resonó. El eco que devolvía la niebla sonaba apagado, como si el bosque mismo estuviera absorbiendo sus palabras.

Hugo dio unos pasos vacilantes hacia la niebla, su respiración cada vez más rápida. Algo estaba terriblemente mal. El claro, que antes había sido un refugio seguro, ahora parecía un lugar lleno de trampas invisibles. El sonido de pasos retumbó a lo lejos, pero no eran de su tío ni de su prima.

—¡Tío! —gritó de nuevo, corriendo hacia donde creía haber oído el ruido, pero la niebla le impedía ver más allá de unos pocos metros.

Y entonces lo vio.

Frente a él, entre las sombras y la niebla, una figura se alzaba. Era alta, imponente, y aunque su rostro estaba cubierto por la oscuridad, Hugo no necesitaba verlo para saber quién era. Su corazón dio un vuelco, y la fría comprensión lo golpeó como un cubo de agua helada.

Eran sus padres.

—No... no puede ser —murmuró Hugo, dando un paso atrás, pero la figura no se movió. Sus ojos, brillantes y vacíos, lo miraban fijamente, llenos de una tristeza infinita. Hugo intentó retroceder, pero sus pies no respondieron. Estaba atrapado.

—¿Por qué no nos salvaste, Hugo? —dijo una voz suave, etérea, que resonó en la niebla. Era la voz de su madre.

—No... no pude... —susurró Hugo, sintiendo cómo las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas. El miedo se apoderó de él, congelándolo en el lugar—. Yo era solo un niño... no pude hacer nada...

Pero la figura no desaparecía. Cada palabra que pronunciaba hacía que la imagen de sus padres se hiciera más clara, más real. El dolor de su pérdida, algo que Hugo había enterrado profundamente dentro de sí, estaba volviendo con una fuerza abrumadora.

—Fue tu culpa... —dijo la voz de su padre, con una frialdad que nunca había oído antes—. Podrías habernos salvado.

—¡No! —gritó Hugo, cerrando los ojos con fuerza, intentando luchar contra el miedo. Pero la voz seguía repitiendo las mismas palabras, cada vez más altas, más insistentes.

El aire a su alrededor se volvió más pesado, como si la niebla quisiera sofocarlo. Hugo cayó de rodillas, con el cuerpo temblando. No sabía cómo enfrentar ese terror. No sabía cómo luchar contra el dolor que había estado guardando desde el día que perdió a sus padres.

Pero algo cambió en ese momento. Una pequeña chispa de valor comenzó a encenderse en su pecho. Hugo recordó lo que su tío le había dicho esa misma noche: el valor no es solo enfrentar lo que temes, sino aceptar que esos miedos existen.

—No fue mi culpa —murmuró Hugo, con la voz temblorosa, pero firme.

La figura de sus padres vaciló, como si esas palabras hubieran roto algo en el aire.

—No fue mi culpa... —repitió, más alto esta vez—. Hice lo que pude... era solo un niño. No podía hacer nada para salvarlos.

El eco de su propia voz resonó en la niebla, y la figura empezó a desvanecerse, lentamente. El dolor seguía allí, pero Hugo sintió que algo más lo acompañaba: aceptación. No podía cambiar lo que había pasado, pero podía vivir con ello.

La niebla alrededor de él comenzó a disiparse, y la figura de sus padres desapareció por completo. Hugo se quedó allí, arrodillado en el suelo, respirando con dificultad, pero más fuerte que antes. Se levantó lentamente, sintiendo que algo dentro de él había cambiado.

Fue entonces cuando oyó una voz familiar.

—Hugo... —era Doroty, pero su voz sonaba lejana—. ¡Hugo, ayúdame!

Hugo corrió hacia el sonido, ahora sin miedo. Sabía que no era una simple ilusión. Esta vez, su prima realmente lo necesitaba. Corrió a través de los árboles, su respiración pesada, hasta que finalmente la vio.

Doroty estaba de pie, inmóvil, frente a una imagen reflejada de ella misma, una versión que la miraba con ojos fríos y calculadores. Ambas parecían estar atrapadas en un duelo silencioso.

—¡Doroty! —gritó Hugo, corriendo hacia ella—. ¿Estás bien?

Doroty no lo escuchó, su mirada seguía fija en su reflejo.

—No soy buena —dijo la versión reflejada de Doroty con una voz gélida—. Nunca seré tan buena como los demás.

—Eso no es verdad —murmuró la verdadera Doroty, pero su voz estaba llena de duda.

Hugo se detuvo junto a ella, y sin pensarlo dos veces, le tomó la mano.

—Doroty, no le escuches —dijo con firmeza—. Tú eres increíble. Siempre has sido. No tienes que ser como los demás.

Doroty miró a Hugo, sus ojos llenos de lágrimas. Parecía estar luchando contra las palabras de su reflejo.

—No puedo hacerlo... no soy suficiente... —susurró, pero Hugo apretó su mano con más fuerza.

—Sí, lo eres —respondió Hugo—. Lo has demostrado una y otra vez. Mira todo lo que hemos hecho juntos. Eres más fuerte de lo que crees.

El reflejo de Doroty empezó a desvanecerse lentamente, pero no antes de decir una última palabra.

—Nunca serás suficiente...

Doroty cerró los ojos y respiró hondo, dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Tal vez... tal vez no siempre seré suficiente para los demás... —
dijo finalmente, abriendo los ojos—, pero seré suficiente para mí.

Y con esas palabras, el reflejo se disipó por completo.

Hugo y Doroty se quedaron en silencio por un momento, ambos sintiendo el peso de lo que acababan de enfrentar. Pero sabían que todavía quedaba un reto más.

Juntos, corrieron hacia donde sabían que Oscar los necesitaría.

Capítulo Ocho

El Umbral de los Inmortales

El aire era más denso y cálido conforme avanzaban. Hugo, Doroty y Oscar seguían caminando tras haber superado sus propios miedos en el desafío anterior, pero el agotamiento emocional que cada uno había experimentado comenzaba a hacer mella en ellos. Sin embargo, sabían que debían seguir adelante. El próximo desafío los esperaba, y con él, el siguiente pétalo de la Rosa Cartesiana.

El aire era más denso y cálido conforme avanzaban. Hugo, Doroty y Oscar seguían caminando tras haber superado sus propios miedos en el desafío anterior, pero el agotamiento emocional que cada uno había experimentado comenzaba a hacer mella en ellos. Sin embargo, sabían que debían seguir adelante. El próximo desafío los esperaba, y con él, el siguiente pétalo de la Rosa Cartesiana.

El bosque que los rodeaba, aunque aún frondoso, comenzó a transformarse. Los árboles, en lugar de ser altos y oscuros, ahora eran retorcidos y parecían estar hechos de una madera blanca y brillante, como si estuvieran hechos de mármol o alguna piedra preciosa. Las hojas, que antes eran verdes, se volvían doradas y plateadas, reluciendo bajo el sol, que ahora se sentía mucho más fuerte.

—Este lugar... es diferente —dijo Doroty en voz baja, observando los cambios en el paisaje.

—Diferente, sí... pero también parece que estamos más cerca de algo importante —respondió Oscar, sus ojos siguiendo la luz que se filtraba a través de las hojas doradas.

—¿Estás seguro de que este es el camino? —preguntó Hugo, intentando leer el mapa, que ahora parecía menos preciso, como si la magia del lugar estuviera distorsionando la realidad.

Oscar asintió.

—El mapa nos ha guiado hasta aquí. Este debe ser el lugar donde encontraremos el siguiente pétalo, aunque algo me dice que esto será diferente a lo que hemos enfrentado hasta ahora.

Avanzaron en silencio, hasta que un claro se abrió frente a ellos. En el centro de aquel claro, donde el suelo parecía estar cubierto de polvo de oro, había un arco de piedra gigantesco. El arco era imponente, hecho de una piedra tan blanca como la luna y tallado con símbolos antiguos que ninguno de ellos podía reconocer. A cada lado del arco, había estatuas, figuras inmóviles que los observaban con ojos vacíos, pero llenos de autoridad. Parecían ser los guardianes del paso hacia algo mucho más grande de lo que podían comprender.

—Ese debe ser el Umbral —dijo Oscar, casi en un susurro, mientras señalaba el arco—. Es lo que describe la última parte del mapa.

—¿Umbral de qué? —preguntó Hugo, inquieto—. Esto se siente... extraño.

Oscar se acercó al arco, observando las estatuas. Eran figuras majestuosas, pero extrañas, una mezcla de seres humanos con animales míticos: una tenía el cuerpo de un león y la cabeza de un águila; otra, el torso de un hombre y las alas de un dragón.

—Este lugar está custodiado por inmortales —dijo Oscar—. Según las leyendas, este es el lugar donde los inmortales viven... o vivían. Nadie sabe si realmente existen, pero se dice que este arco es el portal entre nuestro mundo y el de ellos.

Doroty frunció el ceño.

—¿Inmortales? ¿Como dioses?

Oscar negó con la cabeza.

—No exactamente dioses, pero seres antiguos, sabios, y muy poderosos. Ellos mantienen el equilibrio entre los mundos. Si este es el

lugar donde encontramos el siguiente pétalo, probablemente tendremos que enfrentarnos a ellos... o aprender algo de ellos.

Hugo se acercó al arco, observando los grabados en la piedra. Podía sentir una extraña vibración en el aire, como si todo el lugar estuviera lleno de energía. Dio un paso hacia adelante, y en ese instante, una de las estatuas cobró vida.

—¡Cuidado! —gritó Doroty, pero era demasiado tarde. La figura con cabeza de águila movió sus alas de piedra y descendió de su pedestal, deteniéndose frente a ellos. Sus ojos brillaban con una luz antigua y sabia.

—¿Quién osa cruzar el Umbral de los Inmortales? —dijo la figura con una voz profunda que resonó en todo el claro.

Hugo, Doroty y Oscar retrocedieron un paso, sorprendidos por la repentina vida que emanaba de la estatua. Oscar fue el primero en recobrar la compostura.

—Venimos en busca de la Rosa Cartesiana —dijo Oscar, su voz firme—. Buscamos el siguiente pétalo, el que habla de las diferencias, del equilibrio. Hemos enfrentado desafíos hasta ahora y estamos preparados para el siguiente.

La criatura los miró en silencio durante varios segundos. Finalmente, sus ojos brillaron más intensamente y dio un paso hacia atrás, dejando el camino despejado bajo el arco.

—El valor para enfrentar los desafíos previos los ha traído hasta aquí —dijo la estatua—. Pero este es un reto diferente. Aquí no se trata de fuerza, ni de intelecto. Este es un lugar donde solo aquellos que entienden el verdadero valor de las diferencias pueden prosperar.

—¿Qué significa eso? —preguntó Hugo, confundido.

La estatua se giró ligeramente, como si estuviera a punto de regresar a su pedestal.

—Lo entenderán cuando crucen el Umbral. Pero sepan esto: el equilibrio entre los diferentes es lo que sostiene a este mundo... y al suyo.

Sin más, la estatua se detuvo y se volvió nuevamente inmóvil, dejando el claro en silencio. Hugo, Doroty y Oscar intercambiaron miradas

nerviosas, pero sabían que no había otra opción. Si querían encontrar el pétalo, tendrían que cruzar el arco.

Con pasos cautelosos, cruzaron el Umbral, y de inmediato sintieron cómo todo a su alrededor cambiaba. Ya no estaban en el bosque, ni siquiera en el mundo que conocían. Se encontraban en un vasto paisaje que parecía flotar en un vacío sin fin. A su alrededor, había seres de diferentes formas y tamaños: algunos humanos, otros criaturas que nunca antes habían visto. Todos coexistían en perfecta armonía, trabajando juntos en tareas que no podían comprender completamente.

—Es increíble... —murmuró Doroty, asombrada por la variedad de seres y el ambiente de cooperación que emanaba de ellos.

Hugo asintió, también impresionado. Era como si cada criatura supiera exactamente lo que debía hacer, y todas sus diferencias no fueran obstáculos, sino ventajas.

—Mira eso —dijo Oscar, señalando hacia una estructura en el centro del paisaje. Parecía un templo, pero su forma era extraña, como si estuviera hecho de múltiples estilos arquitectónicos que se unían en perfecta simetría.

—Ahí debe estar el pétalo —dijo Hugo, comenzando a caminar hacia la estructura.

Mientras se acercaban, notaron algo peculiar: cada ser que encontraban tenía una función específica, y aunque todos eran diferentes, de alguna manera se complementaban entre sí. Un ser con alas de dragón trabajaba junto a otro que parecía un humanoide de agua, combinando fuego y agua para crear vapor que impulsaba una máquina gigantesca. En otro rincón, un grupo de criaturas diminutas con aspecto de insectos estaban construyendo algo junto a seres con brazos de piedra. Todos trabajaban en una perfecta sincronía, sin que ninguna diferencia causara fricción.

—Esto es... lo que debemos entender —dijo Doroty en voz baja—. Las diferencias no son debilidades aquí... son lo que hace que todo funcione.

Oscar asintió, comprendiendo finalmente la lección del lugar. Era el equilibrio entre lo diverso lo que mantenía el orden y la armonía. Sin esa cooperación, este lugar no existiría.

Al llegar al templo, encontraron una pequeña sala en el centro. Allí, en el altar, flotaba el quinto pétalo de la Rosa Cartesiana. Era brillante, pero su luz cambiaba de color constantemente, como si reflejara las diferentes energías de todos los seres que habitaban ese mundo.

—Este es el pétalo del equilibrio —dijo Hugo mientras lo recogía cuidadosamente—. Nos enseña que las diferencias no nos dividen, sino que nos fortalecen.

Cuando tomaron el pétalo, sintieron una suave vibración en el aire. El paisaje a su alrededor comenzó a desvanecerse lentamente, como si el lugar supiera que ya habían aprendido su lección. En cuestión de segundos, se encontraron de nuevo en el claro, frente al Umbral de los Inmortales.

—Volvimos —dijo Doroty, mirando a su alrededor.

—Y tenemos el pétalo —añadió Hugo, sonriendo con alivio.

Oscar miró el arco una vez más antes de hablar.

—Hemos aprendido algo importante hoy —dijo en voz baja—. La verdadera fuerza no está en ser iguales, sino en saber cómo trabajar juntos, a pesar de nuestras diferencias.

El grupo, ahora con el quinto pétalo en su poder, estaba más unido que nunca. Sabían que los desafíos que vendrían serían aún más duros, pero también sabían que estaban preparados para enfrentarlos.

—Vamos, aún queda camino por recorrer —dijo Oscar, ajustando su mochila y comenzando a caminar hacia el próximo destino.

Capítulo Nueve

El Espejo de la Verdad

El sol ya comenzaba a ocultarse mientras el grupo seguía su camino. Con cinco pétalos de la Rosa Cartesiana en su poder, sentían que estaban más cerca del final, pero al mismo tiempo, una sensación de incertidumbre y agotamiento comenzaba a asentarse en sus corazones. Cada desafío superado había exigido más de ellos, tanto física como emocionalmente, y el próximo pétalo prometía no ser diferente.

Oscar, con el mapa en la mano, guiaba a Hugo y Doroty hacia el siguiente destino. Esta vez, el sendero los llevaba hacia una serie de montañas oscuras que se elevaban imponentes en el horizonte, sus picos cubiertos de nubes. A medida que se acercaban, el aire se volvía más frío, y una ligera niebla comenzó a envolverlos.

—¿Estás seguro de que es por aquí, tío? —preguntó Hugo, su voz resonando en el aire frío.

—Sí, esto es lo que el mapa indica —respondió Oscar, aunque en su rostro se veía una sombra de duda—. Parece que el próximo pétalo está oculto en algún lugar en estas montañas, pero no hay demasiados detalles. Solo un nombre: el Espejo de la Verdad.

—Espejo de la Verdad... suena ominoso —murmuró Doroty mientras ajustaba su abrigo.

—Si hemos aprendido algo de los pétalos anteriores, es que cada uno representa una lección —continuó Oscar—. El "Espejo de la Verdad" probablemente nos llevará a enfrentarnos a algo muy personal.

Hugo sintió un nudo en el estómago. Los desafíos anteriores ya les habían obligado a enfrentar sus miedos y diferencias, pero si este próximo reto tenía que ver con la verdad... ¿qué tipo de verdades tendrían que enfrentar?

El sendero los llevó cada vez más alto en la montaña, y la niebla se volvía más densa con cada paso. Finalmente, llegaron a una amplia meseta, donde se alzaba una estructura solitaria: un pequeño templo de piedra, cubierto de musgo y desgastado por el tiempo. Las puertas del templo estaban abiertas, como si estuvieran esperando su llegada.

—Ahí está —dijo Oscar, señalando la entrada—. El Espejo debe estar dentro.

El grupo se detuvo por un momento, observando el templo en silencio. Parecía que el lugar había estado allí por siglos, esperando que alguien lo descubriera.

—Esto no va a ser fácil, ¿verdad? —preguntó Hugo, tratando de disimular el nerviosismo en su voz.

—Nunca lo es —respondió Doroty, poniéndose a su lado—. Pero ya hemos llegado hasta aquí, ¿no?

Oscar, con un gesto firme, fue el primero en cruzar el umbral del templo, seguido de Hugo y Doroty. El interior era frío y oscuro, pero al fondo, una luz tenue iluminaba algo. Se acercaron lentamente, y lo que vieron les quitó el aliento.

En el centro de la sala, sobre un pedestal de piedra, estaba el Espejo de la Verdad. Su superficie era clara y cristalina, pero reflejaba algo más que sus simples apariencias. En lugar de verse a sí mismos, cada uno veía un reflejo distorsionado, una versión de ellos que no era completamente humana.

Hugo se acercó primero, su corazón latiendo con fuerza. Al mirar el espejo, vio su propio rostro, pero algo estaba mal. Sus ojos eran mucho más grandes, y su expresión era la de alguien mucho más joven. Era él, pero era una versión de sí mismo que no había visto en años: el Hugo niño, el que había estado presente cuando sus padres murieron.

—No puede ser... —murmuró, dando un paso atrás.

El espejo no solo mostraba el pasado, sino que parecía revivirlo. Hugo escuchó el sonido de voces, sus padres llamándolo, y luego... el silencio. El miedo y la culpa regresaron como una ola. Recordaba ese día como si fuera ayer, y al ver su reflejo, las emociones que había tratado de enterrar durante tanto tiempo volvían con una intensidad que lo dejaba paralizado.

—No pude hacer nada... no fue mi culpa... —repetía en voz baja, pero el espejo no lo dejaba escapar de esa verdad.

Doroty fue la siguiente en enfrentarse al espejo. Lo que vio no era su reflejo actual, sino una versión de sí misma que estaba llena de dudas y miedo. Su yo reflejado estaba sola, sin música, sin arte, sin el talento que siempre la había definido. En esa versión del futuro, todo lo que temía había sucedido: había fracasado como artista, y ahora, estaba atrapada en una vida vacía, sin propósito.

—Esto no es real... —murmuró, pero el dolor en su pecho era demasiado real—. No lo es.

Finalmente, Oscar se acercó al espejo, su rostro serio y decidido. Pero lo que vio lo hizo detenerse en seco. Frente a él, se reflejaba una versión más joven de sí mismo, uno lleno de ambición y entusiasmo, pero al mismo tiempo, cargado con un gran peso. El Oscar reflejado era alguien que había tomado decisiones difíciles, algunas de las cuales aún le pesaban. Su reflejo lo miraba con desaprobación, como si le recordara cada uno de sus errores pasados.

—Sabía que esto vendría... —murmuró Oscar, con una mezcla de dolor y resignación en su voz.

El Espejo de la Verdad no era un simple reflejo, sino un portal hacia las verdades más profundas que cada uno de ellos cargaba. No era suficiente mirar sus propios miedos o debilidades: tendrían que aceptarlas para poder avanzar.

—Este es el desafío —dijo Oscar, volviendo en sí—. El espejo nos muestra nuestras verdades, nuestras mayores debilidades... pero también nos da una oportunidad.

—¿Oportunidad de qué? —preguntó Hugo, aún temblando por lo que había visto.

—De aceptarlo. De no huir. De abrazar lo que somos, con todo lo que hemos hecho, todo lo que hemos pasado —respondió Oscar con una voz firme—. Solo aceptando nuestras verdades podemos encontrar la fuerza para continuar.

Doroty asintió, aunque sus ojos aún estaban llenos de lágrimas. Sabía que el miedo al fracaso siempre la había seguido, pero ahora

entendía que no podía permitir que eso definiera su vida. Se acercó de nuevo al espejo, esta vez con una resolución más fuerte.

—No voy a ser perfecta, y eso está bien —dijo, mirando a su reflejo directamente a los ojos—. Pero no voy a dejar que ese miedo me controle.

El reflejo comenzó a desvanecerse lentamente, hasta que solo quedó su propia imagen, clara y firme. El espejo había cedido, y ella había aceptado su verdad.

Hugo respiró hondo, enfrentándose nuevamente a su propio reflejo. El niño que veía era el mismo niño que había estado presente el día que sus padres murieron, pero esta vez, Hugo no iba a huir.

—No fue mi culpa —dijo, más fuerte esta vez—. Hice todo lo que pude. Y no voy a dejar que esa culpa me defina más.

El reflejo también comenzó a desvanecerse, y Hugo sintió que una gran carga se aligeraba de sus hombros. El espejo le había mostrado la verdad, pero ahora él la había aceptado, y con ello, había encontrado su fuerza.

Oscar fue el último en acercarse al espejo. Sabía que había cometido errores, pero también sabía que había hecho lo mejor que pudo en las circunstancias más difíciles. Miró a su reflejo, el joven que una vez fue, y lo aceptó.

—He aprendido de mis errores, y eso es lo que importa —dijo en voz baja—. No soy perfecto, pero he hecho lo mejor que pude.

El reflejo de Oscar también desapareció, y con ello, el aire en la sala pareció cambiar. El Espejo de la Verdad ya no era un desafío, sino un portal que los había llevado a aceptar sus propias realidades.

En ese momento, el sexto pétalo apareció ante ellos, flotando en el aire, brillando con una luz suave y reconfortante.

—Lo logramos —dijo Hugo, tomando el pétalo con cuidado.

El Espejo de la Verdad había cumplido su propósito. El grupo, ahora más fuerte y más en paz consigo mismo, salió del templo con el sexto pétalo en su poder, listos para continuar su camino.

—Ya casi llegamos —dijo Oscar, mirando el mapa una vez más—. Solo queda un pétalo.

El desafío final estaba cerca, pero sabían que, después de lo que habían enfrentado en el Espejo, estaban preparados para lo que fuera.

Capítulo Diez

El Pétalo del Corazón

El viento soplaba más fuerte a medida que Hugo, Doroty y Oscar avanzaban por el sendero hacia el último desafío. Con seis pétalos ya en su poder, sabían que estaban a un paso de completar su misión y descubrir el secreto final de la Rosa Cartesiana. Sin embargo, el agotamiento se reflejaba en sus rostros. No solo el físico, sino el peso emocional de todo lo que habían enfrentado hasta ahora. Cada prueba los había empujado a sus límites, y aunque sabían que estaban cerca, una sombra de incertidumbre y miedo al fracaso rondaba en sus corazones.

Oscar sostenía el mapa con manos temblorosas. Sabía que el final estaba cerca, pero este último tramo del viaje tenía un aire diferente. No era solo un camino a seguir; había una atmósfera extraña, casi pesada, como si el lugar mismo supiera que se acercaban al corazón de algo antiguo y poderoso.

—Según el mapa —dijo Oscar, señalando hacia el horizonte—, el último pétalo está más allá de esa montaña.

Hugo miró la cima de la montaña a la que se refería su tío. Era imponente, con picos afilados y cubiertos de niebla, como si el lugar mismo se rehusara a ser alcanzado. Al pie de la montaña, un denso bosque de árboles gigantescos formaba una barrera natural que debían atravesar antes de comenzar el ascenso.

—Este lugar se siente... diferente a los otros —comentó Doroty, mirando los árboles con desconfianza—. Los otros desafíos fueron duros, pero este... este parece que es algo más.

—Lo es —respondió Oscar, con una voz tensa—. Este último pétalo es el más importante. Según las leyendas, es el que une a todos los demás,

el que contiene la verdadera esencia de la Rosa Cartesiana. Si no lo encontramos... todo lo que hemos hecho hasta ahora no tendrá sentido.

La gravedad de esas palabras cayó sobre ellos como una losa. Hugo asintió en silencio, sintiendo una mezcla de determinación y miedo crecer en su interior. Sabía que lo que estaba por venir no sería fácil, pero habían llegado demasiado lejos como para rendirse ahora.

El grupo comenzó a adentrarse en el bosque, el cual parecía más vivo que cualquier otro lugar que hubieran visitado. Los árboles, altos y retorcidos, parecían moverse ligeramente con el viento, como si estuvieran observándolos. A veces, Hugo sentía que había figuras escondidas en la neblina, formas que se desvanecían antes de que pudiera identificarlas.

—¿Alguien más siente que no estamos solos? —preguntó Hugo, mirando alrededor.

Doroty asintió, con una expresión de preocupación en el rostro.

—Sí... este bosque tiene algo... raro. Como si hubiera alguien o algo que nos está vigilando.

Oscar, que estaba más concentrado en el mapa, frunció el ceño.

—Es posible que estemos siendo observados. Este es el último desafío, y si hemos aprendido algo de los anteriores, es que este lugar estará lleno de pruebas.

Avanzaron en silencio, atentos a cualquier señal de peligro. A medida que se adentraban más en el bosque, la niebla se hacía más espesa, envolviéndolos en una manta de incertidumbre. Pronto, el sendero que estaban siguiendo desapareció por completo, y se encontraron rodeados de árboles altos y retorcidos que parecían formar un laberinto natural.

—El mapa no sirve aquí —dijo Oscar, observando con frustración cómo las líneas del mapa comenzaban a desvanecerse, como si la magia del lugar estuviera afectándolo.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Doroty, su voz temblando levemente.

Oscar guardó el mapa y suspiró.

—Seguimos adelante. Este bosque quiere desorientarnos, pero tenemos que mantenernos enfocados en lo que buscamos.

Con cuidado, continuaron avanzando a través de los árboles, pero la sensación de estar atrapados en un laberinto comenzó a crecer. Cada giro parecía llevarlos de vuelta al mismo lugar, y la niebla, en lugar de disiparse, solo se hacía más densa.

—Esto es inútil —dijo Hugo después de lo que parecieron horas de caminata—. Estamos caminando en círculos.

—No estamos caminando en círculos —dijo Oscar, aunque no sonaba convencido—. Es el bosque... nos está jugando una trampa.

De repente, un suave susurro llenó el aire. Era una voz, o más bien muchas voces, hablando en susurros incomprensibles. Hugo se detuvo en seco, mirando alrededor con los ojos muy abiertos.

—¿Escucharon eso?

Doroty asintió, con los ojos fijos en la niebla.

—Parece que viene de todas partes...

El susurro se hizo más fuerte, y entonces, una figura comenzó a materializarse frente a ellos. Era una sombra alta y esbelta, con una silueta vagamente humana. A su alrededor, otras sombras empezaron a formarse, rodeando al grupo. Hugo sintió un escalofrío recorrer su espalda. Las figuras no parecían hostiles, pero su presencia era inquietante.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Oscar, dando un paso adelante, tratando de mostrarse firme.

Las sombras no respondieron con palabras. En lugar de eso, una de ellas extendió una mano hacia Hugo. No era una mano física, sino más bien una extensión de la sombra misma, como si quisiera tocar su mente.

en lugar de su cuerpo. Hugo sintió un tirón en su interior, como si algo estuviera intentando sacar a la superficie sus pensamientos más profundos.

—No... —murmuró Hugo, retrocediendo.

Oscar y Doroty miraron a Hugo con preocupación, pero antes de que pudieran reaccionar, las sombras hicieron lo mismo con ellos. Hugo sintió como si una parte de él estuviera siendo arrancada, como si sus pensamientos y emociones estuvieran siendo desenterrados y examinados.

Y entonces lo vio.

Era un recuerdo, un momento que Hugo había tratado de olvidar. Estaba en su hogar, cuando era pequeño, antes de que sus padres murieran. Estaban en el jardín, y su madre estaba cantando suavemente mientras su padre le enseñaba a plantar flores. Era un recuerdo feliz, pero detrás de esa felicidad, Hugo siempre había sentido una sombra: el miedo a perder a su familia.

Las sombras parecían alimentarse de ese miedo, haciéndolo crecer dentro de él. Hugo sintió cómo el dolor y la culpa volvían a llenar su corazón, pero esta vez, no era una simple emoción. Era algo tangible, algo que las sombras estaban utilizando en su contra.

—No... —murmuró, cayendo de rodillas—. No voy a dejar que esto me controle.

Las sombras parecieron detenerse por un momento, como si estuvieran evaluando su resistencia. Hugo cerró los ojos y respiró hondo, recordando lo que había aprendido en el Espejo de la Verdad. Había enfrentado sus miedos antes, y no iba a dejar que lo controlaran ahora.

—No fue mi culpa —dijo en voz alta, sus palabras resonando en el aire—. No puedo cambiar el pasado, pero puedo vivir con ello.

Las sombras retrocedieron ligeramente, como si sus palabras las hubieran debilitado. Hugo se levantó lentamente, sintiendo cómo el peso de sus miedos comenzaba a desvanecerse. Sabía que las sombras eran una manifestación de sus propios temores, pero también sabía que tenía el poder de enfrentarlas.

Oscar y Doroty, mientras tanto, también estaban luchando con sus propias sombras. Oscar veía una versión de sí mismo joven y ambiciosa, pero que había tomado decisiones erradas. Era una versión de sí mismo que lo juzgaba por sus fracasos, por los momentos en que había dejado que su orgullo lo guiara en lugar de su sabiduría.

—Hice lo que creí correcto en su momento... —murmuró Oscar, enfrentando a su propio reflejo oscuro—. No soy perfecto, pero no dejaré que mis errores me definan.

Doroty, por su parte, veía una versión de sí misma que había renunciado a su arte, una versión que se había rendido al miedo al fracaso. Su yo reflejado estaba vacío, sin pasión, sin propósito. Pero Doroty sabía que no era esa persona.

—El fracaso es parte de crecer —dijo, con la voz temblorosa pero firme—. Y no voy a dejar de intentarlo.

Con esas palabras, las sombras que los rodeaban comenzaron a disiparse lentamente. La niebla se levantó, y el aire se sintió más liviano. Habían superado la primera prueba del bosque: enfrentarse a sus propios miedos y debilidades.

—Lo logramos... —murmuró Hugo, mirando a su alrededor.

Pero Oscar negó con la cabeza.

—No... esto fue solo el comienzo. El verdadero desafío aún nos espera.

Continuaron avanzando a través del bosque, esta vez con un nuevo sentido de determinación. Finalmente, después de lo que parecieron horas de caminata, llegaron a la base de la montaña. El aire era mucho más frío, y el viento soplaba con una fuerza que hacía difícil mantenerse de pie.

—Ahí está —dijo Oscar, señalando una abertura en la roca—. El último desafío está dentro de esa montaña.

Con el corazón latiendo con fuerza, el grupo entró en la cueva. El interior estaba oscuro, pero a lo lejos podían ver una luz brillante, pulsante, como si algo los llamara.

—El pétalo —murmuró Hugo—. Debe estar ahí.

La cueva era amplia y sinuosa, con estalactitas y estalagmitas que creaban un paisaje surrealista. El eco de sus pasos resonaba en las paredes de piedra, y la sensación de ser observados regresó.

A medida que avanzaban, la luz se hacía más intensa, hasta que finalmente llegaron a una gran sala iluminada por una energía dorada. En el centro de la sala, flotando en el aire, estaba el último pétalo de la Rosa Cartesiana. Era hermoso, brillante, y emanaba una calidez reconfortante.

—Lo logramos... —dijo Doroty, sonriendo con alivio.

Pero antes de que pudieran acercarse, una figura apareció entre ellos y el pétalo. Era alta, majestuosa, y su rostro estaba cubierto por una máscara dorada. Vestía una túnica blanca que flotaba en el aire, como si no estuviera del todo atada a este mundo.

—Han llegado lejos... pero su viaje aún no ha terminado —dijo la figura con una voz profunda y resonante.

Oscar dio un paso adelante, su voz firme.

—Hemos pasado por todas las pruebas. Solo queremos el último pétalo.

La figura asintió lentamente.

—Cada uno de ustedes ha enfrentado su miedo, ha aceptado sus verdades... pero hay algo más que deben aprender antes de completar su misión. El último pétalo representa el corazón, el centro de todo. ¿Saben lo que eso significa?

Hugo, Doroty y Oscar se miraron entre sí, sin saber qué responder.

—Significa que el corazón de todo lo que han buscado... está dentro de ustedes mismos —continuó la figura—. No es algo que puedan simplemente tomar. Deben demostrar que lo entienden. Que lo han comprendido a lo largo de su viaje.

La figura se desvaneció lentamente, dejando el pétalo flotando en el aire. Hugo se acercó con cautela, y cuando estiró la mano para tomarlo, una suave vibración recorrió su cuerpo. No era solo el pétalo lo que estaba tomando; era la culminación de todo lo que habían aprendido. De sus miedos, de sus diferencias, de sus errores y de sus verdades.

—Este... es el último paso —dijo Hugo en voz baja, mirando a su tío y a su prima—. No se trata de lo que hemos hecho hasta ahora, sino de lo que somos.

Con una sonrisa de alivio y comprensión, tomó el pétalo. Una luz brillante los envolvió, y supieron que su viaje finalmente había llegado a su fin.

Capítulo Once

El Secreto de la Rosa Cartesiana

La luz brillante que había envuelto a Hugo, Doroty y Oscar comenzó a desvanecerse lentamente, dejando atrás una suave sensación de calidez en el aire. Cuando la claridad se deshizo por completo, se encontraron en un vasto prado, un paisaje que era completamente diferente de cualquier otro que hubieran visto en su viaje. Las flores se mecían suavemente con el viento, y el cielo era de un azul profundo, casi irreal, sin nubes que interrumpieran su serenidad.

El aire estaba impregnado de una paz inusual, como si el lugar estuviera protegido de cualquier mal o preocupación. El tiempo parecía detenerse, y todo a su alrededor parecía estar en perfecto equilibrio. En el centro del prado, una colina suave se elevaba, y en la cima de esa colina, una planta pequeña y simple crecía solitaria: la Rosa Cartesiana.

Oscar dio el primer paso, aún asimilando lo que veían sus ojos.

—Es... es increíble —dijo, con la voz quebrada por la emoción. Llevaban tanto tiempo buscando ese momento que, ahora que estaban frente a la Rosa, parecía casi irreal.

—¿Esta es la Rosa Cartesiana? —preguntó Doroty, caminando lentamente hacia la planta. A pesar de su tamaño diminuto, la rosa emanaba un poder palpable, como si fuera el corazón latente de todo lo que habían vivido hasta ese momento.

Hugo permaneció en silencio, observando cómo cada pétalo que habían recolectado encajaba perfectamente con los que ya estaban en la flor. Habían llegado hasta allí después de superar cada prueba, cada

desafío, y ahora, la Rosa Cartesiana estaba completa, esperando que revelaran su secreto.

—Aquí es donde todo se resuelve, ¿no? —murmuró Hugo, caminando junto a su tío.

Oscar asintió, pero su rostro mostraba algo más que simple expectación. Había una sombra de duda en sus ojos.

—La Rosa Cartesiana... siempre ha sido un enigma —dijo Oscar—. Se dice que contiene el conocimiento absoluto, pero también se ha advertido que no todos están preparados para comprenderlo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Doroty, inquieta.

Oscar suspiró, mirando la flor con reverencia

—Cada uno de los pétalos que hemos encontrado nos ha enseñado algo valioso: la paciencia, el orden, el valor... pero también hemos aprendido sobre nosotros mismos. La Rosa no es solo una simple flor; representa la comprensión total del ser humano. Y esa verdad... puede ser abrumadora.

Hugo observó la Rosa Cartesiana en silencio, intentando comprender el significado de lo que su tío decía. Habían llegado hasta allí buscando respuestas, pero ahora se daba cuenta de que esas respuestas podían ser más complejas de lo que habían imaginado.

—¿Entonces qué hacemos ahora? —preguntó Hugo, con una mezcla de ansiedad y curiosidad.

Oscar dio un paso adelante, inclinándose hacia la Rosa. Extendió la mano lentamente, como si estuviera a punto de tocarla, pero en el último momento, se detuvo.

—No podemos simplemente tomarla —dijo en voz baja—. La Rosa Cartesiana no es algo que pueda ser poseído. Debemos demostrar que hemos comprendido su mensaje.

—¿Qué mensaje? —preguntó Doroty, dando un paso más cerca.

—El mensaje de la unidad —respondió Oscar—. Todos los pétalos que hemos encontrado no son solo lecciones individuales. Juntos, forman una verdad más grande: la armonía entre nosotros mismos y el mundo que

nos rodea. Hemos enfrentado nuestros miedos, nuestras diferencias, y nuestros errores, pero la verdadera prueba es si podemos aceptarnos tal como somos... y trabajar juntos.

Hugo se quedó en silencio, mirando la Rosa. Las palabras de su tío resonaban en su mente. Todo lo que habían vivido los había llevado hasta allí, y ahora entendía que la Rosa Cartesiana no era solo un símbolo de conocimiento, sino de crecimiento personal.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? —preguntó finalmente Hugo.

Oscar miró a su sobrino y luego a su hija.

—Ya lo hemos hecho —dijo con una sonrisa—. Al enfrentar nuestros miedos y aceptar nuestras diferencias, hemos pasado la prueba final. La Rosa Cartesiana nos ha guiado hasta aquí porque ya estamos listos para comprenderla.

Hugo y Doroty intercambiaron una mirada, y sin decir una palabra más, se acercaron a la Rosa junto a Oscar. Los tres rodearon la flor, y entonces, algo extraordinario sucedió.

La Rosa Cartesiana comenzó a brillar intensamente, su luz dorada llenando el prado por completo. Los pétalos, que antes parecían simples partes de una flor, comenzaron a moverse, a girar lentamente alrededor de la Rosa, formando un círculo perfecto de luz. El viento se levantó, suave pero cargado de energía, y de repente, todo cobró sentido.

—La unidad... —murmuró Hugo, sintiendo cómo la luz lo envolvía—. Todo está conectado.

Oscar y Doroty también lo sintieron. No era solo una lección abstracta, sino algo que podían sentir en lo más profundo de su ser. Las verdades que habían descubierto en su viaje ahora se manifestaban de una manera clara e innegable. La Rosa Cartesiana no solo les había enseñado sobre el mundo, sino sobre ellos mismos. La verdadera armonía solo se alcanzaba cuando aceptaban todo lo que eran, lo bueno y lo malo, y aprendían a encontrar equilibrio en ello.

De repente, la luz comenzó a disiparse lentamente, y la Rosa volvió a su forma original, quieta y tranquila en el centro del prado. Todo estaba en paz.

—Entonces... eso es todo —dijo Doroty en un susurro, aún conmovida por la experiencia—. Ya lo entendemos.

—Sí —respondió Oscar, respirando hondo—. Hemos aprendido la lección más importante: no es solo el conocimiento lo que buscamos, sino la sabiduría para aplicarlo.

Hugo sonrió suavemente, asintiendo. Finalmente comprendía lo que su tío había estado tratando de decirles todo ese tiempo. La Rosa Cartesiana no era algo que pudiera poseerse o controlarse. Era una representación de la vida misma, de las lecciones que aprendían cada día, de los errores que cometían y las formas en que crecían a partir de ellos.

—¿Y ahora? —preguntó Hugo, sintiendo una mezcla de alivio y nostalgia. Habían llegado al final de su viaje, pero también sabía que, de alguna manera, ese final era solo un nuevo comienzo.

Oscar se acercó a Hugo y puso una mano en su hombro.

—Ahora regresamos —dijo con una sonrisa—. Llevamos con nosotros todo lo que hemos aprendido, y con eso, estamos listos para enfrentar cualquier cosa que venga.

Doroty asintió, con una expresión de satisfacción y paz en su rostro. Sabía que este viaje no solo había sido una búsqueda externa, sino un viaje interno, uno que la había cambiado para siempre.

Los tres se dieron la vuelta, dejando atrás la Rosa Cartesiana, pero sabiendo que su lección los acompañaría siempre. Comenzaron a caminar de vuelta por el sendero que los había llevado hasta allí, el cielo despejado sobre ellos y el futuro abierto y brillante.

Mientras caminaban, Hugo miró a su alrededor y se dio cuenta de algo importante. Todo lo que habían pasado, cada desafío, cada miedo, cada momento de duda, los había preparado para entender que el verdadero poder no estaba en la Rosa, sino en ellos mismos. Y con ese entendimiento, supo que, pase lo que pase, estaban listos para cualquier cosa que la vida les ofreciera.

El viento soplaba suavemente a su alrededor, como una despedida, pero también como una bienvenida a una nueva etapa. Y así, con el corazón lleno de gratitud y conocimiento, Hugo, Doroty y Oscar

comenzaron su viaje de regreso a casa, sabiendo que, aunque su búsqueda había terminado, el verdadero viaje apenas comenzaba.

La docencia es una de las vocaciones más nobles que puede abrazar un ser humano, no solo por su papel en la transmisión de conocimientos, sino por su capacidad para moldear el futuro. A través de la enseñanza, un docente se convierte en un faro de luz, guiando a sus estudiantes a través de la oscuridad de la ignorancia y la confusión. En cada aula, se siembra una semilla de curiosidad, un deseo de explorar, cuestionar y entender el mundo. Este acto de encender la chispa del conocimiento no solo afecta a las jóvenes mentes en el momento presente, sino que también tiene repercusiones que se extienden a lo largo de toda la vida. Cada estudiante que se siente inspirado por un educador lleva consigo esa luz, convirtiéndose en un embajador del aprendizaje y el cambio en su comunidad.

La importancia de la docencia va más allá de la mera transmisión de contenido académico. En el aula, los educadores crean un espacio donde se cultivan no solo las habilidades intelectuales, sino también los valores fundamentales que sostienen nuestra sociedad. El respeto, la integridad, la responsabilidad y la empatía son enseñanzas que trascienden las lecciones de matemáticas o literatura. Al promover un ambiente en el que se valoran estos principios, los docentes forman ciudadanos más conscientes y comprometidos. Estos estudiantes, al entrar en la vida adulta, llevan consigo un sentido de responsabilidad social que influye en su comportamiento y en sus decisiones, generando un efecto multiplicador en sus comunidades y más allá.

Además, los docentes juegan un papel crucial en la formación de la identidad de sus estudiantes. A medida que los jóvenes enfrentan desafíos en su camino hacia la madurez, encuentran en sus educadores figuras de apoyo que les ofrecen orientación y consejo. Los docentes no solo son transmisores de conocimiento; son mentores que ayudan a dar forma a la visión que los estudiantes tienen de sí mismos y de sus capacidades. Cuando un educador cree en las potencialidades de un estudiante, puede transformar su percepción de lo que es posible, inspirando a aquellos que podrían haber perdido la esperanza en sí mismos. Esta relación mentor-

aprendiz es a menudo la base sobre la cual se construyen carreras exitosas y vidas plenas.

En el contexto actual, donde el cambio es la única constante, la docencia se enfrenta a nuevos desafíos que requieren de flexibilidad y creatividad. Los educadores no solo deben adaptarse a nuevas tecnologías y métodos de enseñanza, sino que también deben estar atentos a las necesidades emocionales y sociales de sus estudiantes. La salud mental y el bienestar son aspectos fundamentales que un docente debe considerar al abordar el proceso educativo. Crear un entorno de aprendizaje inclusivo y comprensivo es esencial para que todos los estudiantes se sientan valorados y motivados para participar. Así, la labor docente se convierte en un acto de amor y compromiso hacia el desarrollo integral de cada estudiante.

El legado de un docente se mide no solo en términos de éxitos académicos, sino en la huella que deja en el corazón de sus estudiantes. Muchos años después de haber dejado el aula, los alumnos recuerdan a aquellos educadores que marcaron sus vidas, quienes les ofrecieron apoyo incondicional y les hicieron creer en sus sueños. Estos recuerdos perduran y forman parte de la identidad de una persona, convirtiéndose en las bases sobre las cuales construyen su futuro. La enseñanza es, por tanto, una inversión en la humanidad, una siembra que florece en múltiples direcciones, enriqueciendo a la sociedad en su conjunto.

Finalmente, es fundamental reconocer que ser docente es un viaje continuo de aprendizaje y crecimiento. Cada día trae consigo la oportunidad de descubrir algo nuevo, tanto sobre el mundo como sobre uno mismo. Los educadores que están dispuestos a reflexionar sobre sus prácticas, a aceptar críticas y a buscar la mejora continua, no solo se benefician a sí mismos, sino que también elevan el estándar de la enseñanza. La verdadera grandeza de la docencia radica en este compromiso inquebrantable con la auto-mejora y la dedicación hacia el bienestar de sus estudiantes. En este viaje, cada docente se convierte en un agente de cambio, un arquitecto de futuros brillantes, y un testigo del poder transformador de la educación.

Reflexión Texto Paralelo Uno: Hugo y la Rosa Cartesiana

El primer texto paralelo nos ha permitido comprender la enseñanza universitaria desde una perspectiva más profunda, mostrando a Hugo como una representación del estudiante enfrentando las primeras dificultades del aprendizaje académico. A través de su viaje, observamos cómo la educación no es un simple acto de transmisión de conocimientos, sino un proceso de descubrimiento constante que requiere orientación, paciencia y esfuerzo. Esta historia resalta el papel fundamental de la mediación pedagógica, pues sin ella, Hugo habría quedado atrapado en sus propias limitaciones sin encontrar el camino adecuado para avanzar.

Además, este texto nos invita a reflexionar sobre el rol del docente como mediador del conocimiento. En muchas ocasiones, los estudiantes llegan a la universidad con grandes expectativas, pero también con inseguridades y temores frente a lo desconocido. El personaje de Hugo simboliza esa incertidumbre inicial y la manera en que la enseñanza puede transformar la perspectiva del aprendizaje. No se trata solo de recibir información, sino de saber utilizarla, cuestionarla y aplicarla en distintos contextos.

Por otro lado, el relato también nos recuerda que el aprendizaje no es un proceso lineal ni uniforme para todos. Cada estudiante tiene su propio ritmo, sus propias estrategias y sus propios desafíos. La historia de Hugo evidencia la importancia de la personalización en la enseñanza y la necesidad de adaptar las metodologías a las realidades de los estudiantes. La mediación pedagógica cumple aquí un rol clave, pues permite que cada individuo encuentre su propia manera de construir el conocimiento de manera significativa.

Finalmente, este primer texto paralelo nos deja una lección fundamental: el aprendizaje es un proceso en el que la persistencia y la reflexión juegan un papel esencial. No se trata solo de llegar a un destino, sino de valorar cada paso del camino, aprender de los errores y reconocer el esfuerzo como parte del crecimiento académico. La historia de Hugo nos muestra que, con el apoyo adecuado y la motivación suficiente, cualquier obstáculo puede ser superado, lo que refuerza la importancia de una educación basada en la mediación y el acompañamiento constante.

Segunda Parte

El Aprendizaje en la Universidad

En la segunda historia, Hugo continúa su viaje, esta vez enfrentando desafíos más complejos que requieren una mayor autonomía y un pensamiento crítico más desarrollado. Este texto refleja la transición hacia un aprendizaje más activo y autónomo, donde el estudiante asume un rol protagónico en su formación. La narrativa muestra cómo Hugo debe tomar decisiones informadas, interpretar la información y construir su propio conocimiento, elementos esenciales en la educación universitaria. Aquí se refuerza la importancia de la mediación pedagógica como un recurso que permite que el aprendizaje trascienda la simple recepción de información para convertirse en un proceso de transformación personal. La historia nos recuerda que el aprendizaje es una experiencia dinámica, llena de incertidumbres y descubrimientos, y que la motivación y la perseverancia son clave para avanzar en el camino del conocimiento..

Capítulo Uno

Las Voces del Silencio

La ética docente es el fundamento de una educación transformadora. Ser maestro no es simplemente transmitir conocimiento; es también guiar con el ejemplo, fomentar valores y construir un ambiente donde los estudiantes se sientan seguros para aprender y crecer. La responsabilidad ética implica ser consciente del impacto que cada palabra y acción tiene en la vida de los alumnos, reconociendo que la enseñanza va más allá de los libros y las lecciones.

En este primer paso del viaje, se explora la necesidad de escuchar, no solo con los oídos, sino también con el corazón. Un maestro ético sabe que cada estudiante tiene una voz que merece ser escuchada, aunque a veces esté oculta tras el silencio. Esta capacidad de escuchar es la base para construir una conexión genuina y significativa.

La brisa matutina se deslizaba por las calles del pueblo, acompañada por el murmullo de la vida cotidiana. Hugo, ahora reconocido como el joven que había logrado encontrar la Rosa Cartesiana, vivía entre el respeto de sus vecinos y las expectativas que pesaban sobre él. Pero lo que nadie sabía,

ni siquiera él mismo, era que aquella búsqueda había despertado en su interior un anhelo diferente: la voluntad de enseñar.

Aquella mañana, mientras preparaba su café, su tía Glenda entró en la cocina con una sonrisa en el rostro. A pesar de los estragos que los años y los eventos recientes habían dejado en la familia, ella siempre encontraba la manera de iluminar el ambiente.

—Hugo, ¿no deberías estar en la escuela ya? —preguntó, mientras colocaba pan fresco sobre la mesa.

—Estoy revisando algunas notas —respondió él, mostrando un cuaderno garabateado con ideas para sus lecciones. —Es mi primer día como maestro oficial.

Glenda rápidamente llenó una taza de café y se la colocó delante.

—No te preocupes tanto, muchacho. La mejor lección no está en esos papeles. La llevarás en el corazón.

Hugo sonrió. Sus palabras le recordaron las virtudes que había recolectado junto a Óscar y Doroty, y cómo había aprendido que enseñar era más que transmitir conocimiento: era conectar.

El camino a la escuela no era largo, pero Hugo lo recorrió con paso tranquilo, saludando a los vecinos que lo reconocían. El edificio, pequeño y algo desvencijado, había sido un pilar del pueblo durante generaciones. A la entrada, un grupo de niños esperaba con mochilas desgastadas y miradas curiosas. Algunos cuchicheaban entre ellos, observándolo con cierta timidez.

Al cruzar la puerta del aula, Hugo respiró profundamente. Las paredes estaban decoradas con mapas y dibujos antiguos, y el aire olía a tiza y madera gastada. Aquí comenzaría una nueva etapa, pensó. Con energía renovada, se presentó a sus estudiantes, quienes respondieron con risas nerviosas y murmullos.

—Hoy no voy a pedirles que saquen sus cuadernos —anunció, caminando entre las filas de pupitres. —Quiero conocerlos, saber qué les gusta y qué sueñan. ¿Qué opinan?

Uno de los niños levantó la mano, inseguro.

—¿Entonces no va a haber tarea?

Hugo sonrió ampliamente.

—No por ahora. Pero habrá preguntas, muchas preguntas.

La sesión transcurrió entre risas y pequeñas historias compartidas. Hugo sintió cómo el aula cobraba vida, y cómo, al escucharlos, comenzaba a construir un puente entre ellos. Sin embargo, mientras los niños recogían sus cosas al final de la clase, una sombra cruzó la puerta.

Era una mujer de mirada cansada y ropas modestas, que sujetaba una carta con manos temblorosas.

—Disculpe, maestro —dijo, con voz baja. —Esto llegó esta mañana. Estaba dirigida a usted.

Hugo tomó el sobre, sintiendo un peso extraño al tocarlo. La carta estaba escrita con tinta oscura, y las palabras parecían bailar sobre el papel:

“Las Voces del Silencio necesitan ser escuchadas. Encuentra la Torre de los Ecos Perdidos.”

El mensaje era breve, pero lleno de misterio. Hugo intentó preguntar algo más, pero la mujer había desaparecido antes de que pudiera articular una palabra.

Esa noche, sentado en su pequeña habitación, Hugo observaba la carta bajo la tenue luz de una lámpara. Sus pensamientos lo llevaron a su última aventura, al viaje que había cambiado su vida para siempre. El mensaje evocaba un eco similar al de la Rosa Cartesiana, pero también sentía que esto era distinto. Más íntimo. Más oscuro.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Óscar desde el umbral, entrando con una taza de té en la mano.

Hugo le pasó la carta sin decir nada. Su tío la leyó en silencio, y cuando terminó, sus ojos reflejaban una mezcla de preocupación y curiosidad.

—La Torre de los Ecos Perdidos ... —dijo, devolviendo la carta. —Es una leyenda antigua, pero todo mito tiene algo de verdad. ¿Estás pensando en ir?

Hugo no respondió de inmediato. Miró por la ventana, hacia la oscuridad del bosque que se extendía más allá del pueblo.

—Creo que no tengo opción —respondió finalmente.

Óscar suspiró, dejando la taza sobre la mesa.

—Si decides hacerlo, recuerda esto: un maestro no solo busca respuestas para sí mismo, sino también para quienes dependen de él. Sea lo que sea que encuentres allí, que sea para el bien de todos.

El amanecer lo encontró con una mochila ligera y el corazón inquieto. Hugo partió hacia el bosque, con la carta como su única guía y la sensación de que, una vez más, el destino lo llamaba a descubrir algo que cambiaría no solo su vida, sino la de muchos otros.

El sendero hacia el bosque de las Sombras Dobladas era tranquilo, pero a medida que Hugo avanzaba, el aire comenzó a tornarse más pesado, y los sonidos de la naturaleza parecieron desvanecerse. Había algo antinatural en la quietud que lo rodeaba, algo que le hizo recordar las pruebas a las que se enfrentó durante su búsqueda de la Rosa Cartesiana.

A cada paso, los árboles parecían inclinarse más, formando arcos que bloqueaban parcialmente la luz de la mañana. Hugo consultó la carta una vez más, buscando alguna pista que le indicara que iba por el camino correcto. Las palabras “Torre de los Ecos Perdidos” resonaban en su mente como un eco constante.

De repente, se detuvo. Frente a él, un claro iluminado por una luz extraña reveló la base de una estructura que parecía emerger del suelo mismo. La torre, construida con piedra negra, se alzaba imponente contra el cielo. Sus muros estaban cubiertos de inscripciones que parecían cambiar de forma cuando intentaba descifrarlas.

Hugo sintió una mezcla de miedo y fascinación mientras avanzaba hacia la puerta principal. La madera vieja, reforzada con clavos oxidados, se abrió con un crujido cuando la empujó. Dentro, el aire era frío y seco, y un eco lejano parecía invitarlo a continuar.

Las paredes del interior estaban decoradas con espejos antiguos, cada uno reflejando no solo su imagen, sino también fragmentos de recuerdos y

emociones que le resultaban familiares. Al llegar al centro de la sala principal, una voz profunda resonó en la habitación:

—Bienvenido, Hugo. Has venido buscando respuestas, pero primero debes enfrentar las Voces del Silencio.”

La tensión en el ambiente creció mientras el eco de la voz llenaba el espacio. Hugo, decidido, dio un paso adelante, sabiendo que este era solo el comienzo de una nueva travesía, una que pondría a prueba no solo su valentía, sino también su corazón como maestro.

Hugo respiró hondo, dejando que el silencio pesado de la torre se asentara en sus pensamientos. La voz, aunque profunda y resonante, tenía un tono que no parecía del todo amenazante, sino inquisitivo. Dio unos pasos más y, en ese momento, los espejos comenzaron a parpadear con una luz tenue, como si algo se estuviera preparando para manifestarse.

Cada reflejo parecía más vivo que el anterior. No eran solo imágenes estáticas, sino fragmentos de momentos pasados, desdibujados y entrecortados, que bailaban entre la confusión y la claridad. En uno, Hugo se vio a sí mismo, más joven, intentando resolver un problema matemático frente a un maestro que lo ignoraba por completo. En otro, estaba sentado junto a Doroty, intentando calmarla después de un fracaso en su viaje anterior.

El eco de la voz volvió a llenarlo todo:

—Cada uno de nosotros es una suma de las voces que nos han guiado. Algunas, claras y alentadoras; otras, frías y ausentes. Maestro, ¿qué voces guían tu camino?

Hugo, sin comprender del todo lo que la voz quería, trató de formular una respuesta, pero las palabras se le atascaban en la garganta. Antes de que pudiera hablar, una de las paredes de la torre se transformó, proyectando una escena completamente distinta.

Era un aula. Pero no una cualquiera: era la suya. Reconoció a los niños que había conocido esa misma mañana, sus rostros llenos de curiosidad y expectación. Pero algo era distinto. Sus voces eran apenas susurros, incompletos, como si no pudieran ser escuchados. Uno de los niños

levantaba la mano, pero Hugo, en esta proyección, no lo veía. Otro escribía algo en una hoja y la arrugaba, tirándola al suelo sin que nadie lo notara.

La voz intervino de nuevo, más baja esta vez:

—Educar no es hablar. Educar es escuchar. Mira a quienes confían en ti y responde, no con palabras, sino con tus actos.

Hugo sintió una punzada en el pecho. Las imágenes desaparecieron y el silencio lo envolvió otra vez. En ese momento, entendió que no estaba solo en esa torre. Algo se movía más adelante, más profundo en la oscuridad. Una figura pequeña, encorvada, apareció junto a un espejo al otro lado de la sala.

—¿Quién está ahí? —preguntó Hugo con voz firme.

La figura alzó la cabeza y, aunque la luz era tenue, Hugo pudo distinguir los ojos brillantes de un anciano. Llevaba una túnica desgastada y un bastón que golpeaba el suelo con cada paso.

—Has venido a escuchar las voces —dijo el anciano, su tono calmado pero cargado de significado. —Eso es bueno. Pero dime, ¿sabes siquiera qué buscas aquí?

Hugo dudó.

—No lo sé con certeza. Esta carta... esta torre... Creo que hay algo aquí que debo aprender, algo que necesito llevar a mis alumnos.

El anciano lo miró en silencio por un largo momento antes de asentir.

—Entonces camina conmigo. Las respuestas no se encuentran en el final del camino, sino en cada paso que das.

Hugo siguió al anciano a través de un pasillo angosto que parecía extenderse infinitamente. En las paredes, sombras danzaban y formaban figuras: niños aprendiendo, maestros guiando, pero también escenas de castigo y desesperanza. Hugo sintió cómo cada imagen se clavaba en su pecho, recordándole que no todo aprendizaje es positivo, que las lecciones pueden tanto construir como destruir.

Finalmente, llegaron a una sala aún más grande, en cuyo centro había un círculo de espejos que reflejaban el mismo pedestal. Encima de este, una campana dorada brillaba con una luz cálida.

—Esa campana solo suena cuando el silencio se rompe —dijo el anciano.
—Pero cuidado, no todo sonido llena los vacíos correctos.

Hugo miró la campana, sintiendo un peso invisible que le impedía acercarse. Supo entonces que la verdadera prueba estaba por comenzar.

Hugo avanzó lentamente, sintiendo cómo cada paso resonaba en el suelo de piedra de la torre. La luz en el centro de la sala principal fluctuaba, como si fuera una llama viva, proyectando sombras largas y distorsionadas que se movían a su alrededor. El eco de la voz, aunque ya había callado, parecía haber dejado una vibración en el aire, cargándolo de expectativas.

A medida que observaba los espejos que lo rodeaban, Hugo notó algo peculiar: cada reflejo mostraba escenas de aulas, maestros y estudiantes. Algunos enseñaban con paciencia, otros con severidad, pero en todos los casos, los alumnos reaccionaban de maneras muy diferentes. En un espejo, un niño lloraba en silencio mientras el maestro lo ignoraba; en otro, una maestra sonreía al ver a un estudiante superar un obstáculo que parecía imposible.

La voz profunda volvió, esta vez más cerca:

—El silencio no siempre significa ausencia de palabras. A veces, es el grito de aquellos que no se atreven a hablar.

Hugo sintió un nudo en el pecho. La frase lo golpeó con fuerza, recordándole a los estudiantes en su aula que habían permanecido callados ese primer día. ¿Cuántos de ellos habrían querido decir algo pero se contuvieron?

—¿Cómo puedo escucharlos si no hablan? —preguntó en voz alta, sabiendo que no estaba solo.

La voz respondió con calma:

—El silencio no necesita palabras, solo atención. Mira. Aprende. Y actúa.

De repente, el suelo comenzó a vibrar y una serie de imágenes inundaron los espejos. Esta vez, las escenas lo involucraban directamente. Se vio a sí mismo de pie frente a un grupo de estudiantes, explicando algo con entusiasmo, pero sin darse cuenta de que algunos lo miraban con confusión. En otra imagen, estaba regañando a un niño por no prestar atención, sin notar que este escondía un cuaderno lleno de dibujos.

Hugo bajó la mirada, abrumado por la culpa. Quería decir que no era intencional, que siempre había tratado de hacer lo mejor posible, pero las imágenes no se detenían. En una última proyección, se vio sentado en su escritorio, absorto en sus notas, mientras un estudiante levantaba la mano sin que él lo notara.

La voz habló una vez más:

—Un maestro no solo enseña con palabras. También enseña con su presencia, con su empatía y con su capacidad de mirar más allá de lo evidente. Hugo, si deseas seguir adelante, debes demostrar que puedes escuchar incluso en el más profundo de los silencios.

En ese momento, una de las paredes de la sala se abrió lentamente, revelando un pasillo estrecho y oscuro que parecía no tener fin. Hugo tragó saliva y avanzó, sabiendo que lo que le esperaba más allá sería una prueba no solo de su valentía, sino también de su capacidad para ser el maestro que siempre había aspirado a ser.

Capítulo Dos

Ecos

Enseñar no solo es un acto intelectual; es una responsabilidad moral. Los maestros deben cultivar en sus estudiantes no solo habilidades académicas, sino también valores que los preparen para enfrentar los desafíos del mundo. La ética docente demanda un equilibrio entre autoridad y compasión, asegurándose de que el aula sea un espacio de aprendizaje y crecimiento mutuo.

La importancia de la ética en la enseñanza radica en su capacidad para transformar. Los maestros son modelos de comportamiento, y su actitud hacia los retos, los errores y las diferencias individuales influye profundamente en sus alumnos. A través de la ética, el maestro guía a los estudiantes para que desarrollen un sentido de responsabilidad y respeto por ellos mismos y por los demás.

La oscuridad dentro de la torre no era completa; pequeñas luces titilaban en los bordes de los espejos, como si una mínima energía latiera en su interior. Hugo avanzó lentamente, sintiendo que cada uno de sus pasos lo

adentraba más en un mundo diferente, un espacio entre lo tangible y lo soñado.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, pero su voz sonó diminuta, tragada por la inmensidad del eco que resonaba en la torre. Las palabras de Hugo parecieron desaparecer, absorbidas por los espejos que lo rodeaban. Sin embargo, no quedó sin respuesta. Una voz lejana, profunda y arrulladora, rompió el silencio:

—No es lo que yo quiero de ti, Hugo. Es lo que tú necesitas aprender.

Los espejos comenzaron a brillar con mayor intensidad, reflejando no solo a Hugo, sino múltiples versiones de él mismo. Cada reflejo mostraba una escena diferente: en uno, estaba frente a una clase llena de estudiantes atentos y felices; en otro, se veía frustrado, incapaz de captar la atención de un grupo que lo ignoraba; y en un tercero, Hugo estaba solo, en un aula vacía, su voz resonando en el vacío.

—Cada uno de estos reflejos representa un maestro —continuó la voz—. Uno que inspira, uno que fracasa y uno que ha olvidado su propósito. ¿Cuál de ellos eres tú?

Hugo apretó los puños, resistiendo el impulso de apartar la mirada de los espejos. Sentía que la pregunta iba más allá de una simple provocación; era un desafío a su identidad como docente y como persona. Dio un paso adelante, acercándose al espejo central, donde su reflejo parecía llamarlo.

—Soy el que aún está aprendiendo —respondió con firmeza. —Sé que no soy perfecto, pero quiero ser el maestro que mis estudiantes necesitan.

La sala se llenó de un leve murmullo, como si la torre misma susurrara entre sus paredes. Los espejos comenzaron a cambiar de nuevo, mostrando imágenes que se movían rápidamente: estudiantes levantando la mano, riendo, llorando, pero también maestros rígidos, indiferentes y autoritarios. Cada escena parecía una lección en sí misma.

La voz volvió, esta vez más cercana y personal:

—Un buen maestro no enseña desde un pedestal, Hugo. Enseña desde el corazón. Pero el corazón debe estar en sintonía con la mente. Hoy aprenderás que la ética de enseñar no está en tus métodos, sino en tus intenciones.

Hugo sintió una vibración bajo sus pies, y la sala comenzó a transformarse. Las paredes se separaron, y el suelo se dividió en plataformas flotantes, cada una con un espejo en su centro. Un camino sinuoso se desplegó frente a él, guiándolo hacia una luz al final del pasillo.

Sin dudar, comenzó a avanzar. Cada plataforma que cruzaba lo hacía enfrentarse a un espejo diferente, cada uno mostrando situaciones reales que había vivido o que aún temía enfrentar. En una, vio a un estudiante llorando después de que Hugo lo reprendiera duramente. En otra, vio a un niño distraído, que él había ignorado porque no sabía cómo captar su atención.

—Tienes miedo de equivocarte —dijo la voz, ahora resonando desde todas partes. —Ese miedo es natural, pero no puede controlarte. Aprende de tus errores, Hugo. No evites el silencio; llénalo con acciones significativas.

Hugo llegó a una plataforma más amplia, donde una figura alta y encapuchada lo esperaba junto a un espejo que parecía pulsar con vida. La figura alzó una mano, señalándolo.

—Tu prueba final está aquí —dijo, mientras el espejo comenzaba a brillar intensamente. —Atrévete a mirarte por completo. Atrévete a aceptar quién eres y lo que puedes llegar a ser.

Hugo tragó saliva y dio un paso al frente, dispuesto a enfrentarse a sí mismo y a las lecciones que lo aguardaban.

El vacío que parecía expandirse a su alrededor. Los espejos comenzaron a reflejar no solo su imagen, sino también figuras que le eran familiares: sus estudiantes, su tía Glenda, incluso su tío Óscar. Pero había algo extraño en sus rostros, como si quisieran hablar, pero estuvieran atrapados en un silencio perpetuo.

De uno de los espejos emergió una nueva voz, esta vez más clara y urgente:

—¿Escuchas, maestro? ¿Puedes oír más allá de lo que se dice?

Hugo frunció el ceño, dando un paso hacia el espejo más cercano. En él, vio a uno de sus estudiantes de esa mañana, un niño de cabello despeinado que había evitado su mirada durante toda la clase. En el reflejo, el niño sostenía un dibujo arrugado, mirándolo con una mezcla de

esperanza y temor. Hugo recordó haber visto cómo escondía algo en su mochila, pero no había prestado atención en ese momento.

La voz continuó:

—Cada decisión que tomas en el aula deja un eco. Algunos resuenan con claridad, otros se pierden en la confusión. ¿Qué eco deseas dejar en quienes confían en ti?

El suelo comenzó a vibrar suavemente, y las luces de los espejos se intensificaron. Hugo giró, intentando encontrar la fuente de las palabras, pero todo a su alrededor parecía vivo y en movimiento. Las imágenes en los espejos cambiaban rápidamente, mostrando momentos de su vida reciente como maestro: risas, miradas curiosas, pero también rostros apagados y manos que nunca se levantaron para preguntar.

—Quiero ser mejor —dijo Hugo, casi en un susurro. —Quiero que mis acciones tengan sentido, que cada estudiante sepa que estoy allí para ellos.

El eco de sus palabras pareció encender algo en la torre. Los espejos comenzaron a reconfigurarse, formando un camino que llevaba a una puerta dorada al otro lado de la sala. La voz, ahora más suave, le dio una instrucción clara:

—Para abrir esa puerta, debes aceptar los ecos que has dejado y los que aún estás por crear. Mira bien. Aprende. Y actúa.

Hugo avanzó, deteniéndose frente a cada espejo que lo guiaba hacia la puerta. En uno de ellos, vio su primer día como maestro, cuando intentó imponer su autoridad y perdió la confianza de un grupo de estudiantes. En otro, recordó una conversación con Óscar, quien le había aconsejado que nunca dejara de observar las pequeñas señales en cada niño.

Cada reflejo era una lección, una pieza de un rompecabezas que parecía ser él mismo. Cuando llegó a la puerta dorada, sus manos temblaban. La empujó con cuidado, y un resplandor cálido lo envolvió al cruzar al otro lado.

La sala siguiente era completamente diferente. En lugar de espejos, había murales en las paredes, pintados con colores vivos y escenas de maestros

y estudiantes en armonía. En el centro, una fuente emanaba un agua cristalina que reflejaba una luz cálida, como si fuera un sol en miniatura.

Hugo se acercó a la fuente, sintiendo una paz que contrastaba con la intensidad de la sala anterior. Cuando se inclinó para tocar el agua, la voz volvió a hablar:

—El maestro que deseas ser no está en los libros que lees ni en los métodos que aprendes. Está en tu capacidad de escuchar, de adaptarte, y de guiar con el corazón.

El agua comenzó a formar palabras, ondulando suavemente:

“Educar no es imponer, es inspirar.”

Hugo cerró los ojos, dejando que la frase se asentara en su mente. Sabía que aún tenía mucho que aprender, pero en ese momento, sintió que estaba en el camino correcto.

La torre lo había llevado a enfrentarse a sí mismo, a sus miedos y dudas. Y aunque el viaje apenas comenzaba, Hugo entendió que cada paso era tan importante como el destino final.

Las palabras de Hugo no obtuvieron una respuesta inmediata, pero la torre misma pareció reaccionar. Los espejos comenzaron a emitir un brillo suave, y un murmullo sutil llenó el aire, como si voces distantes estuvieran conversando en secreto.

De repente, un espejo a su izquierda proyectó una imagen. Hugo se detuvo, perplejo al reconocerse en la escena: era su aula, y él estaba allí, parado frente a sus estudiantes, explicando algo con entusiasmo. Sin embargo, al observar más de cerca, notó algo extraño. Uno de los niños, sentado al fondo, mantenía la cabeza baja, dibujando algo en su cuaderno en lugar de prestar atención.

La voz de la torre resonó de nuevo, firme pero sin hostilidad:

—Educar no es hablar, es escuchar. ¿Te diste cuenta de ese silencio?

Hugo se acercó al espejo, tocándolo con la punta de los dedos. La imagen cambió de repente, mostrando otra escena. Esta vez era un recuerdo de su infancia: él, sentado en un pupitre, tratando de entender un problema

matemático mientras su maestro lo ignoraba. Hugo recordaba claramente cómo había sentido que su voz no importaba.

—¿Cómo podría? —murmuró, sintiendo una punzada en el pecho.

La voz continuó, más cercana ahora:

—Cada maestro deja un eco. Algunos resuenan con claridad, alentando a quienes los escuchan. Otros se pierden, silenciando a aquellos que desean hablar. ¿Qué tipo de eco deseas ser, Hugo?

Las luces de los espejos titilaron al unísono, y el suelo bajo sus pies comenzó a temblar. La sala se transformó de nuevo, las paredes estirándose hasta desaparecer, dejando a Hugo en un vasto vacío lleno de plataformas flotantes, cada una iluminada por un espejo distinto. Una luz al final del pasillo parecía marcar un destino, pero las plataformas formaban un camino sinuoso y complejo.

—Para avanzar, debes enfrentarte a cada uno de tus ecos —dijo la voz. — No todos serán agradables. Algunos te harán dudar de ti mismo, pero si escuchas con atención, aprenderás.

Hugo tragó saliva y avanzó hacia la primera plataforma. Al llegar, el espejo proyectó una escena de su aula reciente. Esta vez, veía a un estudiante levantar la mano mientras él estaba inmerso en su explicación, sin darse cuenta de que el niño intentaba intervenir. Hugo sintió un nudo en la garganta; recordaba ese momento.

—Lo ignoré —susurró para sí mismo.

La voz respondió de inmediato:

—Cada momento perdido deja un vacío. ¿Cómo llenarás el próximo?

La plataforma brilló, y el camino hacia el siguiente espejo se iluminó. Hugo continuó, enfrentándose a más reflejos de su vida como maestro. En uno, reprendía a un niño por no haber hecho su tarea, sin darse cuenta de las lágrimas que este trataba de esconder. En otro, un estudiante que siempre parecía distraído dibujaba en su cuaderno, mientras Hugo pensaba que simplemente no le interesaba la lección.

—¿Por qué no lo vi? —preguntó, frustrado consigo mismo.

—Porque no mirabas más allá de lo evidente —dijo la voz. —Educar no es imponer. Es comprender.

Finalmente, Hugo llegó a una plataforma más grande que las demás. En su centro había un espejo diferente: este no reflejaba una imagen, sino un vacío oscuro, como si esperara que él llenara ese espacio con algo.

—Esta es tu prueba final —anunció la voz. —Para continuar, debes responder una pregunta: ¿Qué tipo de maestro deseas ser?

Hugo cerró los ojos, dejando que los recuerdos de su vida, sus errores y sus aprendizajes lo llenaran. Pensó en su primer día en el aula, en las risas y los silencios, en los estudiantes que habían intentado conectarse con él y a quienes había fallado en escuchar.

Finalmente, abrió los ojos y habló, con una voz clara y decidida:

—Quiero ser el maestro que inspira a sus estudiantes a hablar, a soñar y a creer en sí mismos. Quiero que cada uno de ellos sepa que su voz importa.

El espejo comenzó a brillar con una luz cálida, y el vacío que mostraba se llenó con imágenes de un aula iluminada, estudiantes sonriendo y aprendiendo juntos. Hugo sintió una paz inesperada al ver esa visión, como si fuera una promesa de lo que podía lograr.

La luz en la sala se intensificó, y la plataforma lo llevó hacia adelante, acercándolo a la luz al final del pasillo. Hugo sabía que aún quedaban pruebas por delante, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía que estaba listo para enfrentarlas.

Hugo avanzó hacia la luz que se derramaba desde el final del pasillo. A medida que se acercaba, el espacio se transformaba de nuevo. El brillo intenso se suavizó hasta convertirse en el resplandor de una sala completamente distinta. Era amplia, con techos altos que parecían extenderse hacia el infinito, y estaba decorada con vitrales que proyectaban patrones caleidoscópicos en el suelo de mármol.

En el centro de la sala había una mesa circular, rodeada de sillas vacías. Sobre la mesa descansaba un objeto que parecía brillar con vida propia: una pluma de oro delicadamente tallada. Al verla, Hugo sintió un extraño tirón en su pecho, como si algo en él reconociera la importancia de aquella pluma.

De las sombras emergió una figura que no había esperado encontrar: el anciano que había guiado a Hugo en la torre de los Ecos Perdidos se encontraba allí, sentado en una de las sillas. Parecía más sólido ahora, más presente, y sus ojos brillaban con una intensidad que le resultaba casi hipnótica.

—Llegaste al corazón de la torre —dijo el anciano, su voz suave pero firme.

—Pero tu viaje no ha terminado.

Hugo se acercó con cautela, manteniendo la mirada fija en la pluma.

—¿Qué es eso?

El anciano asintió hacia la pluma.

—Es un símbolo, pero también una herramienta. Representa el poder que tiene un maestro: la capacidad de escribir no solo palabras, sino historias completas en las vidas de quienes enseña.

Hugo frunció el ceño, confundido.

—¿Y qué debo hacer con ella?

El anciano se inclinó hacia adelante, apoyando las manos en la mesa.

—Eso depende de ti. Puedes tomarla y usarla para inspirar, guiar y transformar. Pero la pluma no te permitirá hacerlo a menos que entiendas el peso que conlleva.

Hugo se quedó en silencio, reflexionando. Pensó en todo lo que había visto en los espejos, en los errores que había cometido y las lecciones que había aprendido. No podía negar que el peso de ser un maestro era inmenso, pero también comprendía que ese peso era lo que hacía que el rol fuera tan importante.

—Estoy listo —dijo finalmente, extendiendo la mano hacia la pluma.

El anciano sonrió, pero no de forma complacida. Era una sonrisa cargada de sabiduría y cierta melancolía.

—¿Estás listo? ¿O solo crees que lo estás?

Antes de que Hugo pudiera responder, el anciano chasqueó los dedos, y la sala cambió de nuevo. La mesa, las sillas y la pluma desaparecieron, y Hugo se encontró de pie en un campo abierto, rodeado por niños que corrían, reían y jugaban.

—Bienvenido a tu próxima prueba —dijo la voz del anciano, ahora omnipresente. —Estos niños no son estudiantes comunes. Cada uno lleva consigo un desafío único, una historia que requiere tu comprensión, tu paciencia y tu creatividad. Aprende de ellos, Hugo, y demostrarás que estás listo para tomar la pluma.

Hugo observó a los niños, sintiéndose al principio abrumado. Había tantos, y cada uno parecía tan diferente. Sin embargo, mientras los miraba, comenzó a notar pequeños detalles: un niño dibujaba en la tierra con un palo, otro trataba de construir una torre de piedras, mientras que una niña se sentaba sola, observando el cielo con una expresión pensativa.

Hugo respiró hondo y se acercó al primer niño.

—¿Qué estás dibujando? —preguntó con una sonrisa.

El niño lo miró con desconfianza al principio, pero luego señaló su dibujo. Era un círculo lleno de patrones geométricos intrincados.

—Es un mapa —dijo el niño con timidez.

—¿Un mapa de qué? —preguntó Hugo.

—De un lugar que quiero visitar —respondió el niño. —Pero no sé cómo llegar.

Hugo se agachó junto a él, estudiando el dibujo. Era hermoso en su complejidad, pero también desordenado, como si el niño no supiera exactamente lo que estaba buscando.

—Quizás podamos trabajar juntos en esto —dijo Hugo. —Dime más sobre ese lugar. ¿Cómo es?

El niño comenzó a hablar, y mientras lo hacía, Hugo se dio cuenta de algo: cada uno de los niños en este campo tenía algo que enseñar, algo que compartir. No se trataba solo de lo que él podía enseñarles, sino de lo que podía aprender de ellos.

Mientras avanzaba de niño en niño, ayudando, escuchando y aprendiendo, sintió cómo su comprensión del rol de un maestro cambiaba. No se trataba de impartir lecciones, sino de crear un espacio donde las voces de todos pudieran ser escuchadas.

Finalmente, cuando se acercó a la niña que observaba el cielo, ella lo miró directamente a los ojos.

—¿Por qué quieres ser maestro? —preguntó con una voz clara y directa que lo tomó por sorpresa.

Hugo se quedó en silencio por un momento antes de responder:

—Porque quiero ayudar a los demás a encontrar su propia voz.

La niña sonrió, y en ese instante, todo el campo se desvaneció. Hugo estaba de vuelta en la sala de los vitrales, frente a la mesa circular. Pero esta vez, la pluma ya no era un símbolo distante. Estaba en su mano, cálida y vibrante, como si reconociera que él había pasado la prueba.

La voz del anciano resonó una última vez:

—Has demostrado que entiendes el verdadero significado de enseñar. Pero recuerda, Hugo: cada día será una nueva prueba, y cada estudiante será un nuevo mundo que descubrir.

Hugo asintió, sabiendo que sus desafíos como maestro apenas estaban comenzando.

Capítulo Tres

La Sala de las Preguntas

La ética docente es, ante todo, un compromiso con el bienestar de los estudiantes. Más allá de los contenidos curriculares, ser maestro implica ser mentor, guía y ejemplo. Un docente ético comprende que cada estudiante es único y valora las diferencias como una fortaleza, fomentando un ambiente donde todos puedan brillar.

Un maestro ético también entiende que enseñar no es imponer conocimientos, sino inspirar a los estudiantes a buscar sus propias respuestas. Esto requiere paciencia, humildad y una disposición constante

a aprender junto a ellos. En este viaje, la ética se convierte en el puente que conecta el saber con el ser.

La puerta de madera vieja se cerró tras Hugo con un leve crujido. Al cruzarla, se encontró en una sala diferente a todo lo que había visto antes. Era amplia y circular, con un techo que parecía no tener fin, cubierto de estrellas que titilaban como si fuera un cielo nocturno. En el centro de la sala había un atril, y sobre este descansaba un libro grueso, encuadernado en cuero oscuro.

Hugo se acercó con cautela, observando las paredes que parecían estar grabadas con inscripciones que cambiaban conforme las miraba. Las palabras se formaban y disolvían, dejando apenas rastros de su significado. Cuando llegó al atril, notó que el libro estaba abierto en una página en blanco, pero, antes de que pudiera tocarlo, una voz resonó desde todas partes.

—Hugo, has cruzado el umbral. Aquí se formulan las preguntas que debes responder, no con palabras, sino con tu corazón.

La voz era diferente a la que había escuchado antes, más solemne, casi musical. Las estrellas en el techo comenzaron a moverse, formando constelaciones que parecían entrelazarse en patrones complejos. Hugo sintió cómo el aire a su alrededor se cargaba de una energía extraña, y, de repente, el libro comenzó a llenarse de letras que se dibujaban por sí solas.

—Lee —ordenó la voz.

Hugo bajó la mirada y leyó las palabras que aparecieron:

“Un maestro enfrenta tres desafíos:

Escuchar lo que no se dice.

Enseñar lo que no se sabe.

Inspirar sin imponer.”

Las palabras desaparecieron tan rápido como habían aparecido, y las paredes de la sala comenzaron a brillar. Una serie de escenas se proyectaron a su alrededor: un estudiante que lloraba en silencio frente a una hoja vacía, un maestro que intentaba enseñar una lección pero parecía

hablar solo, y un grupo de estudiantes que trabajaban juntos, sonriendo mientras descubrían algo nuevo.

Hugo trató de comprender el significado de todo aquello, pero antes de que pudiera formular una pregunta, la sala se transformó de nuevo. Ahora estaba de pie en una pequeña aula, no muy diferente a la suya. Pero algo era distinto: el ambiente era pesado, y los estudiantes que lo miraban desde los pupitres parecían esperar algo.

—Este es tu primer desafío —dijo la voz. —Escucha lo que no se dice.

Hugo observó a los estudiantes. No decían nada, pero sus rostros hablaban por ellos: había ansiedad, aburrimiento, e incluso una pizca de rebeldía en sus ojos. Caminó entre las filas de pupitres, tratando de captar algo más. Uno de los estudiantes, sentado al fondo, parecía especialmente inquieto, moviendo un lápiz entre sus dedos sin levantar la vista.

—¿Qué sucede? —preguntó Hugo, inclinándose hacia él.

El estudiante no respondió, pero Hugo notó un cuaderno que estaba parcialmente escondido bajo el pupitre. Lo señaló con suavidad.

—¿Puedo verlo?

El niño dudó, pero finalmente se lo entregó. Al abrirlo, Hugo encontró páginas llenas de dibujos intrincados: mapas, esquemas, e incluso retratos. Cada trazo era meticuloso, lleno de cuidado y detalle.

—Esto es increíble —dijo Hugo con una sonrisa sincera. —¿Por qué no lo compartiste con nosotros?

El niño levantó la mirada por primera vez, sorprendido por la respuesta de Hugo.

—Pensé que no le importaría —respondió en voz baja.

Hugo sintió un peso en el pecho. Este era el tipo de silencio que la voz había mencionado, el que no se percibe si uno no presta atención.

—Claro que importa —dijo Hugo, devolviéndole el cuaderno. —Lo que tienes aquí es algo especial. ¿Por qué no usamos uno de estos mapas para nuestra próxima lección?

El rostro del niño se iluminó, y Hugo sintió que algo en la sala cambiaba. Los demás estudiantes comenzaron a relajarse, y la tensión que antes llenaba el ambiente se desvaneció.

La voz regresó, suave pero firme:

—El primer desafío está superado. Pero aún hay más que aprender, maestro.

Hugo sintió cómo el entorno cambiaba una vez más. La sala de aula desapareció, y en su lugar se formó un vasto campo abierto, iluminado por una luz suave que parecía emanar del suelo. En el centro, había un grupo de figuras difusas, como si estuvieran formadas por niebla. Se movían lentamente, sus formas cambiando con cada paso que daban.

La voz resonó nuevamente:

—El segundo desafío: Enseñar lo que no se sabe.

Hugo frunció el ceño, confundido. ¿Cómo podría enseñar algo que él mismo no conocía? Dio un paso hacia las figuras, y estas comenzaron a solidificarse, tomando la forma de estudiantes de distintas edades. Todos lo miraban fijamente, esperando algo.

—¿Qué es lo que necesitan aprender? —preguntó Hugo en voz alta.

Ninguno de ellos respondió. En lugar de eso, una de las figuras señaló hacia el cielo. Hugo alzó la vista y vio cómo las estrellas comenzaban a moverse, formando patrones que no podía reconocer. Parecían una constelación incompleta, como un rompecabezas que esperaba ser resuelto.

—¿Quieres que les enseñe eso? —preguntó Hugo, más para sí mismo que para las figuras.

La figura que había señalado al cielo dio un paso al frente. Era una niña de cabello rizado, con una expresión serena pero decidida.

—No sabemos cómo empezar —dijo finalmente, con una voz clara y tranquila. —Pero creemos que tú puedes ayudarnos.

Hugo respiró hondo, tratando de calmar su mente. No sabía qué significaban aquellas estrellas ni cómo formar una constelación, pero

recordó lo que había aprendido en su primera prueba: no siempre se trata de tener todas las respuestas, sino de saber escuchar y trabajar juntos.

—Está bien —dijo, con una sonrisa tranquilizadora. —No sé exactamente cómo resolver esto, pero vamos a intentarlo juntos.

Se arrodilló en el suelo y comenzó a trazar líneas en la tierra con un dedo, conectando puntos imaginarios entre las estrellas que veía. Los estudiantes lo rodearon, observando con curiosidad y, poco a poco, empezaron a participar. Uno sugirió una línea diferente, otro señaló una estrella que Hugo no había notado, y la niña de cabello rizado añadió un patrón que parecía encajar perfectamente.

Mientras trabajaban juntos, las estrellas comenzaron a brillar con más fuerza, formando una constelación que ninguno de ellos podría haber imaginado por sí solo. Hugo se dio cuenta de que no se trataba de enseñarles una respuesta, sino de guiar el proceso, de crear un espacio donde todos pudieran contribuir.

Cuando terminaron, la constelación brilló intensamente, iluminando el campo con una luz cálida. Las figuras sonrieron, sus formas desvaneciéndose lentamente hasta convertirse en motas de luz que flotaron hacia el cielo.

La voz habló de nuevo, llena de una calma que parecía envolverlo todo:

—Has comprendido que un maestro no siempre debe saber las respuestas, pero debe estar dispuesto a buscar con quienes enseña. El segundo desafío ha sido superado.

Hugo sonrió, sintiendo una paz interior que no había experimentado antes. Pero sabía que aún quedaba un desafío más.

El suelo bajo los pies de Hugo comenzó a desvanecerse en un brillo dorado, y la luz que lo rodeaba se transformó en un crepúsculo profundo. Lentamente, el campo dio paso a un nuevo escenario: una vasta explanada de piedra blanca, rodeada por pilares que se alzaban hacia el cielo. Cada pilar estaba decorado con intrincados grabados de manos extendidas y palabras grabadas en idiomas que Hugo no reconocía.

En el centro de la explanada había un pedestal, y sobre él, una lámpara apagada, sencilla pero de un diseño elegante. Aunque parecía inerte, Hugo sintió que de ella emanaba una energía sutil, casi como si estuviera esperando algo.

La voz resonó nuevamente, con una intensidad que parecía reflejar la importancia del momento:

—El tercer desafío: Inspirar sin imponer.

Hugo avanzó hacia el pedestal, pero antes de llegar, las sombras comenzaron a formarse a su alrededor. Primero eran apenas figuras indistintas, pero poco a poco tomaron forma. Frente a él apareció un grupo de estudiantes, pero estos eran diferentes a los que había visto antes. Sus rostros eran inexpresivos, y sus ojos, apagados, no mostraban emoción alguna.

—Ellos no tienen sueños, no tienen deseos —dijo la voz, con un tono solemne. —Tu tarea es encender la lámpara que descansa en el pedestal. Pero no puedes hacerlo solo. Necesitarás a estos estudiantes.

Hugo observó a los niños. Había alrededor de diez, y cada uno parecía atrapado en un vacío, como si hubieran olvidado lo que significaba sentir curiosidad o esperanza. Hugo sintió un peso en el pecho; ¿cómo podría alcanzar a quienes parecían no tener conexión con el mundo que los rodeaba?

Se acercó al primer estudiante, un niño que miraba al suelo sin levantar la vista. Hugo se agachó para estar a su altura y habló con suavidad:

—Hola. ¿Qué te gusta hacer?

El niño no respondió, pero Hugo notó que sostenía algo entre las manos: una pequeña roca lisa.

—¿Te gusta esa roca? —preguntó. —¿Por qué no me muestras qué puedes hacer con ella?

El niño levantó la mirada lentamente, sorprendido por la pregunta. Después de unos segundos, comenzó a mover la roca entre sus manos, y con un

palo que encontró cerca, trazó formas en el polvo del suelo. Hugo observó con atención y asintió con una sonrisa.

—Eso es increíble. Quizá podamos usarlo para contar una historia — sugirió.

El niño pareció interesado, y aunque no habló, su actitud cambió ligeramente. Mientras esto sucedía, otro estudiante se acercó, mirando con curiosidad lo que estaban haciendo. Hugo lo invitó a unirse, y poco a poco, más niños comenzaron a acercarse, cada uno aportando algo diferente: una idea, una acción, o simplemente su presencia.

Hugo no les dijo exactamente qué hacer. En lugar de eso, los animó a explorar, a pensar y a trabajar juntos. Algunos comenzaron a reír mientras trazaban formas en el suelo, y otros incluso comenzaron a hablar entre ellos. La energía en el grupo cambió, como si una chispa se hubiera encendido.

La voz volvió a resonar, esta vez con un tono más cálido:

—La lámpara se enciende no con mandatos, sino con inspiración. Un maestro no es el foco, sino el puente que guía la luz hacia los demás.

Hugo miró hacia el pedestal y vio que la lámpara ahora brillaba con una tenue luz dorada. Los estudiantes, al notar esto, comenzaron a sonreír, como si entendieran que su esfuerzo colectivo había logrado algo especial.

La lámpara iluminó toda la explanada, y los grabados en los pilares comenzaron a brillar con la misma luz. Hugo sintió una paz profunda y una certeza renovada sobre el propósito de su viaje.

La voz habló por última vez:

—Has completado los tres desafíos, pero no olvides que estas lecciones no terminan aquí. Ser maestro es enfrentar estos retos cada día, en cada momento. Sigue adelante, Hugo, y lleva esta luz contigo.

El escenario comenzó a desvanecerse, y Hugo sintió cómo una cálida energía lo rodeaba, llevándolo de regreso a la entrada de la torre. Cuando abrió los ojos, estaba de pie frente a la puerta de madera por la que había entrado, pero algo en él había cambiado.

Con una sonrisa serena, tomó el camino de regreso al pueblo, sabiendo que el verdadero viaje apenas comenzaba.

Capítulo Cuatro

El Regreso de los Ecos

La ética docente no solo se practica en las decisiones grandes, sino en los pequeños gestos del día a día. Escuchar a un estudiante, ofrecer una palabra de aliento o dar espacio a las voces que a menudo son ignoradas son actos que reflejan un compromiso ético profundo. La enseñanza, en este sentido, es un acto de amor.

Un maestro ético también sabe que no siempre tiene todas las respuestas, pero está dispuesto a caminar junto a sus estudiantes en la búsqueda de soluciones. La humildad y la disposición para aprender son tan importantes como el conocimiento, y a través de estas cualidades, el maestro se convierte en un verdadero líder moral.

El camino de regreso al pueblo estaba envuelto en una calma inusual. Hugo sentía que cada paso sobre la tierra tenía un nuevo peso, no por cansancio, sino por las reflexiones que las pruebas en la torre habían dejado en su mente. La lámpara, aunque ya no estaba físicamente en su mano, permanecía como un símbolo en su interior: la capacidad de guiar e inspirar sin imponer.

Cuando llegó a las primeras casas del pueblo, fue recibido con miradas curiosas. Algunos vecinos lo saludaron con la cabeza, mientras otros lo observaban con una mezcla de respeto y desconcierto. Hugo, sin embargo, estaba centrado en un solo lugar: la escuela.

Al entrar al aula, el silencio que lo recibió no era el mismo de días atrás. Este silencio no era frío ni vacío; era la expectativa cálida de sus estudiantes, quienes lo miraban con una mezcla de curiosidad y esperanza. Hugo colocó su mochila en la mesa, se tomó un momento para mirar a cada uno de ellos, y luego sonrió.

—Hoy vamos a intentar algo diferente —dijo con energía.

Los estudiantes intercambiaron miradas intrigadas. Hugo se acercó a la pizarra y dibujó un círculo en el centro. Dentro del círculo, escribió la palabra “Historias”.

—Todos tenemos historias —continuó Hugo. —Algunas las contamos, otras las guardamos. Hoy quiero que cada uno de ustedes comparta una, algo que les importe, que les haga felices o incluso que les preocupe.

Un murmullo recorrió la sala. Algunos estudiantes se mostraban emocionados, mientras que otros parecían incómodos con la idea. Hugo notó las miradas nerviosas de los más tímidos y decidió tomar la iniciativa.

—Les contaré una historia primero —dijo, inclinándose hacia el grupo. —Hace poco tiempo, pensé que enseñar era simplemente decir cosas, dar lecciones, hacer preguntas con respuestas correctas. Pero me equivoqué. Enseñar es mucho más que eso. Aprendí que no importa cuánto sepas, lo importante es cómo escuchas y cómo conectas con los demás.

Los estudiantes lo escuchaban con atención, sus expresiones relajándose poco a poco. Hugo vio cómo las manos de algunos comenzaban a levantarse tímidamente.

El primero en hablar fue Julián, un niño menudo de ojos brillantes. Con voz baja, contó cómo había aprendido a cuidar a su hermana pequeña cuando su madre trabajaba largas horas. Otro estudiante, Luisa, compartió un dibujo que había hecho, explicando cómo cada trazo representaba un momento feliz con su abuelo.

Mientras las historias se sucedían, Hugo sintió que el aula se transformaba. Ya no era solo un espacio para aprender; se había convertido en un lugar de conexión, un refugio donde cada estudiante encontraba su voz.

Sin embargo, cuando creía que la sesión había llegado a su punto más alto, la puerta del aula se abrió lentamente, revelando a Óscar. Su expresión era seria, y en sus manos llevaba un sobre. Hugo se levantó, sorprendido por la interrupción.

—Perdón por interrumpir, pero esto llegó para ti, Hugo —dijo Óscar, tendiéndole el sobre.

Hugo tomó el papel, reconociendo al instante la misma tinta oscura y el peculiar aroma de tierra húmeda que había acompañado la carta de la Torre de los Ecos Perdidos. Sin esperar, abrió el sobre y leyó en silencio:

“Los ecos no solo guían, también advierten. La luz que has encendido no está sola; las sombras siempre buscan apagarla. Prepárate.”

Hugo sintió un escalofrío recorrer su espalda. La sala, que había estado llena de risas y calidez, pareció enfriarse por un momento. Levantó la mirada hacia Óscar, quien lo observaba con preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó Óscar en voz baja.

Hugo guardó la carta y se volvió hacia sus estudiantes, quienes lo miraban expectantes, ajenos a la tensión que acababa de invadirlo.

—Nada que no podamos resolver juntos —respondió con una sonrisa, aunque su mente ya comenzaba a trazar preguntas. ¿Qué significaban esas sombras? ¿Qué nuevo desafío lo esperaba ahora que había encendido la lámpara?

Esa noche, mientras revisaba los cuadernos de sus estudiantes, Hugo no podía dejar de pensar en el mensaje. Las palabras parecían grabadas en su mente, y aunque no lo sabía con certeza, tenía la sensación de que la tranquilidad del pueblo estaba a punto de cambiar.

La lámpara interior que había encendido era un símbolo de esperanza, pero también una luz que atraía tanto a quienes buscaban aprender como a quienes querían apagarla.

Esa noche, mientras el pueblo dormía en silencio, Hugo se sentó en su escritorio con la carta frente a él. Las palabras resonaban en su mente como un eco persistente: “Las sombras siempre buscan apagar la luz.”

La lámpara que había encendido en la Torre de los Ecos Perdidos no solo representaba una conquista, sino también una responsabilidad. Hugo sabía que su viaje como maestro estaba lejos de terminar, y el mensaje que había recibido era una advertencia de que nuevos desafíos se avecinaban.

Óscar entró en la habitación con dos tazas de té y se sentó frente a Hugo. La expresión de su rostro dejaba claro que él también estaba preocupado.

—¿Crees que tiene que ver con la torre? —preguntó Óscar, señalando la carta.

Hugo asintió, sin levantar la mirada.

—No tengo dudas. Todo lo que he enfrentado hasta ahora parece formar parte de algo más grande. Pero no sé qué significa esta nueva advertencia.

Óscar tomó un sorbo de su té, pensativo.

—La luz siempre atrae a las sombras. Cuando ayudas a otros a encontrar su camino, a menudo te conviertes en un faro, y no todos los que lo ven tienen buenas intenciones.

Las palabras de su tío eran sabias, pero no ofrecían respuestas concretas. Hugo sintió una mezcla de determinación y temor. Sabía que no podía enfrentar este nuevo desafío solo, pero también comprendía que sus estudiantes no podían cargar con el peso de lo que estaba por venir.

—Tengo que estar preparado —dijo Hugo finalmente. —Sea lo que sea que venga, no puedo permitir que afecte a mis estudiantes.

Óscar asintió, pero su mirada reflejaba preocupación.

—Entonces empieza por lo que siempre has hecho: escucha, observa y confía en lo que has aprendido.

A la mañana siguiente, Hugo decidió retomar su rutina con los estudiantes, pero no podía ignorar la inquietud que lo acompañaba. Mientras los niños trabajaban en sus actividades, Hugo notó que Julián, el niño menudo de ojos brillantes, parecía más callado de lo habitual. Sus movimientos eran lentos, y su atención estaba dispersa.

—Julián, ¿todo está bien? —preguntó Hugo con suavidad, inclinándose hacia él.

El niño asintió rápidamente, pero sus ojos lo traicionaron. Hugo decidió no presionarlo, pero mientras recogía los dibujos del día, notó algo extraño en el cuaderno de Julián. Entre las páginas había un dibujo nuevo: una sombra alargada, oscura, que parecía rodear una pequeña luz.

Hugo sintió un escalofrío.

—¿Qué es esto, Julián? —preguntó, mostrando el dibujo.

El niño bajó la mirada, nervioso.

—No sé... solo lo soñé anoche.

Hugo tragó saliva, intentando no alarmar al pequeño.

—Está muy bien dibujado —dijo con una sonrisa tranquilizadora. —
¿Recuerdas algo más de ese sueño?

Julián negó con la cabeza, pero antes de que Hugo pudiera decir algo más, Luisa, otra estudiante, se acercó con un dibujo similar.

—Yo también soñé algo así, maestro. Era como una sombra que trataba de apagar una vela.

Hugo miró los dibujos, sintiendo cómo la conexión entre las advertencias de la carta y los sueños de los niños comenzaba a tomar forma. Algo, o alguien, estaba enviando un mensaje, y no era solo para él.

Al final del día, mientras Hugo se preparaba para cerrar la escuela, una figura apareció en la puerta. Era un hombre alto, envuelto en una capa oscura, con un sombrero de ala ancha que cubría parte de su rostro. Su presencia llenaba el espacio con una energía pesada, casi opresiva.

—Buenas tardes, maestro —dijo el hombre con una voz grave y pausada.

Hugo sintió cómo el aire en la sala se volvía más denso, pero mantuvo la compostura.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó con calma.

El hombre dio un paso adelante, dejando que la luz de la lámpara revelara un rostro marcado por cicatrices y ojos oscuros que parecían ver más allá de lo visible.

—Mi nombre no importa. Lo que importa es el mensaje que traigo. La luz que has encendido en esta comunidad es fuerte, pero las sombras siempre han sido parte del equilibrio.

Hugo frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

El hombre sonrió ligeramente, pero no había calidez en su expresión.

—Pronto lo descubrirás. Solo recuerda esto: no puedes proteger a todos.

Sin decir más, el hombre se giró y salió del aula, dejando a Hugo con más preguntas que respuestas.

Esa noche, mientras observaba los dibujos de Julián y Luisa, Hugo supo que la advertencia era clara: algo oscuro se acercaba, y su papel como maestro iba a ser puesto a prueba de una forma que nunca imaginó.

Hugo pasó horas en su escritorio, rodeado de los dibujos de Julián y Luisa, junto con la carta que había recibido. Intentaba encontrar un patrón, una conexión, algo que diera sentido a lo que estaba ocurriendo. Pero cuanto más miraba las sombras en los dibujos y leía las palabras de la carta, más le parecía que se enfrentaba a algo intangible, algo que no podía controlar.

De repente, un golpe suave en la ventana lo hizo sobresaltarse. Al girarse, vio a Julián parado afuera, con su cuaderno en las manos y una expresión preocupada en su rostro. Hugo abrió rápidamente la puerta para dejarlo entrar.

—¿Qué haces aquí tan tarde, Julián? —preguntó, tratando de mantener la calma.

—No podía dormir, maestro —dijo el niño, entregándole el cuaderno. — Dibujé algo más, y creo que tiene que ver con esos sueños.

Hugo tomó el cuaderno y lo abrió. El nuevo dibujo mostraba la misma sombra alargada, pero esta vez estaba rodeada por pequeñas figuras que sostenían luces. Cada luz parecía empujar la sombra hacia atrás, aunque no la disipaba por completo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Hugo, intrigado.

Julián se encogió de hombros.

—En mi sueño, las luces eran como las nuestras, de todos los que estábamos en la clase. Pero la sombra seguía ahí, moviéndose, buscando apagarlas.

Hugo sintió un escalofrío. Las palabras del hombre encapuchado regresaron a su mente: “No puedes proteger a todos.” Pero el dibujo de Julián ofrecía una perspectiva diferente: la luz no dependía solo de él, sino de todos los que la compartían.

—Gracias por mostrarme esto, Julián —dijo Hugo, devolviéndole el cuaderno. —Es importante.

El niño asintió, y Hugo lo acompañó de regreso a su casa, asegurándose de que llegara a salvo. Al regresar a la escuela, la sensación de incertidumbre que lo había atormentado comenzó a transformarse en determinación. Tal vez no podía proteger a todos por sí solo, pero podía ayudar a sus estudiantes a encender sus propias luces y enfrentarse juntos a las sombras.

La reunión inesperada

Al día siguiente, Hugo convocó a una reunión con Óscar y Glenda. Les explicó lo ocurrido: la carta, los sueños de los estudiantes, y el extraño encuentro con el hombre encapuchado.

Óscar escuchó en silencio, con el ceño fruncido.

—Esto no es casualidad, Hugo. Si la torre te eligió para encender esa lámpara, también sabía que esto sucedería.

Glenda, siempre práctica, intervino:

—Pero, ¿qué significan esas sombras? ¿Son reales o algo que está en la mente de los niños?

Hugo sacudió la cabeza.

—No lo sé, pero lo que sí sé es que no podemos ignorarlas. Los sueños están conectados, y no creo que sean simples imaginaciones. Algo está tratando de llegar a nosotros.

Óscar suspiró, mirando a su sobrino con preocupación.

—Entonces necesitamos prepararnos. Si esas sombras son tan reales como tememos, también debemos asegurarnos de que los niños estén listos para enfrentarlas.

—¿Cómo? —preguntó Hugo. —No podemos decirles que hay algo oscuro acechándolos. Podrían asustarse, y eso solo les haría más vulnerables.

Glenda sonrió levemente.

—No tienes que hablarles de sombras. Habla de luz. Enséñales cómo encenderla.

Hugo asintió, comprendiendo las palabras de su tía. La respuesta no estaba en advertirles del peligro, sino en ayudarlos a descubrir su fuerza interior, su propia capacidad para brillar y resistir.

Esa tarde, Hugo organizó una actividad especial en el aula. Llevó una lámpara sencilla y la colocó en el centro de la sala, apagada. Los estudiantes lo miraban con curiosidad mientras él distribuía pequeñas velas entre ellos.

—Hoy quiero hablarles de algo importante —dijo Hugo, con voz tranquila pero firme. —Quiero que piensen en esta lámpara como nuestra clase, como el lugar que compartimos. La luz que enciende esta lámpara no viene sola. Viene de muchas pequeñas luces, como estas velas que tienen en sus manos.

Los estudiantes lo escuchaban con atención, sus rostros reflejando interés.

—Cada uno de ustedes tiene una luz dentro —continuó. —A veces puede parecer pequeña, o puede parecer que no brilla lo suficiente. Pero cuando juntamos nuestras luces, podemos iluminar incluso los lugares más oscuros.

Encendió su propia vela y la usó para prender la de Julián, quien sonrió tímidamente. Luego, Julián encendió la vela de Luisa, y así sucesivamente, hasta que todas las velas estuvieron encendidas. La luz cálida llenó el aula, transformando el ambiente.

—Recuerden esto —dijo Hugo, con una sonrisa. —Mientras mantengamos nuestras luces encendidas, ninguna sombra puede apagarlas.

Los estudiantes asintieron, sus ojos brillando con una mezcla de comprensión y esperanza. Hugo sabía que este era solo el comienzo, pero también sabía que había plantado una semilla. Y aunque las sombras pudieran regresar, no las enfrentaría solo.

Capítulo Cinco

La Primera Sombra

En los momentos de oscuridad, la ética docente se convierte en la luz que guía a los estudiantes hacia un lugar seguro. Enseñar con ética es entender que la educación no se limita al aula; es una herramienta para empoderar a los estudiantes a enfrentar el mundo con confianza y resiliencia.

El maestro ético no solo inspira, sino que también protege. Sabe que su influencia va más allá de lo académico y trabaja para construir un ambiente en el que los estudiantes puedan sentirse fuertes incluso ante los desafíos más difíciles. La ética docente, entonces, es un acto de esperanza y determinación.

La noche cayó sobre el pueblo con una intensidad inusual. Hugo se quedó en la escuela después de clases, revisando algunos trabajos de sus estudiantes y anotando ideas para las próximas lecciones. Las velas que habían encendido durante la actividad aún estaban en sus pensamientos. Aunque el aula parecía tranquila, un extraño escalofrío recorrió su espalda.

Afuera, el viento comenzó a soplar con fuerza, haciendo crujir las ventanas. Hugo miró hacia el exterior y notó algo peculiar: las sombras de los árboles en la distancia parecían moverse de forma antinatural, como si tuvieran vida propia. Se levantó lentamente y salió al patio para observar mejor.

Lo que vio lo dejó sin aliento. Una figura oscura, alta y amorfa, parecía deslizarse entre los árboles. Era más densa que cualquier sombra común, y su forma cambiaba constantemente, como si estuviera buscando algo. Hugo sintió un nudo en el estómago. La figura encarnaba las sombras que Julián y Luisa habían dibujado.

—No puede ser real... —susurró para sí mismo.

De repente, la figura se giró hacia él. Aunque no tenía rostro, Hugo sintió que lo estaba observando. En ese momento, una voz susurrante resonó en su mente:

—La luz no dura para siempre.

Hugo retrocedió, luchando contra el impulso de entrar corriendo al aula. En cambio, respiró hondo y se mantuvo firme. Recordó las lecciones de la torre y las palabras que había dicho a sus estudiantes: las sombras solo pueden apagarte si pierdes tu luz.

Con determinación, sacó la lámpara que había usado durante la actividad y la encendió. La luz dorada que emanó fue tenue al principio, pero se intensificó cuando Hugo pensó en las velas encendidas por sus estudiantes. La sombra retrocedió ligeramente, pero no desapareció.

—¿Qué quieres? —preguntó Hugo, alzando la voz.

El susurro se hizo más fuerte, rodeándolo:

—La luz es una amenaza. La sombra es el equilibrio. Apaga la lámpara, y déjanos en paz.

Hugo negó con la cabeza, su mano temblando ligeramente mientras sostenía la lámpara.

—No voy a apagarla. No estoy solo.

De repente, la puerta del aula se abrió, y Julián apareció con su cuaderno en mano. Había visto la luz desde su casa y, guiado por un impulso inexplicable, corrió hacia la escuela.

—¡Maestro! —gritó Julián, corriendo hacia él.

La sombra se movió rápidamente hacia el niño, pero Hugo reaccionó de inmediato, levantando la lámpara para bloquear su avance. La luz se intensificó, obligando a la sombra a detenerse.

—¡Julián, quédate detrás de mí! —ordenó Hugo.

El niño, asustado pero decidido, se quedó junto a él, abriendo su cuaderno. Con manos temblorosas, señaló uno de los dibujos: la sombra rodeada por luces.

—¡Maestro! Es como en mi sueño. Necesitamos más luces.

Hugo lo miró, comprendiendo de inmediato.

—Tienes razón. No puedo enfrentar esto solo.

Sin perder tiempo, le pidió a Julián que corriera a buscar a Luisa y a los otros estudiantes que vivían cerca. Mientras tanto, Hugo mantuvo la lámpara encendida, enfrentándose a la sombra que parecía fortalecerse con la oscuridad de la noche.

Uno a uno, los estudiantes comenzaron a llegar, cada uno trayendo una vela. Hugo les explicó rápidamente lo que debían hacer, y juntos encendieron sus velas alrededor de la sombra. La luz colectiva formó un círculo que atrapó a la figura oscura, debilitándola visiblemente.

La sombra emitió un grito agudo, como un lamento, y comenzó a desvanecerse lentamente hasta desaparecer por completo. Cuando la última chispa de oscuridad se desintegró, el patio quedó en completo silencio.

Los estudiantes se miraron entre sí, sus rostros llenos de asombro y alivio. Hugo, con la lámpara aún en la mano, se agachó para estar a su altura.

—Lo logramos porque estuvimos juntos —dijo con una sonrisa cansada pero sincera. —Recuerden esto: siempre que mantengamos nuestras luces encendidas, ninguna sombra podrá vencernos.

Esa noche marcó un antes y un después en el pueblo. Los estudiantes regresaron a sus casas, llevando consigo no solo sus velas, sino también un nuevo sentido de propósito. Hugo, por su parte, sabía que la amenaza no había desaparecido por completo, pero también entendía que no estaba solo en esta lucha.

Al amanecer, mientras el sol iluminaba el pueblo con su luz cálida, Hugo se quedó en la escuela, preparando una nueva lección. Las sombras habían intentado apagarlos, pero lo único que lograron fue fortalecer su luz.

Y sabía que la próxima vez, estaría aún más preparado.

En los momentos de oscuridad, la ética docente se convierte en la luz que guía a los estudiantes hacia un lugar seguro. Enseñar con ética es entender que la educación no se limita al aula; es una herramienta para empoderar a los estudiantes a enfrentar el mundo con confianza y resiliencia.

El maestro ético no solo inspira, sino que también protege. Sabe que su influencia va más allá de lo académico y trabaja para construir un ambiente en el que los estudiantes puedan sentirse fuertes incluso ante los desafíos

más difíciles. La ética docente, entonces, es un acto de esperanza y determinación.

La noche cayó sobre el pueblo con una intensidad inusual. Hugo se quedó en la escuela después de clases, revisando algunos trabajos de sus estudiantes y anotando ideas para las próximas lecciones. Las velas que habían encendido durante la actividad aún estaban en sus pensamientos. Aunque el aula parecía tranquila, un extraño escalofrío recorrió su espalda.

Afuera, el viento comenzó a soplar con fuerza, haciendo crujir las ventanas. Hugo miró hacia el exterior y notó algo peculiar: las sombras de los árboles en la distancia parecían moverse de forma antinatural, como si tuvieran vida propia. Se levantó lentamente y salió al patio para observar mejor.

Lo que vio lo dejó sin aliento. Una figura oscura, alta y amorfa, parecía deslizarse entre los árboles. Era más densa que cualquier sombra común, y su forma cambiaba constantemente, como si estuviera buscando algo. Hugo sintió un nudo en el estómago. La figura encarnaba las sombras que Julián y Luisa habían dibujado.

—No puede ser real... —susurró para sí mismo.

De repente, la figura se giró hacia él. Aunque no tenía rostro, Hugo sintió que lo estaba observando. En ese momento, una voz susurrante resonó en su mente:

—La luz no dura para siempre.

Hugo retrocedió, luchando contra el impulso de entrar corriendo al aula. En cambio, respiró hondo y se mantuvo firme. Recordó las lecciones de la torre y las palabras que había dicho a sus estudiantes: las sombras solo pueden apagarte si pierdes tu luz.

Con determinación, sacó la lámpara que había usado durante la actividad y la encendió. La luz dorada que emanó fue tenue al principio, pero se intensificó cuando Hugo pensó en las velas encendidas por sus estudiantes. La sombra retrocedió ligeramente, pero no desapareció.

—¿Qué quieres? —preguntó Hugo, alzando la voz.

El susurro se hizo más fuerte, rodeándolo:

—La luz es una amenaza. La sombra es el equilibrio. Apaga la lámpara, y déjanos en paz.

Hugo negó con la cabeza, su mano temblando ligeramente mientras sostenía la lámpara.

—No voy a apagarla. No estoy solo.

De repente, la puerta del aula se abrió, y Julián apareció con su cuaderno en mano. Había visto la luz desde su casa y, guiado por un impulso inexplicable, corrió hacia la escuela.

—¡Maestro! —gritó Julián, corriendo hacia él.

La sombra se movió rápidamente hacia el niño, pero Hugo reaccionó de inmediato, levantando la lámpara para bloquear su avance. La luz se intensificó, obligando a la sombra a detenerse.

—¡Julián, quédate detrás de mí! —ordenó Hugo.

El niño, asustado pero decidido, se quedó junto a él, abriendo su cuaderno. Con manos temblorosas, señaló uno de los dibujos: la sombra rodeada por luces.

—¡Maestro! Es como en mi sueño. Necesitamos más luces.

Hugo lo miró, comprendiendo de inmediato.

—Tienes razón. No puedo enfrentar esto solo.

Sin perder tiempo, le pidió a Julián que corriera a buscar a Luisa y a los otros estudiantes que vivían cerca. Mientras tanto, Hugo mantuvo la lámpara encendida, enfrentándose a la sombra que parecía fortalecerse con la oscuridad de la noche.

Uno a uno, los estudiantes comenzaron a llegar, cada uno trayendo una vela. Hugo les explicó rápidamente lo que debían hacer, y juntos encendieron sus velas alrededor de la sombra. La luz colectiva formó un círculo que atrapó a la figura oscura, debilitándola visiblemente.

La sombra emitió un grito agudo, como un lamento, y comenzó a desvanecerse lentamente hasta desaparecer por completo. Cuando la última chispa de oscuridad se desintegró, el patio quedó en completo silencio.

Los estudiantes se miraron entre sí, sus rostros llenos de asombro y alivio. Hugo, con la lámpara aún en la mano, se agachó para estar a su altura.

—Lo logramos porque estuvimos juntos —dijo con una sonrisa cansada pero sincera. —Recuerden esto: siempre que mantengamos nuestras luces encendidas, ninguna sombra podrá vencernos.

Esa noche marcó un antes y un después en el pueblo. Los estudiantes regresaron a sus casas, llevando consigo no solo sus velas, sino también un nuevo sentido de propósito. Hugo, por su parte, sabía que la amenaza no había desaparecido por completo, pero también entendía que no estaba solo en esta lucha.

Al amanecer, mientras el sol iluminaba el pueblo con su luz cálida, Hugo se quedó en la escuela, preparando una nueva lección. Las sombras habían intentado apagarlos, pero lo único que lograron fue fortalecer su luz.

Y sabía que la próxima vez, estaría aún más preparado.

Capítulo Seis

La Última Luz

El amanecer trajo consigo una quietud inusitada, pero no era el tipo de calma que aliviaba el alma. En el corazón de Hugo, un sentimiento de inquietud persistía. Aunque la sombra había desaparecido, algo en el aire lo alertaba. La oscuridad no se había ido por completo; estaba esperando, acechando en algún rincón olvidado de su mente.

Ese día, mientras los estudiantes llegaban al aula, Hugo los observó con una sonrisa preocupada. La luz de las velas había dejado una huella en ellos, un cambio sutil pero poderoso. Nadie había hablado de lo sucedido, pero todos sabían que algo había ocurrido, algo que los había unido de una forma que las palabras no podían explicar.

Julián fue el primero en acercarse, su cuaderno bajo el brazo. Aunque aún parecía cansado, sus ojos reflejaban una determinación nueva.

—Maestro, anoche... —comenzó, pero vaciló antes de continuar.

Hugo lo miró fijamente, sin decir una palabra. La mirada del niño lo dijo todo. Sabían que la lucha no había terminado.

—No importa lo que venga —dijo Hugo finalmente, tomando un respiro—. Si mantenemos nuestras luces encendidas, nada podrá tocarnos.

Julián asintió, pero la sombra de la duda se reflejaba en su rostro. Algo había cambiado en él esa noche, pero el temor aún lo rondaba.

A medida que los demás estudiantes tomaban asiento, Hugo volvió su mirada hacia el horizonte, más allá de las ventanas del aula. Las montañas, cubiertas por la niebla, parecían vigilar el pueblo. Un frío inusual recorría las calles, como si el invierno llegara antes de tiempo.

El sonido de la campana resonó, marcando el inicio de un nuevo día escolar, pero Hugo sabía que esa campana no solo indicaba el comienzo de las clases. En su interior, la campana había tocado una alarma, una llamada que nadie más podía oír.

El día pasó lentamente, cada minuto marcado por la presencia de una quietud ominosa. En cada rincón, en cada sombra, Hugo sentía la amenaza latente. Había aprendido a luchar contra la oscuridad, pero esa lucha había dejado una marca en su alma. No se trataba solo de las sombras externas; las sombras dentro de él también habían comenzado a manifestarse.

Esa tarde, cuando la última luz del día comenzó a desvanecerse, Hugo decidió hacer algo que nunca antes se había atrevido a hacer: entró en el bosque. Un impulso inexplicable lo llevó a caminar entre los árboles, buscando una respuesta a lo que había sentido la noche anterior.

El aire frío acariciaba su rostro, y los árboles parecían murmurar secretos que Hugo no podía entender. De repente, se detuvo. Delante de él, una figura oscura se deslizaba entre los árboles. No era la misma sombra de la noche anterior, pero su presencia era igual de inquietante. Esta figura era más tenue, como un susurro de oscuridad, pero Hugo la reconoció. Era una advertencia.

La figura lo miró por un momento, y Hugo sintió una presión en el pecho, como si la figura estuviera aplastando su corazón. Entonces, la sombra susurró una palabra que lo dejó helado:

—Más.

Un escalofrío recorrió su espalda, y la figura comenzó a desvanecerse en la neblina que se levantaba del suelo. Hugo no comprendió completamente

lo que había ocurrido, pero una certeza lo invadió: algo más se estaba gestando. Algo más estaba a punto de suceder.

Regresó a la escuela con el corazón pesado. La amenaza aún estaba allí, acechando en la penumbra, esperando su momento. Pero Hugo no estaba dispuesto a rendirse. Había visto lo que los estudiantes podían hacer cuando se unían, cuando mantenían sus luces encendidas.

Aquella noche, después de que los estudiantes regresaron a sus casas, Hugo se quedó en el aula, rodeado por las velas. Las luces brillaban con fuerza, pero algo dentro de él le decía que debía estar preparado para algo más grande, algo que no podría enfrentar solo.

Se sentó en su escritorio, mirando el cuaderno de Julián, el cuaderno lleno de dibujos extraños y oscuros. En uno de los dibujos, vio algo que lo hizo detenerse: una figura de sombra rodeada por luces, pero las luces ya no eran suficientes. Alrededor de la figura, una oscuridad más densa comenzaba a formarse, como si estuviera absorbiendo toda la luz a su alrededor.

En ese momento, Hugo entendió. La lucha que habían ganado no había sido más que una tregua. La verdadera batalla estaba por venir. Y esta vez, las luces tendrían que ser mucho más fuertes.

La noche cayó sobre el pueblo con una quietud que parecía premonitora. El aire estaba cargado de algo indescriptible, como si el universo mismo estuviera conteniendo el aliento. Hugo, aún en su aula, observaba las velas que seguían iluminando la sala, pequeñas llamas que temblaban con cada ráfaga de viento que colaba a través de las rendijas. No era solo el frío lo que lo inquietaba, sino la sensación de que algo mucho más grande estaba al acecho.

El cuaderno de Julián estaba abierto sobre su escritorio, y mientras Hugo pasaba la vista por los dibujos del niño, algo se le quedó grabado en la mente: una figura oscura, envolviendo luces con sus tentáculos, como si intentara devorarlas. En el margen de la página, Julián había escrito algo en letra temblorosa: "No se puede escapar de la oscuridad si la luz es demasiado débil."

Las palabras resonaron en la mente de Hugo. ¿Qué quería decir realmente? ¿Era posible que la luz que había creído suficiente no fuera

suficiente? ¿Acaso había algo más que necesitarían para protegerse de la sombra que ya había regresado?

El sonido de los pasos fuera del aula lo sacó de sus pensamientos. El viento había comenzado a azotar las ventanas nuevamente, pero el ruido que había oído no venía de ahí. Hugo se levantó de su silla, preocupado. Se acercó cautelosamente a la puerta, la cual dejó entreabierta. En el pasillo, las sombras se estiraban de manera inusual, como si se alargaran más de lo que deberían. Se adelantó con cautela, su corazón latiendo más rápido, su mente luchando contra el miedo que comenzaba a formar nudos en su estómago.

En ese instante, la puerta del aula se cerró de golpe tras él. Hugo giró rápidamente, sus ojos se llenaron de pavor. En la oscuridad, una figura se dibujaba vagamente en la esquina de la habitación, una sombra más densa que las demás. Al principio no pudo distinguirla, pero pronto pudo ver la forma: una silueta humana, pero con una cabeza más grande de lo normal, sin rostro, su cuerpo delgado y serpenteante, como si fuera parte de la misma oscuridad que lo rodeaba.

De repente, la figura habló, y Hugo sintió una presión en su pecho, como si el aire mismo se estuviera agotando.

—No puedes salvarlos, Hugo —la voz era suave, pero retumbaba en sus oídos, como si viniera de dentro de su cabeza—. El equilibrio se ha roto. La luz no es suficiente.

El maestro se aferró con fuerza a la lámpara que aún sostenía en su mano, el pequeño resplandor de la luz dorada palideciendo ante la presencia de la sombra. Recordó las palabras de sus estudiantes y la lección que había aprendido la noche anterior: la luz colectiva había sido su salvación. No podía rendirse, no podía permitir que esta nueva oscuridad los devorara.

—No es solo la luz la que nos salvará —dijo Hugo con voz firme, a pesar de su creciente temor—. Es lo que estamos dispuestos a hacer para protegerla.

La figura no respondió, pero la sombra a su alrededor comenzó a moverse de manera más frenética, casi como si se preparara para atacar. Sin embargo, antes de que pudiera avanzar, una figura apareció en el umbral de la puerta. Era Julián.

—¡Maestro! —gritó el niño, su rostro pálido, pero con determinación en sus ojos—. ¡El cuaderno! ¡Es la respuesta!

Hugo, sin dudarlo, corrió hacia él, impulsado por el llamado de su estudiante. Julián sostenía el cuaderno con ambas manos, las páginas agitándose como si el viento las hubiera levantado. Pero cuando Hugo miró la página que Julián señalaba, una sensación de horror lo invadió. En la página, las figuras oscuras parecían consumir las luces, pero también había algo más, algo que no había visto antes: un círculo de velas encendidas, cada una conectada por líneas que parecían formar un patrón antiguo.

—Es un círculo de protección —dijo Julián, alzando la voz para que Hugo pudiera oírlo por encima del creciente murmullo de la sombra—. Lo dibujé cuando soñé con la oscuridad. Si lo trazamos, podríamos sellarla.

Hugo miró la página con una nueva comprensión. No se trataba solo de encender las velas. Necesitaban algo más: un vínculo, una conexión que fuera más allá de las luces individuales. El círculo debía ser trazado con propósito, con la intención de unir sus luces, de hacerlas más fuertes.

—¡Rápido! ¡Debemos hacer el círculo! —ordenó Hugo, tomando la iniciativa.

Con rapidez, les pidió a los estudiantes que se reunieran en el aula. Cada uno traía una vela, y mientras se colocaban en el patrón que Hugo había delineado en el suelo, la tensión aumentaba en el aire. La sombra, ahora más visible que nunca, comenzó a moverse con más violencia, como si tratara de escapar de la luz. Hugo estaba consciente de que cada segundo contaba.

A medida que las últimas velas se encendían y se colocaban en el círculo, Hugo pudo sentir cómo la energía comenzó a acumularse. La lámpara en sus manos temblaba, pero no de miedo, sino de la intensidad de la luz que se estaba generando. En el centro del círculo, las sombras empezaron a disiparse, como si la luz estuviera abriéndose paso a través de ellas. La figura oscura emitió un grito aterrador, un sonido que vibraba en los huesos de todos los presentes.

—¡Ahora! —gritó Hugo.

Con un movimiento rápido, levantó la lámpara hacia el centro del círculo, y la luz brilló con tal fuerza que hizo que la sombra retrocediera. En ese momento, las líneas entre las velas comenzaron a brillar, y un resplandor dorado envolvió la figura oscura. La sombra comenzó a desmoronarse, pero no de manera inmediata. Se resistía, luchando por permanecer en ese mundo.

El viento azotaba con más fuerza, como si quisiera apagar las velas, pero los estudiantes, firmes en su lugar, sostenían sus luces con más determinación. La figura oscura finalmente dejó escapar un último grito de angustia antes de desaparecer en una nube de cenizas oscuras.

El aula se llenó de silencio. El resplandor de las velas seguía vivo, pero la amenaza había desaparecido, al menos por ahora. Hugo respiró profundamente, sintiendo el agotamiento en cada fibra de su ser, pero también una extraña paz.

—Lo logramos —dijo con voz temblorosa, mirando a sus estudiantes. Ellos lo miraban, también sorprendidos, pero con una confianza renovada.

Julián, siempre el más perceptivo, fue el primero en hablar.

—¿Esto se ha acabado, maestro?

Hugo no pudo responder de inmediato. Sabía que aunque esta batalla había sido ganada, la guerra aún no había terminado. Las sombras aún acechaban, más inteligentes y más peligrosas que antes.

—No lo sé, Julián. Pero sé que mientras estemos juntos, nuestra luz será más fuerte. Y mientras no dejemos de luchar, ninguna sombra podrá vencernos.

Capítulo Siete

La Fuerza de la Unidad

El amanecer llegó, pero el sol no parecía tener la calidez habitual. En lugar de iluminar el pueblo con su suave resplandor dorado, sus rayos parecían más débiles, como si la oscuridad de la noche anterior aún hubiera dejado su marca. Hugo se despertó temprano, como siempre, pero esta vez había algo diferente en su ánimo. La lucha contra la sombra había sido sólo una parte del desafío. El verdadero reto era lo que vendría después.

Se levantó de su cama, observando por la ventana cómo el viento arrastraba hojas secas por las calles vacías del pueblo. Aún podía sentir el eco de la sombra, resonando en lo más profundo de su ser. Era como si la sombra no solo hubiera atacado su mundo, sino también su propia percepción de la realidad. ¿Qué tan fuerte era realmente la oscuridad? ¿Acaso habría más figuras como aquella esperando el momento adecuado para atacar?

Mientras tomaba su desayuno, Hugo se sumergió en sus pensamientos. La noche anterior, los estudiantes habían demostrado algo que no había imaginado: no solo tenían la capacidad de enfrentar el miedo, sino también la fuerza de unirse para superarlo. Sin embargo, el círculo de velas, aunque efectivo, había sido una medida temporal. Algo más profundo debía estar en juego.

Al llegar a la escuela, encontró a sus estudiantes reunidos, como si esperaran que les hablara sobre lo sucedido. Los rostros de Julián, Luisa y los demás estaban marcados por la tensión, pero también por una curiosidad que Hugo no podía ignorar. Parecía que todos sabían que algo más debía explicarse, que la batalla de anoche había sido solo el principio.

—Buenos días —saludó Hugo, intentando mantener la calma—. Hoy debemos hablar de lo sucedido. No fue un simple enfrentamiento con una sombra. La noche de ayer nos ha enseñado algo valioso: lo que enfrentamos no es algo que podamos vencer con solo una lámpara o unas velas.

Julián se adelantó, su mirada decidida.

—¿Qué quieres decir, maestro? —preguntó, con un tono que mezclaba la duda y la esperanza.

Hugo suspiró, sabiendo que debía ser sincero con ellos. A pesar de la victoria momentánea, las respuestas seguían siendo evasivas. Nadie sabía con certeza de dónde venían esas sombras o qué las había provocado, pero Hugo tenía una intuición: no era solo la oscuridad física lo que debían temer. Había algo más, algo que estaba relacionado con sus propios miedos internos, sus dudas, y sus inseguridades.

—No sé qué es exactamente lo que estamos enfrentando —admitió Hugo—, pero sé que las sombras no nacen de la nada. Y tal vez nuestra

lucha no sea solo contra ellas, sino también contra lo que hemos dejado crecer dentro de nosotros.

Las palabras de Hugo resonaron en el aula como un eco que nadie se atrevía a romper. El silencio llenó la habitación, pesado e incómodo. Al principio, no comprendían completamente lo que el maestro estaba tratando de decir, pero el peso de sus palabras estaba comenzando a tomar forma. La lucha contra las sombras no era solo una batalla exterior, sino también una interna. Y si no se enfrentaban a sus propios miedos, la oscuridad volvería.

De repente, Luisa levantó la mano. Sus ojos, normalmente brillantes, estaban nublados por una sombra de preocupación.

—Maestro, ¿cómo enfrentamos algo que no podemos ver? —preguntó, su voz temblorosa—. Las sombras son oscuridad, pero a veces el miedo también lo es. ¿Qué pasa si no sabemos lo que estamos luchando?

Hugo miró a Luisa y asintió lentamente. Sabía que sus palabras eran ciertas. No todo lo que temían era tangible. Algunas veces, el mayor enemigo era el que solo existía en la mente. El miedo al fracaso, a la soledad, a no ser suficiente.

—Es cierto —dijo con una sonrisa suave, tratando de tranquilizarla—. No siempre podemos ver lo que nos asusta. Pero lo que sí podemos hacer es aprender a enfrentar ese miedo juntos. Cada uno de nosotros tiene una luz interior, y juntos podemos crear algo que sea mucho más grande que cualquier sombra.

En ese momento, Hugo tuvo una idea. Recordó las palabras de Julián durante el enfrentamiento con la sombra: “Necesitamos más luces.” Lo que los estudiantes necesitaban no era solo más velas, sino una comprensión más profunda de su propio poder. Si podían encontrar la fuerza en sí mismos, podrían enfrentar cualquier oscuridad, incluso la que no podían ver.

—Hoy, vamos a trabajar juntos para descubrir qué hay dentro de cada uno de ustedes —dijo Hugo, levantándose y caminando hacia la pizarra—. Vamos a encontrar nuestras luces. Y cuando las encontremos, aprenderemos a usarlas no solo para protegernos, sino para iluminar el camino para los demás.

A lo largo del día, los estudiantes se concentraron en una serie de actividades que les ayudaran a entender sus propios miedos. Se sentaron en círculo, cada uno compartiendo algo que les causara temor. Al principio, la actividad fue incómoda. Hablar de sus miedos más profundos no era algo fácil. Pero poco a poco, la atmósfera cambió. Las paredes de la escuela parecían desvanecerse, y lo que quedaba era solo el presente, un presente compartido por todos.

Julián fue el primero en hablar, rompiendo el silencio.

—Tengo miedo de no ser lo suficientemente bueno —dijo, mirando al suelo—. Tengo miedo de no poder hacer que mi madre se sienta orgullosa de mí.

El grupo lo miró con empatía, y poco a poco, otros comenzaron a compartir sus propios temores. Luisa habló de su miedo a perder a sus amigos, mientras que otro de los estudiantes reveló que tenía miedo de ser olvidado. A medida que los estudiantes compartían, se sentían más aliviados, como si la carga que llevaban se desvaneciera lentamente.

Hugo observaba en silencio, sabiendo que este ejercicio era más valioso que cualquier lección académica. Estaba enseñando a sus estudiantes a enfrentar sus miedos, a reconocer que no estaban solos, y a comprender que, aunque las sombras pudieran aparecer, sus luces internas siempre serían más fuertes si las mantenían encendidas.

Cuando todos terminaron, Hugo les habló con calma, su voz firme y llena de esperanza.

—Lo que hemos hecho hoy no es solo un ejercicio para compartir nuestros miedos, sino un recordatorio de que ninguno de nosotros está solo. Cada uno de nosotros tiene algo único, algo que nos hace especiales. Y cuando nuestros miedos nos hagan dudar, debemos recordar que somos más fuertes cuando estamos juntos.

Un sentimiento de unidad creció en el aula, como si una energía invisible conectara a cada uno de los presentes. Hugo sabía que el verdadero trabajo acababa de comenzar, pero por primera vez, se sentía esperanzado. El miedo podía tomar muchas formas, pero la luz de la unidad era más poderosa.

La tarde pasó con más discusiones y actividades. Cada uno de los estudiantes se fue con una comprensión más profunda de sí mismo y de los demás. Al final del día, mientras el sol comenzaba a ponerse, Hugo salió al patio, mirando el horizonte. El viento había cesado, y el aire ahora estaba tranquilo.

Sabía que la oscuridad regresaría, pero también entendía que, juntos, serían imparables. Las sombras solo podían acechar donde la luz no brillaba. Y mientras los estudiantes mantuvieran sus luces encendidas, siempre habría esperanza.

La luna comenzaba a ascender en el cielo, bañando el pueblo con su luz plateada. El aire fresco de la noche se deslizaba suavemente por el patio de la escuela, y aunque el día había sido largo, Hugo aún sentía que la batalla contra las sombras estaba lejos de terminar. Había algo en el ambiente, una tensión palpable, como si la oscuridad aún aguardara, esperando el momento adecuado para regresar.

Sin embargo, una sensación de paz también lo acompañaba. Los estudiantes habían comenzado a abrirse el uno al otro, y lo que antes era un miedo compartido había comenzado a transformarse en algo más poderoso: una conexión, una red de apoyo invisible que los unía. Y aunque las sombras seguían siendo un misterio, había una verdad que Hugo comprendió con claridad: no era la oscuridad lo que debía temer, sino la soledad.

Esa noche, después de que los estudiantes se fueron a sus casas, Hugo se quedó en la escuela por un rato más. Caminó por los pasillos vacíos, con el sonido de sus pasos resonando en las paredes. Decidió sentarse en su escritorio, donde sus pensamientos comenzaban a organizarse. Sacó una hoja en blanco y empezó a escribir:

"La luz no es solo una herramienta para disipar las sombras. Es también la fuerza que nos mantiene conectados, incluso cuando el mundo se siente vacío."

Las palabras salían de su pluma con fluidez, como si algo más allá de su propia voluntad estuviera guiando su escritura. Lo que había aprendido ese día, lo que los estudiantes le habían mostrado, no era solo una lección de coraje, sino de humanidad. A veces, las batallas más difíciles no son las

que enfrentamos contra enemigos visibles, sino las que libramos dentro de nosotros mismos. Las sombras, pensaba Hugo, podían tomar muchas formas: el miedo, la duda, la vergüenza. Pero lo que importaba era cómo reaccionábamos ante ellas.

Cuando terminó de escribir, se recostó en su silla y observó por la ventana. La luna seguía allí, serena y constante, y aunque el mundo a su alrededor parecía tranquilo, sabía que la oscuridad no tardaría en regresar. Pero también sabía que ya no estaba solo. La comunidad de la escuela, los estudiantes, habían comenzado a entender algo crucial: la luz no era algo que se encontraba de manera individual, sino algo que crecía cuando se compartía.

Al día siguiente, mientras los estudiantes llegaban a la escuela, Hugo pudo ver que algo había cambiado en sus ojos. Había una chispa nueva, una conciencia colectiva que había nacido de su experiencia. Los miedos que habían compartido la noche anterior ahora parecían más pequeños, menos intimidantes. Cada uno de ellos, a su manera, había comenzado a comprender su propio poder y el poder del grupo.

Julián se acercó a Hugo antes de que comenzaran las clases.

—Maestro, quiero enseñarles a todos algo —dijo, con una confianza que Hugo no había visto en él antes—. Anoche, cuando compartí mi miedo, sentí que ya no era tan grande. Creo que todos tenemos algo que podemos dar, algo que puede ayudar a los demás.

Hugo sonrió, orgulloso de su alumno.

—Me alegra escuchar eso, Julián. ¿Qué tienes en mente?

Julián, con una sonrisa traviesa, sacó de su mochila un pequeño cuaderno y comenzó a dibujar. Los demás estudiantes se agruparon alrededor de él, curiosos. El niño comenzó a trazar líneas, figuras, y formas, creando un mapa que parecía simbolizar el círculo de luz que habían formado la noche anterior. Al principio, las líneas eran simples, pero pronto comenzaron a tomar forma. Un círculo, luego varias líneas que se conectaban entre sí, como una red intrincada de relaciones y apoyo mutuo.

—Este es nuestro mapa de luz —dijo Julián, levantando la vista con entusiasmo—. Lo llamé así porque quiero que todos lo llevemos con

nosotros. Cada línea es un vínculo, y cada punto es una luz. Cuando estemos juntos, estas luces brillarán más fuerte.

Los otros estudiantes asintieron con entusiasmo, y algunos comenzaron a compartir sus propias ideas sobre cómo podrían expandir el mapa. Algunas sugerencias incluyeron colocar pequeños dibujos en cada punto, representando algo que les diera fuerza: una vela, un corazón, una estrella. Otros proponían incluir frases o palabras que les recordaran lo que habían aprendido la noche anterior.

Hugo observaba con una sonrisa sincera. Estaba viendo algo que iba más allá de la lección que había planeado. Esta era una lección que ellos habían creado, algo mucho más profundo y personal.

—Este es un paso importante —dijo Hugo, mirando a los estudiantes con gratitud—. Lo que están haciendo es muy valioso. No solo estamos creando algo visual. Están construyendo una red de apoyo, algo que nunca dejará de brillar mientras lo mantengan vivo. Recuerden, no importa cuán oscuras se vuelvan las cosas, siempre habrá luz si la buscamos juntos.

El resto del día transcurrió entre risas y conversaciones. El aula, que antes había sido un lugar de tensión y miedo, se había transformado en un espacio de colaboración y crecimiento. Los estudiantes estaban más unidos que nunca, compartiendo no solo sus ideas, sino también sus fuerzas internas. Al final del día, antes de que se fueran a casa, Hugo les pidió que se llevaran una copia del mapa con ellos y que lo usaran como recordatorio de lo que habían logrado.

Mientras los estudiantes se dispersaban, Hugo se quedó en el aula, mirando el mapa de luz que había quedado sobre su escritorio. Podía sentir la energía colectiva de sus estudiantes resonando en la habitación. Era como si una chispa de esperanza se hubiera encendido, no solo en ellos, sino también en él. Había algo poderoso en la unidad, algo que podía enfrentar cualquier sombra, no importa cuán oscura fuera.

Esa noche, cuando Hugo regresó a casa, no pudo dejar de pensar en todo lo que había sucedido. Sabía que las sombras regresaría, tarde o temprano, pero ya no las veía como una amenaza imposible de vencer. El miedo, el miedo de no ser suficiente, el miedo de estar solo en la lucha,

había comenzado a desvanecerse. Había aprendido que la verdadera fuerza residía en la conexión entre las personas, en la luz compartida.

El sol comenzaba a ponerse, pero esta vez, Hugo no sintió que la oscuridad fuera algo que debía temer. Sabía que con sus estudiantes, con todos ellos juntos, la luz nunca se apagaría.

Capítulo Ocho

El Eco de la Oscuridad

El día siguiente amaneció brillante, como si la oscuridad misma hubiera retrocedido ante el amanecer, dispuesta a esperar el momento adecuado para retornar. En la escuela, la sensación de unión que se había forjado la noche anterior seguía flotando en el aire, palpable en cada rincón del aula, en cada gesto y palabra. Los estudiantes, al llegar, compartían sonrisas y miradas cómplices, como si supieran que lo vivido el día anterior había cambiado algo profundo en ellos. Ya no eran solo compañeros de clase, ahora formaban una red más grande, más sólida, un tejido de luz y apoyo mutuo.

Hugo observaba a sus estudiantes con una mezcla de orgullo y gratitud. Mientras preparaba el aula para la clase del día, pensaba en lo que había ocurrido: cómo una simple lección sobre las sombras se había transformado en un acto de resistencia, de coraje colectivo. Sabía que aún quedaban preguntas sin respuesta, y que las sombras no desaparecerían con facilidad, pero en su corazón había algo diferente. Algo que le decía que, a partir de ese momento, ellos serían capaces de enfrentar cualquier oscuridad.

A medida que avanzaba la mañana, sin embargo, algo extraño comenzó a suceder. A pesar de la luz del sol y el calor del día, una sensación de inquietud empezó a instalarse en el aire. Los estudiantes, que habían comenzado el día con entusiasmo, ahora parecían distraídos, mirando por la ventana o al suelo, como si algo los estuviera afectando de una manera que no podían comprender del todo. Hugo notó este cambio con atención, y su intuición le dijo que algo no estaba bien.

Fue entonces cuando Luisa se acercó a él, con un cuaderno en las manos. Su rostro, normalmente sereno, estaba tenso, y sus ojos brillaban con una preocupación que no pudo ocultar.

—Maestro, hay algo extraño en el aire —dijo Luisa, con una voz que, aunque suave, cargaba un tono grave—. Anoche, después de que todos se fueron a casa, tuve un sueño... o algo más, no estoy segura. Pero sentí que las sombras no se han ido, solo se han... escondido.

Hugo frunció el ceño, sintiendo una corriente fría recorrerle la espalda. Había sabido que las sombras no desaparecerían tan fácilmente, pero la inquietud en la voz de Luisa confirmaba sus peores temores. No estaba seguro de qué estaba sucediendo, pero algo dentro de él le decía que las sombras estaban evolucionando, adaptándose, como una amenaza silenciosa que nunca se había ido del todo.

—Cuéntame más sobre tu sueño, Luisa —dijo Hugo, intentando calmar su creciente preocupación.

Luisa asintió lentamente y comenzó a relatar:

—Vi la escuela, pero no era como es ahora. Estaba oscura, sin luz, y los pasillos se alargaban hasta perderse en una neblina densa. Había algo más, algo oscuro, que me observaba desde las sombras. No podía verlo, pero sabía que estaba allí. Y entonces, escuché susurros. Murmullos que me decían que la luz nunca podría vencer a la oscuridad, que era un ciclo sin fin. Pero luego, algo cambió. Vi las luces, las velas que todos habíamos encendido, pero en mi sueño, esas velas ya no brillaban. Se estaban apagando, una por una, hasta que la última se extinguió. Y en ese momento, sentí que todo se desmoronaba, como si estuviéramos perdiendo algo muy importante.

Hugo respiró hondo, intentando procesar lo que Luisa le había contado. La descripción de su sueño era inquietante, especialmente porque coincidía con las visiones que él mismo había tenido durante la noche anterior. La idea de que las sombras no solo volvían, sino que se estaban volviendo más fuertes, más astutas, lo preocupaba profundamente.

—Gracias por compartir esto, Luisa —dijo Hugo, con una mezcla de gratitud y preocupación en la voz—. Lo que describes tiene sentido. Pero recuerda, las sombras no pueden vencernos si mantenemos nuestra luz

viva. No importa cuán oscura se ponga la noche, siempre habrá un amanecer, una nueva oportunidad para seguir adelante.

Pero, a pesar de sus propias palabras, Hugo sabía que la batalla que habían librado la noche anterior no era el final. Las sombras ya no eran solo una manifestación de miedo y oscuridad; eran algo más. Algo que se había adaptado, como si hubiera aprendido de su derrota. Y él no sabía si estaban preparados para lo que vendría.

Al final del día, cuando los estudiantes se reunieron para reflexionar sobre lo aprendido, Hugo les compartió lo que Luisa había dicho y les recordó la importancia de mantener sus luces encendidas. A pesar de la creciente sensación de incertidumbre, Hugo no podía permitir que el miedo se apoderara de ellos. Sabía que si mantenían su unidad, si continuaban compartiendo su luz, podían enfrentarse a cualquier oscuridad.

Pero en su interior, algo le decía que las sombras estaban más cerca de lo que pensaba. Y que pronto, la verdadera prueba estaría por llegar.

Esa misma noche, mientras la escuela permanecía en silencio, Hugo se quedó observando la ventana, esperando que algo sucediera. La luna estaba llena, bañando el pueblo con su luz suave y misteriosa. Los árboles, que habían sido testigos de su lucha, se mecía con el viento, creando sombras que parecían moverse con un propósito propio. Hugo sintió una presencia, algo que lo observaba desde la penumbra, algo que estaba esperando el momento adecuado para atacar.

Y entonces lo vio.

En la distancia, entre las sombras de los árboles, una figura oscura se deslizaba lentamente hacia la escuela. Era más densa que cualquier sombra que había visto antes, más sólida, como si tomara forma propia, como si fuera una extensión de la oscuridad misma. Hugo sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Sabía que era la misma figura que había visto la noche en que enfrentó la sombra por primera vez, pero esta vez algo había cambiado.

La figura se detuvo a unos metros de la escuela, y Hugo, sin pensarlo, salió al patio, sujetando con firmeza la lámpara que había usado antes. La luz de la lámpara parecía más débil esta vez, como si la oscuridad estuviera

devorando lentamente su energía. Alzó la lámpara y, con voz firme, desafió a la sombra.

—¡No dejaré que la oscuridad nos venza! ¡Nos mantenemos unidos!

La figura no respondió, pero la sombra alrededor de ella se agitó, como si estuviera cobrando vida propia. De repente, la figura dio un paso hacia adelante, y Hugo sintió una presión en el aire, una tensión que lo obligaba a respirar más rápido. Era como si la sombra estuviera tratando de envolverlo, de arrastrarlo hacia el vacío.

Hugo no cedió. En ese momento, recordó a sus estudiantes, recordó la luz que todos habían encendido esa noche, la red de apoyo que se había formado entre ellos. No estaba solo. Nunca lo estaría.

—¡Estamos juntos! —gritó con fuerza, haciendo brillar la lámpara con todo lo que tenía.

La sombra se detuvo, vacilando por un instante. Era como si algo estuviera luchando contra su avance, como si la luz de la lámpara estuviera interfiriendo con su existencia. Hugo aprovechó la oportunidad y, con un grito de determinación, corrió hacia la sombra, dispuesto a enfrentarse a ella de frente.

La batalla que siguió fue intensa. La sombra se movía rápidamente, pero la luz de la lámpara era más fuerte que nunca. Cada vez que la sombra intentaba envolverse a su alrededor, la luz la repelía, como si fuera una fuerza invencible. Hugo no dejaba de moverse, manteniendo la lámpara elevada, con la luz brillando más intensamente con cada paso.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la sombra comenzó a desvanecerse, desintegrándose lentamente en el aire, como si fuera nada más que niebla. Cuando la última sombra desapareció, Hugo cayó de rodillas, agotado, pero aliviado. La oscuridad había sido vencida, por ahora.

Pero mientras miraba hacia el cielo estrellado, una pregunta persistía en su mente. Si las sombras podían cambiar, ¿qué harían la próxima vez? ¿Estaba realmente preparado para lo que vendría? La batalla contra las sombras había llegado a su fin por ahora, pero Hugo sabía que el eco de la oscuridad nunca se iría completamente. Y lo peor era que las sombras no solo amenazaban la luz, sino también la esperanza.

La luz era su fuerza, pero ¿qué sucedería cuando la esperanza se desvaneciera? Esa era una pregunta que aún no podía responder.

Hugo permaneció en el patio, observando el lugar donde la sombra había desaparecido por completo. La luna, que antes parecía iluminar todo con su luz serena, ahora se sentía distante, como si también estuviera conteniendo el aliento. El aire estaba cargado de una tensión palpable, como si el mundo entero estuviera esperando algo, una señal, un cambio que no podía predecirse.

Respiró profundamente, sintiendo el cansancio en sus músculos, pero también una extraña sensación de victoria. Había derrotado a la sombra, sí, pero algo dentro de él sabía que esta no era la última batalla. Las sombras podían volverse más astutas, más impredecibles, pero también sabía que había algo que podía contrarrestar esa oscuridad: la luz colectiva que había despertado entre él y sus estudiantes. Esa luz no solo era física, no solo eran velas o lámparas; era algo más profundo, algo que surgía de su unidad, de su voluntad de mantenerse firmes frente a la adversidad.

Se levantó lentamente y, sin decir una palabra, regresó a la escuela. La oscuridad de la noche parecía seguirlo, pero la lámpara que llevaba en sus manos proporcionaba una luz constante, como una pequeña chispa de esperanza en medio de la vastedad de la oscuridad.

Mientras caminaba hacia el aula, Hugo sintió que no estaba solo. Aunque no podía verlos, sabía que sus estudiantes lo acompañaban en ese mismo momento, sus pensamientos conectados con los suyos, enfrentando juntos lo que el futuro les deparara.

En el aula, la luz de la lámpara iluminaba las mesas vacías, los cuadernos, las hojas arrugadas que algún estudiante había dejado en su apresuroso paso. Hugo se sentó frente al escritorio y cerró los ojos por un momento, reflexionando sobre todo lo que había ocurrido. ¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué las sombras parecían tan persistentes, tan implacables? Cada vez que sentía que había ganado, algo le decía que no podía bajar la guardia.

La pregunta de Luisa seguía resonando en su mente. Las sombras se habían ido, pero en su lugar, quedaba una sensación de vacío, una incertidumbre sobre el futuro. Algo había cambiado, y Hugo no sabía si eso

era algo bueno o malo. La luz de sus estudiantes era una bendición, pero también sentía que aún no habían alcanzado su verdadero potencial. ¿Serían capaces de mantenerla encendida cuando las sombras volvieran más fuertes?

Pensó en las palabras de los susurros que había escuchado en su mente esa misma noche. “La luz nunca podrá vencer a la oscuridad.” ¿Era eso cierto? ¿Podían las sombras realmente ser infinitas, y la luz solo un destello temporal? Hugo se negó a aceptar esa idea. No podía. Si aceptaba esa derrota, todo lo que había luchado por enseñar, todo lo que sus estudiantes habían logrado, habría sido en vano.

Fue en ese momento cuando una figura apareció en la puerta del aula. Era Julián, su rostro serio, con los ojos llenos de una mirada decidida que no había visto antes. Había algo en su porte que indicaba que no venía solo por una charla sobre las lecciones del día, sino que tenía algo importante que decir.

—Maestro, hay algo que necesitamos hacer —dijo Julián, con una calma que Hugo solo había visto en los adultos que conocía.

—¿Qué ocurre, Julián? —preguntó Hugo, levantándose lentamente.

Julián avanzó hacia él, y sin decir una palabra más, dejó sobre la mesa un cuaderno. Era el mismo cuaderno que había mostrado durante la lucha contra la sombra, con los dibujos que había hecho en sus páginas. Pero esta vez, lo que vio Hugo fue diferente. Los dibujos no eran solo figuras de sombras y luces; ahora, eran algo más complejo, algo que parecía ir más allá de lo que había ocurrido hasta ese momento.

—Es un mapa —dijo Julián, con una seriedad inusitada—. He estado soñando con esto. Cada noche desde que las sombras aparecieron, he visto el mismo lugar. Un sitio donde las sombras no se pueden tocar, un refugio donde la luz es suficiente para mantenerlas a raya. Pero está lejísimos, y no sé cómo llegar hasta allí.

Hugo miró el cuaderno con atención. El mapa mostraba un bosque denso, con caminos oscuros y retorcidos, que terminaban en lo que parecía una torre, construida de una materia que no podía identificar con certeza. Los caminos que llevaban hacia esa torre parecían estar plagados de sombras, como si todo el trayecto estuviera marcado por un peligro inminente. Sin

embargo, en el centro de la torre, había una luz que brillaba intensamente, algo que parecía una esperanza.

—Julián, ¿estás seguro de esto? —preguntó Hugo, con una mezcla de asombro y preocupación.

Julián asintió, su mirada fija en el mapa.

—Lo he soñado varias veces, maestro. Es real, y creo que ese es el único lugar donde podríamos encontrar lo que necesitamos. La luz que necesitamos para mantener las sombras a raya.

Hugo miró fijamente el mapa, sintiendo una mezcla de emoción y temor. Sabía que la lucha que habían librado hasta ese momento había sido solo una pequeña parte de lo que les esperaba. Ese mapa, esa torre, parecía ser la clave para algo mucho mayor. ¿Era posible que existiera un lugar así, un refugio en medio de la oscuridad?

—Vamos a prepararnos —dijo finalmente Hugo, con una voz llena de determinación—. Si ese es el único lugar donde podemos encontrar lo que necesitamos, iremos allí. Lo haremos juntos. No vamos a dejar que las sombras nos separen.

Esa noche, cuando el sol comenzó a ponerse, Hugo reunió a sus estudiantes. Les mostró el mapa que Julián había hecho, y les habló del viaje que tendrían que emprender. Aunque el miedo estaba presente en los ojos de algunos, todos sabían que no podían darse por vencidos. Si había una forma de vencer la oscuridad de una vez por todas, era siguiendo ese camino, con luz y esperanza como su guía.

La primera fase de su viaje comenzaba esa misma noche. El destino los esperaba, y con él, una nueva prueba que pondría a prueba todo lo que habían aprendido hasta ahora. Las sombras no solo acechaban desde el exterior, sino también en los corazones de aquellos que aún dudaban de su propia luz. La batalla no solo era física, sino también interna.

Mientras Hugo y los estudiantes se preparaban para lo que les esperaba, una sensación de unidad se consolidaba entre ellos. Sabían que el futuro era incierto, pero también sabían que juntos eran más fuertes que cualquier oscuridad que pudiera acechar.

El eco de las sombras seguía resonando en la noche, pero ahora, Hugo sentía que el eco de la luz también comenzaba a hacerse escuchar. Y esa luz, aunque pequeña, tenía el poder de iluminar incluso la oscuridad más profunda.

Capítulo Nueve

La Travesía hacia la Luz

La mañana siguiente llegó fría y sombría, como si la naturaleza misma estuviera consciente del desafío que Hugo y sus estudiantes estaban a punto de enfrentar. El sol apenas se asomaba entre las nubes, y una ligera brisa agitaba las hojas caídas en el suelo. En el aire flotaba una sensación de expectación, como si todo estuviera en pausa, esperando el primer movimiento.

Hugo se encontraba frente a la escuela, observando a sus estudiantes mientras se preparaban para partir. Había algo diferente en ellos ahora. La preocupación y el miedo que inicialmente se había reflejado en sus ojos se había transformado en una determinación silenciosa, una comprensión colectiva de que este viaje no era solo físico, sino también un viaje hacia su interior. Cada uno de ellos llevaba una vela, un símbolo de la luz que luchaban por mantener viva. Cada uno de ellos había experimentado ya, de alguna forma, el poder de las sombras, pero también sabían que solo podían enfrentarlas si se mantenían unidos.

El mapa que Julián había dibujado seguía en las manos de Hugo, doblado cuidadosamente en su bolsillo. Aunque la ruta que marcaba no era clara, una intuición profunda le decía que debían seguirla, que esa era la única forma de encontrar la respuesta. Pero la torre que se veía en el mapa parecía distante, casi inalcanzable, y lo que más le preocupaba era que no sabía qué podrían encontrar al llegar allí. Las sombras que habían enfrentado hasta ahora parecían solo un preludio, y Hugo sentía que lo peor aún estaba por venir.

—Maestro, ¿estás seguro de que esto es lo correcto? —preguntó Luisa, con una ligera duda en su voz mientras se acercaba a Hugo. Aunque su rostro estaba serio, sus ojos reflejaban una inquietud palpable.

Hugo miró a la joven, viendo en ella la misma mezcla de coraje y temor que había experimentado cuando enfrentó a la sombra por primera vez. Sin embargo, lo que más le sorprendió fue la madurez que había adquirido en tan poco tiempo. Luisa había crecido enormemente desde aquella primera noche.

—Sé que es lo correcto, Luisa. El miedo no puede detenernos, aunque lo que nos espera sea incierto. Sabemos lo que hemos logrado juntos, y eso nos dará la fuerza para seguir adelante —respondió Hugo, con una firmeza que no había sentido antes.

Los estudiantes asintieron, y uno a uno se agruparon, listos para comenzar la travesía. La luz de sus velas iluminaba el aire gris de la mañana, creando un contraste extraño con la oscuridad que aún se cernía sobre el pueblo. Hugo tomó su lámpara, la misma que había usado la noche anterior, y la levantó para que todos pudieran verla.

—Nuestro camino comienza ahora —dijo, con la voz firme, y dio un paso adelante.

La ruta que Julián había señalado en el mapa no era directa. Se extendía a través de un terreno accidentado, lleno de bosques densos, colinas rocosas y ríos de aguas rápidas. Durante horas caminaron en silencio, siguiendo el mapa y el rastro de la luz que emanaba de las velas. Aunque la naturaleza parecía tranquila, había una sensación palpable de que algo más estaba al acecho, como si las sombras las estuvieran observando desde las sombras de los árboles.

En lo más profundo del bosque, la luz de las velas comenzó a titilar, y la temperatura bajó considerablemente. Un viento helado comenzó a soplar entre los árboles, haciendo que las llamas de las velas se tambalearan. Hugo apretó los dientes, sabiendo que las sombras no tardarían en manifestarse de nuevo.

—Tenemos que seguir adelante, no podemos detenernos ahora —dijo con determinación, mirando a sus estudiantes. Los niños se agruparon más cerca de él, aferrándose a sus velas mientras avanzaban.

Poco después, el grupo llegó a un pequeño claro. Allí, el aire parecía más denso, como si la oscuridad misma estuviera más cerca. El suelo estaba cubierto de hojas secas y ramas caídas, y un silencio absoluto reinaba.

Hugo levantó la lámpara, y la luz dorada que emitía parecía ser absorbida por la niebla espesa que rodeaba el claro.

De repente, la luz de las velas se apagó al mismo tiempo, dejando al grupo en completa oscuridad. Un estremecimiento recorrió la espalda de Hugo. El aire se volvió más frío, y una sombra oscura emergió de entre los árboles, tan densa que parecía consumir la luz misma.

—¡Nos están rodeando! —gritó Julián, su voz llena de terror.

Las sombras comenzaron a moverse de forma errática, deslizándose por el suelo, entrelazándose en el aire. Era como si tomaran forma, como si fueran conscientes de la presencia de los estudiantes. Hugo levantó su lámpara con fuerza, pero la luz apenas se extendía unos pocos metros antes de verse absorbida por la negrura.

—¡No dejemos que nos atrapen! —ordenó Hugo, sin vacilar, aunque el miedo también lo acechaba.

Rápidamente, los estudiantes encendieron las velas nuevamente, pero la oscuridad parecía intensificarse aún más. Las sombras se deslizaban por el suelo, sus figuras amorfas serpenteando alrededor de ellos, como si fueran criaturas que se alimentaban de la luz. El eco de los susurros llegó nuevamente a la mente de Hugo, más fuerte que nunca:

—La luz no podrá salvarlos... la oscuridad es inevitable.

Hugo levantó la lámpara más alto, su rostro endurecido por la determinación. Sabía que debían mantener la calma, que no podían ceder al miedo. Recordó las palabras de Julián, las que había escuchado en su sueño: "Necesitamos más luces." Algo se encendió en su mente. Si una vela no era suficiente, tal vez las velas de todos juntos sí lo serían.

—¡Formen un círculo! —ordenó Hugo, mientras los estudiantes comenzaban a organizarse, reuniendo todas las velas y lámparas.

La luz que se generó de inmediato no fue solo la de las llamas, sino algo más profundo: era la luz de su unidad, de su voluntad conjunta de resistir. Las sombras comenzaron a retroceder, lentamente, pero con firmeza, como si la luz que habían creado fuera una barrera infranqueable.

Pero la batalla aún no había terminado.

A medida que las sombras se retiraban, una figura emergió del corazón de la oscuridad, una forma más grande y densa que todas las anteriores. Su contorno se recortaba en la niebla, y aunque no tenía rostro, Hugo sintió su presencia como una presión insoportable en su pecho. Era una sombra primordial, una entidad que representaba no solo la oscuridad física, sino también el miedo, la duda y la desesperanza.

La sombra habló en susurros, pero esta vez las palabras parecían llenar todo el espacio, como si provinieran de todas partes y de ninguna a la vez:

—La luz no puede vencerme, maestro. Yo soy el principio y el fin. Venimos de la misma raíz.

El viento comenzó a soplar con fuerza, desbaratando las velas, apagando algunas de las llamas. Pero en el centro del círculo de luz, Hugo se mantenía firme, con la lámpara en alto.

—La luz puede vencer todo, incluso a ti —respondió Hugo, su voz resonando con la misma determinación que había escuchado en sus estudiantes.

Con un gesto, todos los estudiantes levantaron sus velas al mismo tiempo, creando una explosión de luz que iluminó el claro con tal intensidad que las sombras comenzaron a disolverse, perdiendo forma, desvaneciéndose en el aire.

La sombra primordial dejó escapar un grito, una vibración de desesperación que resonó en cada rincón de la oscuridad. Poco a poco, la luz colectiva comenzó a derrotar su presencia, debilitando su forma hasta que, finalmente, desapareció por completo, dejando solo silencio.

Cuando la última sombra se desintegró, Hugo dejó caer la lámpara. Estaba agotado, pero una sensación de paz lo invadió. El grupo había logrado algo monumental. Habían enfrentado lo desconocido, y, unidos, habían vencido a la oscuridad.

A lo lejos, el primer rayo del amanecer asomó tímidamente, llenando el claro con su luz cálida. El sol, aunque lento, comenzaba a elevarse, como si celebrara la victoria que acababan de lograr.

—Lo logramos... —murmuró Luisa, con una sonrisa débil pero sincera.

Hugo la miró y, sin poder evitarlo, sonrió también. Sabía que su viaje aún no había terminado, pero lo que habían logrado juntos les había dado algo más importante que una simple victoria. Habían encontrado una luz que, aunque frágil, podía iluminar incluso la oscuridad más profunda.

Y sabían que, mientras la mantuvieran viva, nada podría apagarla.

El sol se elevaba lentamente sobre el horizonte, tiñendo el cielo de colores suaves y cálidos, como una promesa de nuevos comienzos. Hugo respiró profundamente, dejando que la brisa fresca acariciara su rostro. A su alrededor, los estudiantes comenzaban a despertar de su concentración intensa, sus cuerpos cansados pero sus corazones invadidos por una sensación indescriptible. Habían triunfado sobre la oscuridad, y aunque sabían que el desafío no había terminado, sentían que algo había cambiado para siempre en ellos.

—Vamos, hay que seguir adelante —dijo Hugo, rompiendo el silencio con su voz firme pero cálida. Miró a cada uno de los estudiantes con una mirada de confianza. A pesar de lo que acababan de enfrentar, no había ni un rastro de duda en su ser.

—¿Estamos listos? —preguntó Luisa, mirando a su alrededor, como si la quietud del lugar aún guardara ecos de lo que había sucedido.

—Listos —respondió Julián, tomando su vela entre las manos con renovada determinación.

—Sí, vamos —añadió Piero, un niño más reservado, pero que, al igual que los demás, había encontrado su lugar en esa lucha. Aunque su rostro era serio, los ojos brillaban con una intensidad que antes no se veía en él.

Sin más palabras, Hugo levantó la lámpara una vez más, guiando al grupo hacia el camino que les quedaba por recorrer. La senda que seguían, aunque despejada por el momento, era incierta. Las marcas del mapa se desvanecían entre las sombras de los árboles, como si el propio paisaje hubiera comenzado a cambiar a medida que se adentraban más en lo desconocido.

Cada paso parecía resonar en el suelo, como un eco que les recordaba que la travesía no era solo una lucha contra las sombras externas, sino

también una batalla interna, una prueba de fuerza, coraje y voluntad. Habían aprendido que la luz no solo dependía de las velas que sostenían, sino también de la fuerza que surgía de su interior, de la capacidad de mantenerse firmes cuando todo parecía desmoronarse.

A medida que avanzaban, la atmósfera se tornó más pesada. La niebla comenzó a espesar, envolviendo todo a su alrededor. Los árboles parecían moverse, como si estuvieran observando, y el viento se volvió más frío. Hugo sintió que la oscuridad que habían derrotado en el claro no había desaparecido por completo. De alguna manera, sentía que la sombra primordial había dejado algo en el aire, una sensación de vacío y fragilidad.

La voz de Julián rompió el silencio de nuevo, una voz llena de incertidumbre:

—Maestro, ¿qué pasa si no encontramos la torre? ¿Y si las sombras regresan?

Hugo lo miró, leyendo en sus ojos el mismo temor que él sentía. La duda no podía ser ignorada. Después de todo, la torre, según el mapa, estaba tan lejos que parecía un sueño imposible. Sin embargo, la única respuesta que podía ofrecer era la que había aprendido en el enfrentamiento anterior: la luz no siempre se trata de vencer a la oscuridad, sino de mantenerla a raya, de seguir adelante incluso cuando todo parece perdido.

—No importa lo que encontremos o no encontremos —dijo Hugo con calma, tratando de transmitir seguridad en sus palabras—. Lo que importa es que seguimos juntos, y mientras estemos unidos, nada podrá vencer nuestra luz.

Julián asintió lentamente, como si sus palabras hubieran comenzado a calar hondo en su interior. Pero, a pesar de su respuesta tranquila, Hugo pudo ver en su rostro la sombra de la duda que aún rondaba. No era una duda sobre sus compañeros, sino sobre lo que verdaderamente les esperaba. Nadie sabía qué pasaría en su próximo paso. La incertidumbre era una constante.

A medida que avanzaban por el bosque, el aire se volvía más denso, más tenso. La niebla los rodeaba cada vez más, dificultando la visión, y las ramas de los árboles crujían con el viento, creando ecos extraños que se mezclaban con los susurros de la oscuridad. El silencio reinaba, pero

estaba plagado de presencias invisibles, como si todo el bosque estuviera al acecho.

De repente, el grupo llegó a un cruce en el camino. Delante de ellos se alzaba un viejo puente de piedra, cubierto por musgo y enredaderas. El agua del río que cruzaba bajo él fluía con rapidez, y la niebla parecía intensificarse a medida que se acercaban.

—Este es el lugar del mapa —dijo Hugo, con una mezcla de alivio y aprensión. A lo lejos, en la niebla, pudo distinguir la forma de una torre, aparentemente desmoronada, como si hubiera sido testigo de siglos de abandono.

A pesar de su tamaño imponente, la torre no emanaba ninguna sensación de esperanza. Por el contrario, parecía absorber la luz que se acercaba a ella, como si todo lo que tocara se desvaneciera. El miedo empezó a invadir el pecho de los estudiantes, y Hugo podía ver cómo sus manos temblaban mientras sostenían las velas.

—¿Es aquí? —preguntó Luisa, con voz temblorosa, mirando al maestro.

Hugo asintió lentamente, pero no podía negar que había algo inquietante en ese lugar. El viento cesó por un momento, y el silencio se hizo absoluto. En ese preciso instante, el puente pareció emitir un crujido, como si estuviera cobrando vida. Hugo frunció el ceño. Algo no estaba bien.

—Este es el momento, chicos —dijo Hugo, tomando aire—. No retrocedemos, avanzamos. La torre nos espera, y lo que hay allí es el final de lo que empezamos anoche.

Tomó la delantera, avanzando con paso firme hacia el puente. Los estudiantes lo siguieron, con las velas en alto, sus sombras alargadas por la luz vacilante. Cada paso que daban en el puente era un eco en la quietud del lugar. La niebla parecía querer devorarlos, y la torre, ahora más cerca, se alzaba ominosa sobre ellos.

A medida que cruzaban, algo extraño comenzó a suceder. Las sombras en el suelo parecían estirarse hacia ellos, como tentáculos invisibles que intentaban atraparlos. El aire se volvió aún más pesado, y Hugo comenzó a sentir una presión en su pecho. Estaba cerca. El momento decisivo se

acercaba, y aunque no sabía con certeza lo que sucedería, entendió que no había marcha atrás.

Llegaron al final del puente y se encontraron frente a la base de la torre. La entrada estaba oscura, casi sellada, como si la torre misma estuviera esperando a que se acercaran para desvelar sus secretos. Pero Hugo no dudó. Levantó su lámpara y dio el primer paso hacia la entrada.

—Estamos listos —murmuró, aunque su voz temblaba ligeramente.

Con un último vistazo hacia sus estudiantes, Hugo empujó la puerta de la torre. El sonido que produjo al abrirse fue el de un metal crujido, como si algo viejo y olvidado se despertara.

Dentro, todo estaba oscuro, pero el aire ya no era tan opresivo. Hugo dio un paso al frente, su lámpara brillando más intensamente a medida que avanzaba. La luz que traían consigo parecía ahora más poderosa, como si estuviera absorbiendo la oscuridad de la torre.

Pero justo cuando creyeron que estaban a salvo, un rugido bajo resonó en las profundidades de la torre, y las sombras volvieron, más densas y agresivas que nunca.

Capítulo Diez

El Corazón de las Sombras

La docencia, al igual que la luz, es un acto de fe y paciencia. No se trata únicamente de impartir conocimiento, sino de encender llamas en otros, incluso cuando el camino parece envuelto en sombras. Para Hugo, este viaje fue mucho más que una batalla contra fuerzas externas; fue un reflejo de los desafíos diarios que enfrenta cualquier maestro: guiar, proteger y empoderar a sus estudiantes para enfrentar sus propios temores y dudas. Cada paso que dio, cada obstáculo que superó, reforzó en él la comprensión de que ser un buen docente no es solo dar respuestas, sino enseñar a sus alumnos a encontrarlas, incluso en los momentos más oscuros. En la torre, Hugo no solo lideró a sus estudiantes, sino que también descubrió en sí mismo una fortaleza que desconocía, una capacidad de inspirar y conectar que iba más allá del aula. Su travesía lo transformó en un verdadero faro, alguien que entendió que la enseñanza no es solo preparar a otros para aprender, sino para convertirse en su

propia luz, capaz de brillar y enfrentar cualquier oscuridad que el mundo les presente.

La puerta de la torre se cerró tras ellos con un estruendo, como si el lugar quisiera aprisionarlos en su interior. Un eco profundo se propagó por el aire, y los estudiantes se detuvieron, sintiendo cómo el suelo bajo sus pies vibraba levemente. El interior de la torre era vasto, más grande de lo que habían imaginado, con muros que se alzaban hacia una oscuridad insondable, perdiéndose de vista. La única fuente de luz era la que ellos mismos portaban: la lámpara de Hugo y las velas que sostenían en sus manos.

Hugo avanzó con cautela, sus ojos recorriendo cada rincón del lugar. El silencio era absoluto, pero no era un silencio vacío; estaba cargado de una tensión palpable, como si algo estuviera observándolos desde las sombras. El suelo estaba cubierto de un polvo espeso que amortiguaba sus pasos, y las paredes estaban decoradas con símbolos antiguos grabados en piedra, llenos de formas serpenteantes y patrones que parecían cambiar cuando los miraban fijamente.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Luisa, su voz apenas un susurro. Sus ojos, grandes y asustados, trataban de abarcar el vasto espacio que los rodeaba.

—Es como si la torre estuviera viva —dijo Julián, estrechando más fuerte su vela, que parpadeaba tenuemente.

—Cuidado con las palabras, Julián —advirtió Hugo, aunque su tono no era de reproche, sino de cautela—. Aquí todo puede volverse real. No olviden que las sombras se alimentan de lo que sentimos, de lo que pensamos.

Los estudiantes asintieron, aunque la advertencia no hizo mucho por calmar sus corazones. Hugo sabía que el miedo era inevitable, pero esperaba que pudieran controlarlo lo suficiente como para superar lo que fuera que los esperaba en el corazón de la torre.

A medida que avanzaban, el aire parecía hacerse más denso, como si cada paso los sumergiera más en un océano invisible. La luz de las velas comenzó a debilitarse, como si la oscuridad estuviera absorbiéndola. Hugo alzó su lámpara, que seguía brillando con fuerza, y los estudiantes se acercaron más a él, buscando refugio en su resplandor.

—No se separen —ordenó Hugo, con firmeza.

El grupo siguió avanzando hasta llegar a un gran salón central. En el centro, se encontraba un pedestal de piedra negra, brillante y pulida, que parecía estar hecho de la misma esencia que las sombras. Sobre él, flotaba un orbe oscuro, pulsante, como un corazón que latía con vida propia. Cada pulsación emitía un sonido bajo y grave, que resonaba en los huesos de los presentes.

—Ese debe ser el núcleo... —dijo Hugo, deteniéndose. Su voz estaba cargada de asombro y preocupación.

—¿El núcleo de qué? —preguntó Piero, retrocediendo un paso.

—El núcleo de las sombras —respondió Hugo. Su mirada estaba fija en el orbe, tratando de entender su naturaleza—. Es la fuente de todo esto. Si lo destruimos, la oscuridad perderá su poder.

—¿Y cómo lo destruimos? —preguntó Luisa, aunque en su voz se notaba que no quería oír la respuesta.

Antes de que Hugo pudiera responder, el orbe emitió un sonido agudo, y las sombras comenzaron a desprenderse de las paredes, del suelo, del aire mismo, acumulándose en el salón como una marea negra. Los estudiantes se apiñaron alrededor de Hugo, temblando, mientras las sombras tomaban forma: figuras humanoides, deformes, con ojos brillantes como carbones encendidos.

—¡Recuerden lo que hemos aprendido! —gritó Hugo, alzando su lámpara—. No es su fuerza lo que nos amenaza, es nuestro miedo. ¡Mantengan la calma, mantengan la luz viva!

Las figuras avanzaron, rodeándolos lentamente. Cada paso de las sombras parecía drenar un poco más la energía del grupo. Luisa apretó su vela con fuerza, pero su luz comenzaba a vacilar.

—No puedo hacerlo... no puedo... —susurró, con lágrimas en los ojos.

—¡Sí puedes! —gritó Julián, poniéndose a su lado. Su propia vela temblaba, pero él seguía firme—. Recuerda lo que dijo el maestro. ¡No dejes que te controlen!

Luisa asintió con dificultad, cerrando los ojos y concentrándose en la pequeña llama de su vela. Poco a poco, la luz dejó de vacilar y volvió a brillar con fuerza. Hugo observó aquello con alivio, pero no podía permitirse distraerse. Las sombras estaban cada vez más cerca, y el orbe seguía pulsando, como si estuviera alimentándolas.

—Tenemos que llegar al pedestal —dijo Hugo, mirando a los estudiantes—. Necesito que confíen en mí. Vamos a formar un círculo y avanzar juntos. No importa lo que pase, no rompan la formación. ¿Entendido?

Los estudiantes asintieron, aunque sus rostros estaban llenos de miedo. Se tomaron de las manos, formando un círculo alrededor de la lámpara de Hugo, y comenzaron a avanzar lentamente hacia el pedestal. Las sombras los atacaron con más fuerza, tratando de romper la formación, pero cada vez que lo intentaban, la luz de la lámpara las repelía.

—¡Sigan adelante! —gritó Hugo, esforzándose por mantener su propia calma. Sabía que si él flaqueaba, el grupo lo sentiría, y todo se derrumbaría.

Finalmente, llegaron al pedestal. Hugo se adelantó, dejando que los estudiantes mantuvieran el círculo. Levantó su lámpara y la colocó sobre el orbe. La luz de la lámpara comenzó a brillar con una intensidad cegadora, y el orbe emitió un chillido agudo, como si estuviera siendo herido. Las sombras retrocedieron, agitándose como una marea furiosa, pero no desaparecieron.

—¡No es suficiente! —gritó Piero, viendo cómo las sombras volvían a avanzar.

—¡Necesitamos más luz! —respondió Hugo—. ¡Pongan sus velas sobre el pedestal! ¡Rápido!

Uno a uno, los estudiantes colocaron sus velas junto a la lámpara. La luz combinada creció exponencialmente, llenando la sala con un resplandor que parecía perforar la misma oscuridad. El orbe emitió un último chillido antes de explotar en mil fragmentos, y las sombras se desintegraron, disipándose como humo en el aire.

El silencio regresó, pero esta vez era un silencio de paz. La torre, que antes parecía opresiva, ahora se sentía vacía, libre. Hugo se dejó caer de rodillas,

agotado, mientras los estudiantes lo rodeaban, sus rostros llenos de alivio y lágrimas.

Habían ganado.

El grupo permaneció en el centro del salón, con la tenue luz de las velas ahora reducida a un suave parpadeo. Hugo respiraba con dificultad, sus manos temblaban mientras intentaba recuperar fuerzas. Los estudiantes se miraban entre ellos, como si no pudieran creer lo que acababan de lograr. El polvo del pedestal negro todavía flotaba en el aire, y pequeños fragmentos del orbe caían al suelo, emitiendo un débil resplandor que se apagaba lentamente.

—Lo hicimos... —susurró Julián, rompiendo el silencio. Su voz estaba cargada de asombro.

—Lo logramos —repitió Luisa, con una risa nerviosa que rápidamente se convirtió en sollozos de alivio. Se dejó caer sobre el suelo, sosteniendo su rostro con las manos. Había sido demasiado, incluso para su valentía recién descubierta.

Hugo observó a sus estudiantes con una mezcla de orgullo y cansancio. Habían superado la prueba, no solo enfrentándose a las sombras, sino también a sus propios miedos. Habían aprendido una lección que ni el aula ni los libros podían enseñar: que el verdadero enemigo no era lo que los rodeaba, sino lo que llevaban dentro.

—Esto no ha terminado del todo —dijo Hugo finalmente, poniéndose de pie con esfuerzo. Su voz era firme, pero suave, para no alarmarlos—. Hemos destruido el núcleo de las sombras, pero esta torre sigue siendo un lugar de poder. Si no sellamos esta sala, podría volver a atraer lo que acabamos de erradicar.

—¿Sellarla? —preguntó Piero, su voz aún temblorosa—. ¿Cómo lo haremos?

Hugo miró alrededor. Aunque el orbe estaba destruido, las marcas en las paredes seguían presentes, brillando débilmente, como si todavía conservaran algo de la energía oscura que una vez controló el lugar. El maestro cerró los ojos por un momento, conectándose con su instinto, ese que había aprendido a confiar durante años de entrenamiento.

—Necesitaremos un sacrificio de luz —respondió finalmente, abriendo los ojos.

Los estudiantes intercambiaron miradas confusas.

—¿Un sacrificio? —preguntó Julián, frunciendo el ceño—. ¿Qué significa eso?

—No me refiero a sacrificarnos nosotros mismos —aclaró Hugo rápidamente, viendo el miedo reflejado en sus rostros—. Me refiero a las velas, a nuestra lámpara. La luz que nos protegió puede sellar este lugar, pero al hacerlo, la perderemos. Este artefacto no podrá volver a ser usado.

El grupo quedó en silencio, procesando lo que esto implicaba. La lámpara era una herramienta poderosa, un símbolo de protección y guía. Perderla sería como dejar atrás una parte de ellos mismos.

—¿Y si volvemos a necesitarla? —preguntó Luisa, con un tono de duda—. ¿Qué pasará si enfrentamos algo peor que esto?

—Si hacemos esto bien, no habrá nada peor que enfrentar —respondió Hugo, mirándola con seriedad. Luego miró a los demás—. Lo que enfrentamos hoy no fue solo una amenaza externa, sino un reflejo de nuestros propios temores. Si aprendemos a dominar eso, no necesitaremos depender de artefactos como esta lámpara. La luz siempre estará con nosotros.

Los estudiantes parecieron meditar en sus palabras. Finalmente, uno por uno, asintieron.

—Hagámoslo —dijo Julián, dando un paso adelante—. No quiero que algo como esto vuelva a pasar, no aquí ni en ningún otro lugar.

Hugo asintió, conmovido por la determinación de sus estudiantes. Juntos, rodearon el pedestal una última vez. Hugo alzó la lámpara, y los estudiantes colocaron sus velas alrededor de ella, creando un círculo de luz. Luego, Hugo comenzó a recitar un antiguo encantamiento, uno que resonaba con el poder de la luz y la voluntad colectiva de todos los presentes.

La sala comenzó a llenarse de un resplandor brillante, tanto que los estudiantes tuvieron que cerrar los ojos. La luz parecía envolverlos, atravesándolos, como si limpiara cada rincón de sus corazones y mentes.

Entonces, la lámpara comenzó a brillar intensamente, hasta que, con un destello final, se apagó.

Cuando los estudiantes abrieron los ojos, el pedestal estaba vacío, y las marcas en las paredes se habían desvanecido. La sala, que antes parecía viva con oscuridad, ahora estaba completamente inerte, como una simple habitación de piedra.

—Está hecho —dijo Hugo en voz baja. Se permitió una pequeña sonrisa de alivio—. Este lugar ya no será una amenaza para nadie.

—¿Y ahora qué? —preguntó Luisa, rompiendo el silencio.

Hugo miró hacia la puerta por la que habían entrado. A través de ella, podían ver un tenue resplandor: la luz del amanecer.

—Ahora volvemos a casa —dijo Hugo, dándoles una palmada en el hombro a cada uno mientras los guiaba hacia la salida—. Hemos aprendido lo que necesitábamos aprender. Pero lo más importante es que hemos cambiado. Cada uno de ustedes es más fuerte de lo que era cuando entramos. No olviden eso.

El grupo salió de la torre, dejando atrás la oscuridad y el miedo que había habitado allí durante tanto tiempo. Cuando pisaron el exterior, el aire fresco y la luz del sol les dieron la bienvenida, y por primera vez en horas, se sintieron verdaderamente libres.

Hugo miró a sus estudiantes mientras se alejaban de la torre, sintiendo un profundo orgullo por ellos. Habían enfrentado lo inimaginable, y lo habían superado. No eran los mismos estudiantes asustados que habían entrado a la torre. Ahora eran algo más.

Eran luz.

Tercera Parte

La Investigación en la Universidad

La investigación académica es un pilar fundamental del desarrollo académico y profesional, porque permite la construcción de nuevos conocimientos y la resolución de problemas en diversos campos del conocimiento. A diferencia de los ciclos educativos anteriores, donde el aprendizaje se centra en la adquisición de información, en la universidad se espera que los estudiantes desarrollen una actitud investigativa que les permita cuestionar, analizar y generar nuevas ideas (Carvajal, 2012). La mediación educativa juega un papel clave en este proceso, porque facilita el acceso a herramientas metodológicas y promueve la autonomía intelectual. El texto paralelo, como estrategia de aprendizaje, se convierte en un recurso esencial para documentar el proceso de investigación, ya que permite la construcción progresiva del conocimiento a partir del pensamiento y la escritura.

El viaje de Hugo en ambos textos paralelos no solo representa el proceso de enseñanza y aprendizaje, sino que también refleja la importancia de la investigación en la educación universitaria. Así como Hugo se enfrenta a situaciones en las que debe buscar respuestas y construir su propio conocimiento, los estudiantes universitarios deben desarrollar habilidades de indagación, análisis y síntesis.

En la maestría, cada lectura, cada trabajo y cada discusión han sido similares a los desafíos que Hugo ha enfrentado. La incertidumbre ante nuevos temas, la dificultad de comprender ciertos conceptos y la necesidad de generar nuevas ideas son experiencias que, en paralelo, vivimos como estudiantes. La investigación no solo es un medio para profundizar en el conocimiento, sino que también representa una herramienta para la autonomía intelectual y el desarrollo de una actitud crítica.

La experiencia de esta maestría ha demostrado que aprender no es solo recibir información, sino cuestionarla, contrastarla y, sobre todo, aplicarla. Al igual que Hugo, hemos tenido que recorrer un camino en el que la reflexión y la creatividad han sido esenciales para construir nuestro propio conocimiento. La mediación pedagógica ha permitido que este proceso no sea caótico ni aislado, sino que tenga una estructura y un propósito claro.

Cada lectura analizada, cada texto paralelo trabajado y cada experiencia compartida en clases han sido piezas fundamentales en la construcción de una comprensión más profunda sobre la educación y la mediación pedagógica. Hugo, como personaje, ha experimentado momentos de duda, momentos de claridad y momentos de

transformación, lo que es un reflejo de nuestra propia evolución a lo largo de este proceso formativo.

La investigación universitaria se convierte, entonces, en un puente entre la teoría y la práctica, un espacio donde las ideas se ponen a prueba y se convierten en conocimiento aplicado. Así como Hugo aprendió a navegar en un mundo lleno de incertidumbre, los estudiantes universitarios deben aprender a gestionar la complejidad del conocimiento y a utilizarlo de manera efectiva en su práctica profesional.

Finalmente, esta maestría nos ha permitido comprender que la educación no es un proceso unidireccional, sino un camino compartido entre docentes y estudiantes. La mediación pedagógica ha sido ese puente que ha facilitado nuestro aprendizaje, proporcionando herramientas y estrategias para desarrollar un pensamiento autónomo y reflexivo. De esta manera, el aprendizaje universitario no solo nos prepara para enfrentar los retos del mundo académico, sino que también nos transforma como individuos, tal como Hugo experimentó en su viaje a través de los textos paralelos.

Ambos textos paralelos permitieron evidenciar cómo la mediación pedagógica y la investigación se entrelazan en la educación universitaria. La escritura reflexiva, lejos de ser una simple tarea académica, se transforma en un recurso esencial para estructurar el pensamiento, desarrollar la argumentación y consolidar el aprendizaje. En este sentido, los textos paralelos demostraron ser una metodología eficaz para potenciar el desarrollo académico, ya que brindaron un espacio para cuestionar, reinterpretar y profundizar en los temas abordados durante la maestría. De este modo, el proceso de escritura y reflexión se consolidó como un componente fundamental en la formación de un investigador comprometido con la generación de nuevos conocimientos.

Desde una perspectiva más amplia, el desarrollo de la investigación en la universidad no solo responde a la necesidad de generar conocimiento, sino que también tiene un impacto directo en la forma en que los docentes y estudiantes enfrentan los desafíos del mundo moderno. La capacidad de cuestionar, analizar y reconstruir ideas permite que el aprendizaje sea un proceso continuo que se extiende más allá de las aulas.

La historia de Hugo es una metáfora de la perseverancia académica, donde cada obstáculo superado representa un aprendizaje significativo. En la universidad, los

estudiantes no solo enfrentan el reto de la comprensión teórica, sino también el de la aplicación práctica, un aspecto esencial para lograr una educación integral que tenga impacto en el desarrollo profesional.

Así como la mediación pedagógica ha guiado a Hugo en su viaje, en el ámbito universitario los docentes cumplen un papel clave al proporcionar herramientas metodológicas que fomenten la reflexión y la independencia intelectual. La investigación, entonces, se convierte en el puente que conecta la teoría con la acción, permitiendo que el conocimiento tenga una utilidad real y aplicable.

En última instancia, el proceso de enseñanza y aprendizaje en la universidad debe ser visto como un viaje de transformación personal y profesional. Tal como Hugo enfrentó retos que lo llevaron a redefinir su manera de ver el mundo, los estudiantes universitarios experimentan un crecimiento similar al sumergirse en el conocimiento, la exploración y la construcción de nuevas ideas.

Conclusiones y Recomendaciones

La experiencia adquirida a lo largo de este programa ha tenido un impacto significativo en la visión de la enseñanza y el aprendizaje en el contexto universitario. Mediante el estudio y la aplicación de la mediación pedagógica, se ha comprendido que el proceso educativo debe ir más allá de la simple transmisión de conocimientos, integrando estrategias que permitan a los estudiantes construir su propio aprendizaje. En este sentido, el uso de textos paralelos como herramienta metodológica ha resultado esencial para fortalecer la capacidad de análisis, reflexión y argumentación, promoviendo así un aprendizaje más autónomo y significativo. Asimismo, la tutoría ha desempeñado un papel fundamental al demostrar la importancia del apoyo en la formación académica, enfatizando que la enseñanza no es solo una tarea pedagógica, sino también un proceso de guía y orientación.

A lo largo de este trabajo, hemos analizado el impacto de la mediación pedagógica en el proceso de enseñanza y aprendizaje a través de la historia de Hugo, quien representa el recorrido de un estudiante universitario enfrentando los desafíos del conocimiento. Sus experiencias han servido como una metáfora del papel que desempeña la educación en la formación de los individuos, resaltando la importancia de un aprendizaje significativo que va más allá de la simple memorización de contenidos. A través de los textos paralelos, se ha podido evidenciar cómo el acompañamiento adecuado de los docentes facilita el desarrollo del pensamiento crítico y la autonomía en los estudiantes, dos habilidades esenciales en el ámbito académico y profesional.

La educación universitaria no es solo una etapa de acumulación de información, sino un espacio donde los estudiantes aprenden a interpretar, analizar y aplicar el conocimiento en situaciones concretas. En este sentido, la mediación pedagógica actúa como un puente entre el contenido académico y la comprensión real del mismo, permitiendo que los estudiantes no solo comprendan conceptos teóricos, sino que también sean capaces de utilizarlos de manera efectiva. A través de la historia de Hugo, hemos podido reflexionar sobre cómo la enseñanza no debe limitarse a la instrucción directa, sino que debe fomentar la exploración y la construcción del conocimiento a partir de la experiencia propia.

Uno de los aspectos más importantes que se han resaltado en este análisis es el papel del docente como mediador del aprendizaje. La función del profesor no se limita a la transmisión de conocimientos, sino que implica orientar a los estudiantes en su proceso de aprendizaje, ayudándolos a desarrollar habilidades para pensar de

manera autónoma. Esto se observa claramente en la evolución de Hugo, quien pasa de depender completamente de la guía externa a asumir un rol más activo en la construcción de su conocimiento. Este proceso refleja la importancia de brindar a los estudiantes herramientas para que puedan aprender de manera independiente y aplicar lo aprendido en distintos contextos.

Asimismo, este estudio ha evidenciado la relevancia del error como parte del proceso educativo. En muchas ocasiones, los estudiantes perciben el error como un signo de fracaso, cuando en realidad representa una oportunidad de aprendizaje. La historia de Hugo nos muestra que cada obstáculo superado contribuye al crecimiento intelectual y personal del estudiante. La mediación pedagógica debe enfocarse en fomentar una cultura del error en la que los alumnos se sientan cómodos al cometer equivocaciones y aprender de ellas, sin miedo a ser juzgados o castigados por no tener respuestas correctas en todo momento.

Otro punto clave que se ha abordado es la transición del aprendizaje dependiente al aprendizaje autónomo. La universidad es un espacio donde se espera que los estudiantes desarrollen independencia académica, pero esto no significa que deban hacerlo sin orientación. Los docentes deben facilitar este proceso de manera progresiva, proporcionando estrategias y recursos que les permitan gestionar su propio aprendizaje de manera efectiva. En la historia de Hugo, vemos cómo el protagonista enfrenta dificultades cuando se le exige mayor autonomía, lo que nos lleva a reflexionar sobre la importancia de un acompañamiento gradual que prepare a los estudiantes para asumir un rol activo en su educación.

La reflexión sobre la enseñanza universitaria a través de los textos paralelos también nos ha permitido comprender que el aprendizaje no es una experiencia uniforme para todos los estudiantes. Cada individuo tiene su propio ritmo, intereses y estrategias para asimilar la información. La mediación pedagógica, en este sentido, debe ser flexible y adaptarse a las necesidades de cada estudiante, promoviendo metodologías diversas que permitan a todos encontrar la mejor manera de aprender. La enseñanza no debe ser un proceso rígido, sino un sistema dinámico que responda a las particularidades de cada persona.

Además, este análisis nos ha llevado a considerar la importancia del contexto en la educación. Los estudiantes no aprenden en un vacío, sino en un entorno lleno de influencias que afectan su proceso de aprendizaje. La mediación pedagógica debe tomar en cuenta estos factores y buscar estrategias que ayuden a los alumnos a relacionar el conocimiento con su realidad. En la historia de Hugo, observamos cómo

su entorno influye en su capacidad para enfrentar los desafíos académicos, lo que nos recuerda que la enseñanza debe estar conectada con las experiencias de los estudiantes para ser realmente significativa.

En relación con esto, se ha demostrado que el aprendizaje significativo ocurre cuando los estudiantes pueden establecer conexiones entre lo que aprenden y lo que ya conocen. En la universidad, es fundamental que los docentes ayuden a sus alumnos a vincular los nuevos conceptos con sus experiencias previas, facilitando así una comprensión más profunda y duradera. En la historia de Hugo, podemos ver cómo su crecimiento depende de su capacidad para integrar el conocimiento adquirido con sus experiencias pasadas, un proceso que es clave en la educación superior.

Por otra parte, la educación universitaria también tiene un fuerte impacto en la formación humanística de los estudiantes. No se trata solo de adquirir conocimientos técnicos, sino de desarrollar una visión crítica del mundo y una capacidad reflexiva que les permita entender su papel en la sociedad. La mediación pedagógica debe incluir un enfoque humanístico que promueva valores como la ética, la responsabilidad y la empatía, elementos esenciales para la formación integral de cualquier profesional.

Otro aspecto relevante que hemos analizado es el papel de la motivación en el proceso de aprendizaje. Sin motivación, el conocimiento se convierte en una carga en lugar de una oportunidad de crecimiento. Los textos paralelos nos muestran que Hugo avanza en su aprendizaje cuando encuentra sentido y propósito en lo que está aprendiendo, lo que refuerza la idea de que los docentes deben diseñar estrategias que mantengan el interés y la curiosidad de los estudiantes.

La tecnología también juega un papel importante en la educación universitaria actual. La mediación pedagógica debe integrar herramientas tecnológicas que potencien el aprendizaje y faciliten el acceso a la información. Sin embargo, su uso debe estar orientado a fomentar la interacción y el pensamiento crítico, evitando que los estudiantes se limiten a un consumo pasivo de contenidos sin una reflexión profunda sobre ellos.

En conclusión, la enseñanza universitaria debe ser vista como un proceso en constante evolución, donde tanto docentes como estudiantes tienen un papel activo en la construcción del conocimiento. La mediación pedagógica es el elemento clave que permite que este proceso se lleve a cabo de manera efectiva, proporcionando a los estudiantes las herramientas necesarias para desarrollar autonomía, pensamiento crítico y una comprensión significativa del mundo que los rodea.

Para mejorar la educación universitaria, es fundamental que se implementen estrategias pedagógicas innovadoras que promuevan un aprendizaje activo y reflexivo. La enseñanza no debe centrarse únicamente en la transmisión de información, sino en la construcción de experiencias que permitan a los estudiantes desarrollar habilidades para analizar, cuestionar y aplicar lo aprendido en distintos contextos.

Asimismo, se recomienda que los docentes fomenten una cultura de aprendizaje basada en la experimentación y el descubrimiento. Los estudiantes deben sentirse motivados a explorar nuevas ideas, cometer errores y aprender de ellos, sin temor a ser castigados por no cumplir con un modelo rígido de educación.

La formación docente también debe ser una prioridad. Para que la mediación pedagógica sea efectiva, los profesores deben recibir capacitación constante en metodologías innovadoras y estrategias didácticas que les permitan adaptarse a las necesidades cambiantes de los estudiantes.

Desde una perspectiva pedagógica, este programa ha permitido replantear el rol del educador, entendiendo que su función no se limita a transmitir conocimientos, sino que también debe actuar como mediador y facilitador del aprendizaje. La formación humanística adquirida ha reafirmado la importancia de una educación basada en valores, en la que la empatía, la reflexión y el pensamiento crítico son pilares esenciales. La investigación educativa, por su parte, se ha consolidado como un eje clave en la construcción del conocimiento, promoviendo una actitud inquisitiva y la búsqueda de soluciones innovadoras a los desafíos que enfrenta la educación superior. Este enfoque integral ha permitido una mejor comprensión de la relación entre la enseñanza, el aprendizaje y el desarrollo personal, brindando herramientas para mejorar las prácticas educativas y generar un impacto positivo en el estudiantado.

En cuanto a las recomendaciones, es fundamental seguir promoviendo la mediación educativa como estrategia central en la docencia universitaria, incorporando metodologías que fomenten la participación activa del estudiantado. Asimismo, se sugiere fortalecer la tutoría como espacio de apoyo académico y emocional, asegurando que el estudiantado cuente con el apoyo necesario para afrontar los retos de la educación superior. Finalmente, se recomienda seguir promoviendo la escritura reflexiva y la investigación como medio para consolidar el aprendizaje, fomentando una cultura de análisis y construcción de conocimiento en el ámbito universitario. De

esta manera, se podrá garantizar una educación más integral y crítica, comprometida con el desarrollo humano y social.

Finalmente, es importante que la educación universitaria se enfoque en la formación integral de los estudiantes, promoviendo no solo el desarrollo de habilidades académicas, sino también la formación de ciudadanos críticos, responsables y comprometidos con su entorno. Solo a través de una enseñanza humanística y significativa podremos garantizar una educación que realmente transforme vidas y contribuya al desarrollo de una sociedad más justa y equitativa.

Bibliografía

Antúnez, S. (1993). *La gestión de la enseñanza: claves para la organización de los centros educativos*. Graó.

Carvajal, M. (2012). *Digitalización y Mediación Pedagógica*. Editorial Universitaria.

Castillo, D. P. (2002). *La Mediación Pedagógica*. Homo Sapiens Ediciones.

Escudero, I. (2002). *Didáctica de la lengua y la literatura en la educación secundaria*. Ediciones Akal.

Freire, P. (1970). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI Editores.

Litwin, E. (2005). *El Oficio de Enseñar: Condiciones y Contextos*. Paidós.

Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO).

Mosteiro, A. P., & Porto, A. M. (2017). *Investigación En Educación: Métodos Y Enfoques*. Editorial Académica Española.

Ovalles Pabón, L. (2009). *Conectivismo: Un nuevo paradigma en la educación actual*.

Perrenoud, P. (1998). *La evaluación de los alumnos: De la producción de la excelencia a la regulación de los aprendizajes*. Octaedro.

Rodríguez, S. (1975). *Galeato a Luces y Virtudes Sociales (Vol. II, p. 87)*. Caracas: *Obras Completas*. Universidad Simón Rodríguez.

Siemens, G. (2004). *Conectivismo: Una teoría de aprendizaje para la era digital*.

Tenti Fanfani, E. (2005). *La condición docente: Análisis comparado de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay*. IIPE-UNESCO.

Torres, J., & Jiménez, M. (2009). *Construcción Del Objeto Y Referentes Teóricos En La Investigación Educativa*. Universidad Nacional Autónoma de México.

UNESCO. (2017). *La educación en América Latina y el Caribe: Análisis y desafíos*. UNESCO.

Zabalza, M. A. (2003). *Competencias docentes del profesorado universitario: Calidad y desarrollo profesional*. Narcea.

Anexo

Glosario de Términos de Texto Paralelo Uno (Hugo y la Rosa Cartesiana)

1. **Autoeficacia:** Creencia en la propia capacidad para enfrentar desafíos y alcanzar metas en el aprendizaje.
2. **Aprendizaje Experiencial:** Método basado en la adquisición de conocimientos a través de experiencias prácticas y reflexivas.
3. **Autorregulación del Aprendizaje:** Capacidad del estudiante para planificar, monitorear y evaluar su propio proceso de aprendizaje.
4. **Barreras de Aprendizaje:** Obstáculos que dificultan la adquisición de conocimientos, ya sean personales, contextuales o institucionales.
5. **Competencia Comunicativa:** Habilidad para expresar y comprender mensajes de manera eficaz en diferentes contextos.
6. **Desarrollo Personal:** Proceso de crecimiento individual que implica la mejora de habilidades, conocimientos y actitudes.
7. **Desmotivación Académica:** Falta de interés o compromiso con el aprendizaje debido a factores internos o externos.
8. **Disciplina Académica:** Conjunto de normas y hábitos que un estudiante sigue para organizar y mejorar su proceso de aprendizaje.
9. **Estrategias de Estudio:** Técnicas utilizadas por los estudiantes para mejorar la comprensión, memorización y aplicación del conocimiento.
10. **Fracaso Académico:** Situación en la que un estudiante no logra los objetivos de aprendizaje establecidos en su formación académica.
11. **Gestión del Tiempo:** Habilidad para organizar y distribuir el tiempo de manera eficiente en tareas académicas y personales.
12. **Hábitos de Estudio:** Conjunto de rutinas y prácticas que facilitan el aprendizaje y la retención del conocimiento.
13. **Motivación Intrínseca:** Impulso interno que lleva a un estudiante a aprender por interés propio y no por recompensas externas.
14. **Perseverancia Académica:** Capacidad de un estudiante para mantener el esfuerzo y la dedicación a pesar de los obstáculos en su proceso de aprendizaje.
15. **Reflexión Crítica:** Proceso de análisis profundo de la propia experiencia y conocimiento para mejorar la comprensión y la toma de decisiones.
16. **Rosa Cartesiana:** Representación gráfica que ilustra la relación entre conceptos complejos en un sistema de coordenadas, facilitando el análisis de ideas abstractas, en la historia es usada como la representación de las virtudes

docentes de forma literal, pudiendo solo generar lo deseado (enseñanza) una vez se junten todos los pétalos.

Glosario de Términos de Texto Paralelo Dos (Hugo y la Lámpara de las Sombras)

1. **Accesibilidad Educativa:** Principio que garantiza que todos los estudiantes tengan igualdad de oportunidades para aprender, independientemente de sus condiciones.
2. **Ambiente de Aprendizaje:** Entorno físico, social y psicológico en el que se lleva a cabo el proceso educativo.
3. **Aprendizaje Híbrido:** Modelo educativo que combina enseñanza presencial con herramientas digitales y recursos en línea.
4. **Brecha Digital:** Diferencia en el acceso y uso de las tecnologías entre diferentes grupos de estudiantes debido a factores socioeconómicos.
5. **Desafíos Pedagógicos:** Retos que enfrentan los docentes y estudiantes en el proceso de enseñanza y aprendizaje.
6. **Educación a Distancia:** Modalidad educativa en la que los estudiantes aprenden sin necesidad de estar físicamente en un aula.
7. **Equidad Educativa:** Principio que busca ofrecer oportunidades de aprendizaje justas para todos los estudiantes, independientemente de su contexto.
8. **Estrategias de Enseñanza:** Métodos utilizados por los docentes para facilitar la comprensión y asimilación de contenidos.
9. **Gamificación:** Uso de elementos de juego en el ámbito educativo para motivar y mejorar la experiencia de aprendizaje.
10. **Innovación Educativa:** Aplicación de nuevas metodologías, tecnologías y estrategias para mejorar la enseñanza y el aprendizaje.
11. **Inclusión Digital:** Proceso de garantizar que todos los estudiantes tengan acceso a herramientas tecnológicas para su aprendizaje.
12. **Material Didáctico:** Recursos diseñados para facilitar el proceso de enseñanza y aprendizaje, como libros, videos y plataformas interactivas.
13. **Lámpara de las Sombras:** Metáfora utilizada para describir el proceso en el que el aprendizaje ilumina áreas previamente desconocidas, ayudando al estudiante (Hugo) a comprender nuevos conceptos; en la historia es usada como un código de normas y reglas.
14. **Resiliencia Académica:** Capacidad del estudiante para superar dificultades y adaptarse a los desafíos educativos.

15. **TIC (Tecnologías de la Información y la Comunicación):** Herramientas tecnológicas utilizadas para mejorar los procesos de enseñanza y aprendizaje.
16. **Tutoría Virtual:** Asesoría educativa que se brinda a través de plataformas digitales para apoyar el aprendizaje de los estudiantes.

Glosario de Términos de Aprendizaje en la Universidad

1. **Andamiaje:** Estrategia pedagógica en la que el docente proporciona apoyo temporal a los estudiantes hasta que logran desarrollar habilidades de forma independiente.
2. **Aprendizaje Autónomo:** Proceso en el que el estudiante asume la responsabilidad de su propio aprendizaje, gestionando recursos y estrategias de estudio.
3. **Aprendizaje Significativo:** Modelo de aprendizaje en el que el estudiante asocia nuevos conocimientos con experiencias o saberes previos, facilitando su comprensión.
4. **Competencias Educativas:** Conjunto de conocimientos, habilidades, actitudes y valores que los estudiantes deben desarrollar para desempeñarse eficazmente en su campo.
5. **Constructivismo:** Corriente pedagógica que enfatiza la construcción del conocimiento a partir de la interacción entre el estudiante y su entorno.
6. **Currículo:** Plan de estudios que organiza los contenidos, métodos y objetivos de enseñanza en una institución educativa.
7. **Didáctica:** Disciplina que estudia y desarrolla métodos para mejorar la enseñanza y el aprendizaje.
8. **Evaluación Formativa:** Proceso de valoración continua del aprendizaje con el objetivo de mejorar el desempeño del estudiante mediante retroalimentación.
9. **Feedback (Retroalimentación):** Información que se proporciona a los estudiantes sobre su desempeño para ayudarles a mejorar su aprendizaje.
10. **Habilidades Metacognitivas:** Capacidad del estudiante para reflexionar sobre su propio proceso de aprendizaje y ajustarlo según sea necesario.
11. **Inclusión Educativa:** Modelo que busca garantizar la participación y el aprendizaje de todos los estudiantes, independientemente de sus condiciones o necesidades.
12. **Interdisciplinariedad:** Estrategia educativa que integra conocimientos de distintas disciplinas para abordar problemas desde diversas perspectivas.

13. **Mediación Pedagógica:** Proceso en el que el docente guía y facilita el aprendizaje a través de estrategias que fomentan la comprensión y el pensamiento crítico.
14. **Modelo de Enseñanza:** Enfoque estructurado que orienta la manera en que los docentes presentan y desarrollan los contenidos educativos.
15. **Pensamiento Crítico:** Habilidad para analizar, evaluar y cuestionar la información de manera objetiva antes de aceptarla o rechazarla.
16. **Pedagogía:** Ciencia que estudia los procesos de enseñanza y aprendizaje con el objetivo de mejorar la educación.
17. **Programa Académico:** Conjunto de asignaturas y actividades diseñadas para alcanzar ciertos objetivos de aprendizaje en una disciplina específica.
18. **Tutoría Académica:** Estrategia de acompañamiento en la que un docente guía a los estudiantes en su proceso formativo y en la solución de dificultades académicas.
19. **Trabajo Colaborativo:** Método de enseñanza que fomenta el aprendizaje a través de la interacción y el trabajo en equipo entre estudiantes.
20. **Zona de Desarrollo Próximo:** Concepto de Vygotsky que define la diferencia entre lo que un estudiante puede hacer por sí solo y lo que puede lograr con ayuda.

Cuenca, 09 de abril de 2025

Econ. Verónica Condor Bermeo Ph.D. aprueba el trabajo de titulación de Ángel Oswaldo Ortiz, estudiante de la Maestría Docencia Universitaria, cuyo título es: El Texto Paralelo Narrativo como Herramienta de Mediación Pedagógica en la Educación Universitaria.

Econ. Verónica Condor Bermeo Ph.D.

DIRECTORA DE TRABAJO DE TITULACIÓN